



Para Jessica,
quien dijo que sería la persona
menos complicada de mi vida.

1

Yo no escogí ser el Mensajero de los Corazones Rotos. De verdad que no. Solo intentaba ganarme honradamente un poco de dinero y echarle la mano a un amigo. Y el nombre desde luego que no lo elegí yo. No sé quién lo hizo. Empezó a escucharse por ahí y, al final, se quedó. ¿Yo? Me habría elegido un nombre más profesional y menos... de chicas.

Hablando de chicas, a lo mejor debería contarte algo sobre mí, así, para empezar. Y es algo que me da tanta vergüenza que puedes confiar en que es bastante cierto. No soy exactamente lo que se dice un "mujeriego". Cualquiera que me conozca te podrá decir que, si lo puedo evitar, no hablo con chicas. Quiero decir, aparte de mi amiga Abby y de la típica cajera en el supermercado de vez en cuando. Esto te lo cuento solo para que me creas cuando te digo que no me metí en todo esto para conocer chicas. Y, para que conste, tampoco disfruto de hacer llorar a la gente.

Sin embargo, lo creas o no, hay tipos por ahí que tienen muchos más problemas que yo con las chicas. Lo más disparatado de todo es que algunos de ellos tienen novia.

Y ahí es donde entro yo.

Todo comenzó con el hermano mayor de Rob McFallen, que estaba en su penúltimo año de secundaria. Una tarde, estábamos sentados comiendo un helado en la cocina de la casa de Rob. Eso era lo mejor de la casa de Rob, que sus padres trabajaban, y su refrigerador estaba siempre bien surtido de helado. Siempre y cuando el resto de la casa estuviera en pie cuando ellos regresaran, la verdad es que a sus padres no les importaba que faltara medio envase de helado de chocolate con almendras y malvaviscos.

El hermano de Rob, Marcus, entró en la cocina y sacó el helado de *brownie* de chocolate con menta. Llevaba puesto su uniforme rojo de repartidor, pero parecía que no tenía mucha prisa por llegar al trabajo. Se sentó y hundió una cuchara para servir el helado.

Rob levantó la vista de los dibujos que estaba haciendo en el helado con los dientes del tenedor.

—Marcus, usa un tazón.

Rob era mi amigo desde segundo de primaria, cuando me retó a darle un beso a una niña que estaba en el patio. Como no tuve agallas para hacerlo, en vez de hacerlo empecé a pelearme con él. Rob le puso fin a la pelea tirándome tierra a la cara. Después, estar sentados en la oficina del director, yo medio ciego y él castigado, nos unió de por vida al estilo de dos prisioneros de guerra. Supongo que se puede decir que era mi mejor amigo. Uno de los dos que tenía.

Marcus le puso cara de pocos amigos a su hermano.

—No me molestes, que estoy pensando.

—Para todo hay una primera vez —dijo Rob.

Marcus no respondió. Se quedó allí sentado, con la mirada perdida en el helado con puntos verdes que había en la cuchara.

—Oye, Marcus..., ¿de verdad estás pensando? —dijo Rob.

Yo también estaba un poco sorprendido.

Marcus volvió a dejar la cuchara en el envase sin haberlo siquiera probado y lo apartó de él.

—Tengo problemas.

Lamí el helado que goteaba de mi cuchara.

—¿Qué tipo de problemas?

Rob respondió por él.

—Problemas con alguna chica. Con Marcus, siempre son problemas con alguna chica.

—Creía que ya tenías novia —dije.

—Claro, amigo. Es justo ahí donde empiezan los verdaderos problemas —Marcus me miró con cara de preocupación.

Rob ya había perdido el interés en la plática y se dedicaba a escarbar los malvaviscos en el helado, pero a mí me dio curiosidad.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo, el lunes, cuando fui a recogerla para ir al colegio, llevaba puestos tenis y me hizo regresar a casa para cambiármelos por unos zapatos de vestir. Dijo que se veían mejor con mi camisa.

—Oh.

—O el martes, que iba a salir con mis compañeros, pero ella me necesitaba para que la acompañar a decorar no sé qué guardaría para su fiesta de otoño. ¡Y también quería que me quedara a la fiesta! Por suerte, me escapé. Le dije que me sentía un poco enfermo.

Ahora era yo quien estaba perdiendo el interés.

—O como hoy, en clase de Lengua, me vio pasándome notitas con Cammie Bollinger. No fue nada, pero Melissa hizo berrinche y no me dirigió la palabra en todo el día.

—Oh-oh.

—Amigo, ya no me siento libre. No puedo hacer lo que me dé la gana. Estoy atrapado. Creo... creo que tengo que terminar con ella.

Rob dejó de repente su tazón de helado.

—¿Terminar con Melissa? Pero creía que te gustaba.

Marcus alargó el brazo hasta el otro lado de la mesa y le soltó un manotazo a Rob encima de la oreja.

—En serio que eres burro. ¿Es que no me escuchaste? Estoy muy mal. Quiero mi libertad.

—Pues rompe con ella —dije entre cucharada y cucharada llena de helado.

—Es que... no sé muy bien cómo. Nunca lo he hecho antes.

—Claro —dijo Rob—. Suelen ser las chicas quienes lo dejan a él.

Y se agachó justo a tiempo para esquivar otro manotazo de Marcus.

—¿Y por qué no le envías un correo electrónico y ya? —sugerí—. O un mensaje de texto.

—Ni loco —dijo Marcus—. El año pasado, Tony Seong le envió a su novia el típico mensajito tonto para terminar con ella, y ¿sabes lo que pasó? La chica se lo reenvió a toda su lista de contactos y después lo posteó en su blog. Ahora, si buscas en Google el nombre de Tony, lo primero que te sale es su mensaje para romper con su novia.

—No seas gallina —dijo Rob—. Habla con ella.

Marcus lo fulminó con la mirada.

—Si es tan fácil, ¿por qué no vas y lo haces tú? —se detuvo un instante, y pude ver cómo volvían a ponerse en marcha los engranajes en el interior de su cerebro—. Claro, eso es. ¿Por qué no rompes tú con ella por mí?

Rob se atragantó y casi escupe una almendra.

—¿Qué? Estás mal de la cabeza. Además, papá y mamá me castigaron el celular después de descargar todos aquellos juegos, ¿recuerdas?

—No, no, me refiero a hablar con ella en persona. Lo digo en serio. Ve y dile que lo nuestro no funciona, solo eso, que me parece que deberíamos seguir cada uno por su lado.

—Ni loco —dijo Rob—. Yo no hago eso ni en sueños.

—Por favor... —le suplicó Marcus—. Si lo haces, te doy veinte dólares.

Se me pararon las orejas. ¿Veinte dólares solo por darle un mensaje en persona?

Rob negó con la cabeza.

—Entonces, ¿no?

Me aclaré la garganta.

—Yo lo hago.

Me quedé un tanto sorprendido al oírme a mí mismo decirlo. Tal vez se trataba de un asunto de familia y yo no debía haberme entrometido, pero es que no soy de los que rechazan el dinero fácil. Como aquel año en primaria, cuando nos tocó hacer una colecta vendiendo cosas de un catálogo de Navidad: marcos para fotos, estatuillas de angelitos y adornos apestosos. El que más vendiera se ganaba cincuenta dólares. La mayoría de los niños se dedicó a vender puerta por puerta, por lo que se encontraban con los padres de los otros niños que también estaban vendiendo. A mí se me ocurrió una mejor estrategia: mi madre conocía a una señora que era encargada en una residencia de ancianos, y me dejó ir con mi catálogo de Navidad. Imagínate, en una tarde gané cómodamente los cincuenta dólares y, al mismo tiempo, hice feliz a todo un edificio lleno de abuelitas.

Marcus se me quedó mirando con una pequeña sonrisa de esperanza.

—¿En serio irías?

—Claro, si tú quieres —me encogí de hombros—. Por los veinte dólares, por adelantado, por supuesto.

Marcus tomó nuevamente el envase de helado y lo atacó.

—Quentin, eres mi salvador.

—En serio, Quentin, ¿qué sabes tú de romper con las chicas del colegio? —me preguntó Rob esa misma tarde, mientras íbamos al taller de Mick—. Vas en primero.

—La edad no importa —le dije con mi mejor voz de Yoda—. No... no.

—Yoda no dice eso. Dice: "El tamaño no importa".

—Claro que no, lo dice cuando cuenta que tiene novecientos años o algo así.

—"El tamaño no importa" lo dice cuando Luke lleva a Yoda colgado de los hombros.

Rob y yo atravesamos las puertas de cristal que daban acceso a la entrada del Taller de Mickelson, «Un servicio de primera». Es el único taller de coches de todo el barrio que está abierto hasta medianoche. Además, con cada cambio de aceite te regalan un aromatizante con olor a pino. El cartel de la ventana dice «HASTA AGOTAR EXISTENCIAS», pero la verdad es que Mick consiguió un precio de risa al comprar media nave industrial de aquellos aromatizantes en eBay. He visto las cajas en el almacén y, créeme, esas existencias van a durar bastante tiempo.

Doblamos en una esquina del edificio y lo rodeamos hasta la parte de atrás, donde las cuatro plataformas del taller se convierten en un estacionamiento. Junto a la puerta de la oficina, en la primera plataforma, estaba un hombre regordete con un overol de color verde y una gorra roja de beisbol de los Cardinals. Como siempre, tenía medio puro entre los dientes, sin encender, por supuesto, porque solo un idiota lo encendería en un taller mecánico. Además, ese hombre dejó de fumar hace años.

—Hola, Mick —le dije al pasar frente a él.

Mick alzó la vista de su carpeta.

—Quentin, compañero, ¿cómo va la cosa? —echó un vistazo a Rob, que venía detrás de mí—. Y... Richard. Siempre son bien recibidos en el Taller de Mickelson.

Rob le puso cara de pocos amigos y me siguió hasta la plataforma número cuatro. Allí estaba un viejo Chevy Malibú arriba de un elevador. Parecía que el filtro del combustible estaba dañado. La mujer que estaba debajo del coche también iba vestida con un overol verde y llevaba el pelo —liso y castaño— recogido en una coleta que pasaba por la abertura posterior de una gorra blanca que no lucía ningún logotipo, solo grasa. Tenía al mismo tiempo el aspecto de ser joven y de ser mayor —treinta y dos años para ser exactos —, y manejaba la llave inglesa, que tenía en la mano, como una verdadera profesional.

—Hola, mamá —dije.

Dejó de en paz la llave inglesa para mirarme y dedicarme una breve sonrisa.

—Eh, Quentin. Hola, Rob. ¿Qué tal la escuela?

—Bien —le respondí.

—¿A que no sabe el favor que Quentin le va a hacer a mi hermano? —soltó Rob.

Le clavé el codo en las costillas antes de que mi madre nos volviera a mirar.

—¿Qué va a hacer?

Hice un gesto de indiferencia.

—Nada. Solo le voy a ayudar con un trabajo de una clase.

Mamá se volvió hacia el coche y yo crucé la zona del estacionamiento jalando a Rob hasta una vieja mesa de picnic que había a la sombra de una arboleda de álamos. Los árboles se extendían al menos unos cien metros del suelo y los atravesaba un sendero de tierra con un puente de madera en el camino.

Rob se frotó el pecho.

—Creo que me rompiste una costilla.

—No es algo de lo que se tenga que enterar mi madre —le dije mientras sacaba unos cuadernos de mi mochila.

—Lo siento. Tampoco es que estés haciendo algo ilegal.

—¿Qué estás haciendo que no es ilegal? —preguntó una voz familiar.

Abby salió del camino entre los álamos y se unió a nosotros en la mesa de picnic. Su pelo rubio y suave le caía por debajo de los hombros y tenía un solo hoyuelo en la mejilla, como si se le hubiera quedado una tachuela allí clavada.

Vista Previa

En segundo de primaria, cuando Rob y yo nos peleamos porque me retó a besar a una niña, pues bien, esa niña era Abby. De algún modo, aquello hizo que le tomáramos cariño y fuimos amigos desde entonces. Ella era también mi mejor amiga. La otra, de los dos que tenía.

—Hola, Abby. Quentin va a... —Rob se detuvo en seco y me lanzó una mirada que me suplicaba que lo dejara continuar.

Intervine antes de que Rob empezara de chismoso.

—Nada, en realidad no es nada. Es que voy a ayudar a Marcus con algo. Algo que quiere hacer por... o, en realidad, con... mmm, Melissa.

El azul de los ojos de Abby adquirió de repente un tono más brillante.

—Oh, qué lindo de su parte. ¿Es como una cita sorpresa? ¿O una fiesta de cumpleaños? Tosí.

—Bueno, la verdad es que no puedo hablar de ello. Es algo así como supersecreto.

—Vamos, Quentin, dame solo una pista.

—No puedo.

—No me obligues a hacerte tres preguntas.

—¿No querrás decir “mil preguntas”?

—No, solo tres. La otra noche vi un programa sobre tribunales en el que un abogado decía que se podía llegar al fondo de cualquier caso con solo tres preguntas... si es que sabes las preguntas exactas que hay que hacer —todo el mundo sabe que el plan de vida de Abby incluye una exitosa carrera como fiscal del distrito—. Entonces, ¿me lo vas a contar o me vas a obligar a preguntarte?

—En serio no puedo, Abby. Porque... —vacilé. Nunca le ocultaba nada ni a ella ni a Rob, pero de alguna forma aquello me pareció una buena excepción. No estaba seguro de qué pensaría ella sobre mi trabajo para Marcus—. Porque el viernes tenemos el examen de Gramática que vamos a reprobar si no nos ponemos a estudiar.

Abby soltó un quejido y se dejó caer en el banco de la mesa de picnic.

—Eso es una causa perdida. ¿Por qué molestarse?

Porque acaba de evitar que descubriera el asunto, por eso.

—Vamos, a estudiar —les dije.

Abby y Rob sacaron sus libros. Los tres compartíamos varias clases, lo que hacía las tareas mucho más fáciles. Abby era realmente buena con las matemáticas y las cosas de ciencias. Yo tenía la lengua y la historia dominadas, y Rob... bueno, él estaba allí para ofrecer apoyo moral.

—¿Te importaría empezar con el primer punto, Abby? —le pregunté.

—Bueno—estudió la página de su libro—. Número uno: indique el adverbio en la siguiente oración: “Abby se moría de ganas de saber qué estaba preparando Quentin secretamente para Marcus y Melissa”.

—¡Abby!

—No —respondió ella con cara muy seria—. En este caso, “Abby” es un nombre. Rob soltó una risita.

—Está bien, Rob —dije sin levantar la vista—, ¿te importaría encargarte de la primera indicación?

—Por favor —dijo Abby antes de que Rob pudiera responder—. Dime solo si es algo en plan romántico, en plan divertido o en plan te-apoyo-porque-te-quiero.

Cerré mi cuaderno de golpe.

—No te lo voy a contar. Es algo entre Marcus y yo. Déjalo ya, ¿ok?

Abby se cruzó de brazos.

—Los chicos no saben nada de romanticismo. Muy bien, guárdate tu secreto. Ya sabes que conseguiré que Rob me lo cuente más tarde.

Le lancé a Rob una mirada asesina.

—No se atrevería.

—¿Que no me atrevería? —dijo él.

Hice un gesto negativo con la cabeza, con mayor confianza de la que sentía.

—No te atreverías porque yo sé algunas cositas sobre ti que estoy seguro que no te gustaría que salgan a la luz.

Los ojos de Rob se abrieron de par en par y supe que mi secreto estaba a salvo con él.

—Tener secretos vergonzosos te impedirá ser elegido para un cargo público, ya lo sabes —dijo Abby—. Por eso nunca debes hacer nada de lo que te vayas a arrepentir más adelante. Tu pasado tiene que estar limpio.

—Tal y como tú lo haces, ¿verdad? —le pregunté.

—Exacto —me dijo con una voz muy digna.

No me pude resistir, me subí a la mesa y me llevé las manos a la boca en forma de altavoz.

—¡Atención, todo el mundo! ¡Abigail Patch duerme con una muñeca de Hello Kitty!

Abby trepó a la mesa y me tapó la boca con su mano.

—No me refería a esos secretos —murmuró. Tenía los labios fruncidos, pero en sus ojos había una sonrisa.

—Ummmpfff —respondí con su mano sobre mi boca.

—¿Perdona?

—Ummmpfff.

—Si te quito la mano de la boca, ¿te portarás bien?

Asentí.

Retiró la mano lentamente. Sonreí. Nos bajamos de la mesa y nos sentamos en los bancos.

—¿De verdad duermes con una muñeca de Hello Kitty? —preguntó Rob.

Abby le sacó la lengua.

Eché la cabeza hacia atrás y grité:

—¡Y en su buró tiene una lámpara de un unicornio rosa!

Abby me dio un manazo en el brazo.

—Me prometiste que te ibas a portar bien.

—Me estoy portando bien conmigo —dije entre risas.

Abby recogió sus libros.

—Entonces espero que en la exposición de mañana por la noche te portes bien, como es propio de alguien con mejores modales. Porque van a ir los dos, ¿verdad?

—Sí —dijo Rob.

—No me lo perdería por nada del mundo —añadí.

Abby salió de entre el banco y la mesa.

—Genial. Creo que voy directamente al Club de Bellas Artes. Nos vemos mañana.

Me quedé mirándola mientras pasaba por enfrente del taller y se dirigía a la calle.

Había dicho que más adelante me podrían avergonzar de mis secretos, pero no había nada de qué avergonzarse en ayudar a Marcus. De todas formas, nadie lo descubriría jamás.

—Bueno, ¿y cuándo vas a hacerlo? —me preguntó Rob como si me estuviera leyendo el pensamiento.

Manosé el billete de veinte dólares en mi bolsillo.

—Mañana. Después de clases.

Permanecí unos minutos en el estacionamiento de La Casa de la Hamburguesa estudiando la situación. No había ningún coche en las casetas ordenando comida para llevar. Las mesas de la terraza estaban también vacías; solo había un cliente en el interior. El ambiente estaba cargado de ese aroma a grasa de hamburguesa que te hace agua la boca. Era como si el lugar me estuviera esperando.

En el pueblo tenemos los habituales restaurantes de comida rápida: McDonald's, Taco Bell y qué sé yo cuántos más. El hermano de Rob repartía comida china a domicilio para el Wok de Oro, que es buena, pero cuando te quieres dar un verdadero antojo, vas a la esquina de la Quinta y la Avenida Principal, a La Casa de la Hamburguesa. Es un restaurante con mesas en el interior, una terraza en el exterior con mesas blancas de picnic con sombrillas de color naranja y una hilera de cajones de estacionamiento con intercomunicadores para hacer tu pedido. Te sirven unas papas fritas que tienen forma de gajos enormes cargadas de sal y a tu hamburguesa le clavan un palillo grande en el centro. Antes, tenían a las meseras moviéndose en patines, como en los viejos tiempos, pero después de que una mesera perdiera el control y atropellara a una abuelita con un andador, se olvidaron del tema de los patines. Es una lástima.

Yo, si pudiera, comería todos los días en La Casa de la Hamburguesa, pero mi madre trabaja como mecánico de coches y mi padre lleva fuera del mapa algo así como desde siempre, así que no es que nos salga el dinero por las orejas, simplemente no salimos muy a menudo. Mamá dice que ese sitio es "un derroche", y lo guarda para las ocasiones especiales, como los cumpleaños, el fin de curso y cosas así. Sin embargo, el día después de cerrar mi trato con Marcus fui allá al salir de clases. Melissa era mesera allí, y yo quería dejar el asunto cerrado antes de que empezaran a llegar los clientes de la tarde.

La ubiqué en el restaurante a través de una de las ventanas. Estaba con otra mesera rellenando botes de catsup detrás de una barra. Me empezaron a sudar las manos de inmediato. El corazón me latía como un tambor. Esperaba que la cara no se me estuviera llenando de manchas rojas, algo que a veces me sucede cuando me pongo nervioso, o cuando me da vergüenza, o cuando como nueces. "Tranquilo Quentin", me dije. "Solo vas a entregar un mensaje. Nada más. No vas a hablar tú con una chica, solo vas a hablar en nombre de tu cliente".

Las dos meseras me daban la espalda cuando me dirigía hacia las mesas blancas. Me imaginé que a Melissa le gustaría tener tanta intimidad como le fuera posible cuando le diera el mensaje, así que fui hasta la mesa más apartada del lugar. Me senté e intenté parecer natural.

Una mesera me vio y salió del restaurante con la carta en la mano. No era Melissa. Tenía la edad de mi madre, con el pelo recogido debajo de una gorra y tenis blancos. Hizo todo el recorrido hasta el extremo de la terraza donde me encontraba y soltó la carta de golpe sobre la mesa.

—¿Ya sabes lo que quieres?

La mano me tembló un poco cuando la alargué para recoger la carta.

—Mmm, la verdad es que quería ver a Melissa.

La camarera sonrió con cara de sarcasmo.

—Ah, ya sé.

"No lo creo". Se dio media vuelta y regresó al interior del restaurante. Tomé la carta y me asomé desde la parte superior. La mesera estaba hablando con Melissa y señalaba en mi dirección. Melissa asintió y atravesó la puerta.

Cuando se acercó a mí, se me secó la boca. Fue como si la lengua se me hubiera convertido en un calcetín, pero logré coordinarme a la perfección de manera que levanté la vista de la carta justo cuando llegó hasta mí.

Me sonrió, una sonrisa muy linda, la misma que pondrías cuando miraras a un niño de tres años.

—Te conozco —me dijo—. Tú eres uno de los amigos de Robbie McFallen.

Asentí lentamente.

—Así es.

Sacó la libreta para tomar nota de mi pedido.

—Bueno, ¿y qué te traigo?

Carraspeé para aclararme la garganta.

—En realidad, esperaba que pudiéramos hablar unos minutos —señalé el banco que había al otro lado de la mesa.

Se le borró la sonrisa.

—Es que ahora mismo estoy trabajando.

—En serio, tienes que oír lo que voy a contarte.

Melissa me estudió un momento, echó un vistazo hacia la ventana del restaurante y se acercó más, pero no se sentó.

—Que sea rápido.

Aquella era mi oportunidad. Todo cuanto tenía que hacer era soltar la frase, darle unas palmaditas en la espalda y alejarme de allí, veinte dólares más rico. Pero cuando su mirada se posó en mis ojos —los suyos eran café oscuro—, con una de sus cejas levantada, mis labios se vieron incapaces de pronunciar aquellas palabras. Me bloqueé. Plática de elevador.

—Bueno, ¿desde hace cuánto tiempo trabajas aquí? —le pregunté.

Mi pregunta la dejó confundida, y se relajó un poco.

—Casi un año. ¿Es que estás buscando trabajo?

—No, la verdad es que no —al diablo con la plática de elevador. Solo había una cosa que sabía acerca de Melissa y me imaginé que eso podía llevarnos en la dirección correcta—. Y... mmm, ¿cuánto tiempo llevas saliendo con Marcus McFallen?

Entonces sí que pareció confundida.

—Siete meses y dos semanas. ¿Por qué? Oye, ¿de qué se trata esto?

¡Siete meses y dos semanas! Marcus llevaba más de medio año saliendo con aquella chica y ahora enviaba a otra persona a ponerle fin. “Vaya imbécil”. Aparté ese pensamiento de mi cabeza. “Concéntrate”.

Respiré profundo.

—Melissa, tengo malas noticias.

La cara se le llenó de preocupación.

—¿Le pasó algo a Marcus?

—Marcus rompe contigo.

La frase salió de mis labios por sí misma, lo que estuvo bien, porque no me veía capaz de pronunciarla de otra forma. Estaba empezando a sentirme culpable.

Melissa se me quedó mirando durante un minuto. A continuación, se sentó en el banco enfrente de mí.

—¿Te envió él a decirme eso?

Asentí lentamente, en un intento de mostrar empatía. Si te digo la verdad, me esperaba una reacción mucho mayor por su parte. Lágrimas, por ejemplo. O que hiciera un gesto sacudiendo en alto el puño cerrado mientras soltaba maldiciones contra el cielo y contra Marcus McFallen. Sus ojos no estaban ni siquiera humedecidos.

Es más, se carcajeó de forma ácida, como si fuera un limón en plena risotada.

—Quiero a Marcus, aunque quién sabe por qué. Ese chico no tiene sangre en las venas —apoyó los codos sobre la mesa y se sujetó la barbilla entre las manos—. Es que no puedo creer que él... bueno, no, sí. Sí lo puedo creer, eso también.

La culpa desapareció rápidamente y me dio la impresión de que sonaba como cuando el agua termina de irse por el agujero de la bañera. Había sido mucho más fácil de lo que me esperaba. Había encontrado un lugar apartado, le había transmitido el mensaje sin que se me tragara la lengua, y ella ni siquiera necesitó llorar en mi hombro.

De repente levantó la vista hacia mí.

—¿Te pagó para que hicieras esto?

Eso tampoco me lo esperaba. Abrí los labios, pero no produje ningún sonido. ¿Cómo se supone que iba a responder a aquello?

Melissa me ahorró el problema. Meneó la cabeza y me dijo:

—Bueno, al menos estuvo dispuesto a soltar algo de dinero por mí. Debió de parecerle que valía la pena.

Se puso de pie. Se arregló el delantal y sacó su bloc de pedidos y un lápiz. Por un instante, creí que me iba a preguntar qué iba a pedir, como si no hubiera pasado nada, pero me dijo:

—Te voy a dar un consejo gratis, jovencito mensajero: algún día, si rompes con tu propia chica, será mejor que le lleves flores y bombones. Las flores al menos dicen “gracias por los buenos recuerdos”, y los bombones... bueno, tampoco querrás que la chica se quede completamente sola.

Acto seguido, dio media vuelta y se metió en el restaurante.

Tal vez yo no había visto las suficientes películas románticas para chicas, o tal vez tuviera el corazón más duro que el cemento. Quizá anduviera más perdido respecto a las chicas de lo que yo pensaba. Creo que la mayoría de la gente la habría visto marcharse y habría notado en mí una punzada de remordimiento, o al menos eso es lo que habría sentido por ella, pero Melissa se lo había tomado tan bien que yo no sentí nada de eso. En cambio, me quedé pensando en su consejo gratuito. Mi cabeza se puso a trabajar como un mecánico que suelda la caja de un diferencial. La próxima vez que rompa con una chica... flores... bombones...

Veinte dólares en el bolsillo.

No estaba muy seguro de cómo —todavía—, pero en esto había mucho potencial.

Se me ocurrió pedir algo de comer allí mismo, en La Casa de la Hamburguesa, ya que son las mejores del lugar, pero no quería hacer salir de nuevo a la otra camarera, y desde luego que no podría ordenarle nada a Melissa. Así que fui al McDonald's y pedí un Big Mac, tres hamburguesas con queso para llevar y un paquete grande de papas. Tenía dinero para gastar, al fin y al cabo. Después me dirigí al taller de Mick, donde sabía que mi madre aún estaría dándole a la tuerca. Todavía no era la hora de cenar, pero una hamburguesa caliente temprano era mejor que una hamburguesa fría a la hora de la cena.

Mamá llevaba años trabajando como mecánico, después de haber crecido entre cinco hermanos locos por los automóviles. Ya le pagaban por trabajar en un taller incluso antes de graduarse del instituto, y hasta después de haberse casado con papá. Pero dejó de trabajar cuando yo nací. Podía haberme dejado al cuidado de alguien, pero decía que no quería llegar a casa a tomar a su bebé con las manos oliendo a grasa y las uñas con las medias lunas de carbón.

Sin embargo, cuando papá tomó sus cosas y se largó, ella se puso el overol de trabajo y regresó al taller. Mick le ofreció un buen sueldo y todas las horas extra que ella quisiera si estaba dispuesta a trabajar en el turno de noche. A ella no le gustaba la idea de dejarme tanto tiempo solo y tan tarde, pero nos las arreglábamos, como por ejemplo, cenando de pie en el taller.

Entré muy campante en la plataforma del taller donde mi madre estaba trabajando en un Subaru que tenía en el elevador hidráulico, el cual parecía tener un problema con el silenciador del tubo de escape.

—Hola, mamá. Traje la cena.

Ella asomó la cabeza por uno de los extremos del coche.

—¿Que trajiste la cena? ¿Para qué? Tenemos comida en el refrigerador.

Caminé hasta una mesita que había en una esquina del taller y puse sobre ella un papel periódico nuevo. La sección de las tiras cómicas. Saqué las hamburguesas y el paquete grande de papas fritas, amontoné los sobrecitos de catsup y coloqué una servilleta a cada lado de la mesita.

Mamá seguía debajo del Subaru, así que me metí en la oficina del taller, que estaba vacía, y utilicé el teléfono para llamar al celular de Marcus.

—¿Diga? —contestó después de dos tonos.

—Soy Quentin. Está hecho.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó con mucho interés.

—Pues no lloró.

—¿Que no lloró? Eso es bueno, ¿no?

—Mmm, claro —le dije.

—Gracias, amigo. Me has salvado la vida.

Colgué el teléfono y regresé a nuestra mesita de cena junto a la plataforma del taller. Marcus estaba contento, Melissa no estaba llorando y yo iba a comerme unas hamburguesas con queso. Nada mal para un día de trabajo.

Mamá llegó por fin a un punto donde podía parar y salió de debajo del coche. Se dirigió al lavabo que había junto a la mesita y se llenó las mugrientas manos de jabón de piedra pómez con olor a naranja y le echó un vistazo a la mesa.

—¿Qué celebramos? ¿Y de dónde sacaste el dinero para el banquete?

—No hace falta celebrar nada para comer hamburguesas. Y ya te dije que el hermano de Rob iba a pagarme por ayudarme con un trabajo.

—No recuerdo que mencionaras que te iba a pagar —me lanzó una de sus miradas de madre—. No le estarás haciendo tú las tareas, ¿verdad?

Me reí.

—Mamá, ya está en el penúltimo año del instituto. Yo tengo trece años.

Se frotó las manos con fuerza bajo la llave abierta.

—Sí, pero estamos hablando de Marcus McFallen. Incluso en su penúltimo año del instituto tú podrías sacar mejores calificaciones que él.

—Solo pensé que te gustaría cenar algo que no fueran burritos de microondas. Pero yo me como la tuya también, si tú no la quieres.

Mamá se secó las manos con una toallita desechable y me alborotó el pelo con sus uñas de media luna de carbón.

—Gracias por pensar en mí —se sentó delante del Big Mac—. ¿A quién le toca hoy?

—A ti. Yo escogí ayer la clonación humana.

—Es verdad —se quedó pensativa un instante—. Pues vamos con... chocolates en barra.

—Butterfinger —dije con la boca medio llena de hamburguesa con queso—. Ese es mi favorito. El tuyo es el Hershey's de siempre, el que solo lleva chocolate, ¿no?

—Sí.

—Aunque he oído que el chocolate americano es como si fuera de cera. Hay que probar el chocolate europeo para saborear el verdadero chocolate.

—¿Dónde oíste eso?

—No sé. En la tele, supongo.

—Mmm —mamá parecía pensativa—. Me pregunto por qué será. ¿No viene el cacao de Sudamérica? ¿Cómo es que los sudamericanos no tienen el mejor chocolate?

—Y nosotros estamos más cerca de Sudamérica que los europeos, así que sería lógico pensar que nuestro chocolate fuera por lo menos mejor que el de los europeos.

—Bueno —dijo mamá—. Tendremos que buscar alguna vez una tienda de importación y hacer el experimento.

Nos quedamos masticando en silencio por un momento, pero solo por un momento.

Cuando papá se marchó y mamá empezó a trabajar, no nos quedaba mucho tiempo para estar juntos por las noches. Mamá no quería desperdiciar nuestro momento de compañía comiendo en silencio o recibiendo monosílabos como respuesta acerca de mi día en la escuela, así que inventamos el juego de la Conversación en la Cena de Pie en el Taller. Solo tenía dos reglas: turnarnos para escoger el tema y participar los dos. Algunos temas funcionan mejor que otros, pero por lo general hablamos un montón y nos reímos un

mucho, que tal vez sea más de lo que consigue la mayoría de las familias con el plato frente a la tele.

—¿Por qué es el Hershey's tu favorito? —le pregunté—. Quiero decir que no tiene almendras ni cacahuates ni caramelo. Solo chocolate.

—Chocolate como si fuera de cera, según parece — me guiñó un ojo—. ¿De verdad quieres saberlo?

Hice un gesto de asentimiento.

—En realidad, era el chocolate favorito de tu tío Ethan, y no sé por qué lo era. Le gustan las cosas simples, así nada más. Resulta que, cuando él estaba en la Marina, yo le enviaba un paquete grande de barras de chocolate Hershey's dos veces al mes. Las guardaba en su casillero, y conseguía que le duraran hasta que llegaba el siguiente envío. A él le gustaban sus barras Hershey's y a mí me gustaba enviárselas. Pero, Ethan se dio cuenta de que alguien le abría su casillero y se comía su chocolate. No se imaginaba quién podría ser, y tampoco quería decírselo a todo el mundo, así que me escribió y me pidió comprarle un montón de barritas de Ex-lax de chocolate. Luego tomé los envoltorios de las barras Hershey's y los utilicé para empaquetar las barritas de Ex-lax.

—¿Qué es el Ex-lax? —le pregunté.

—Es una medicina que te hace ir al baño, un laxante. Tiene el mismo aspecto y el mismo sabor que el chocolate.

Me eché a reír. ¿Qué sería lo siguiente que se iban a inventar?

—Total —prosiguió—, envolví el Ex-lax para que pareciera barras Hershey's y se las envié como siempre. Ethan me escribió más adelante para contarme que dos de sus camaradas de a bordo se pasaron tres días en las letrinas antes de que por fin se percataran de lo que les había pasado.

En ese momento me estaba riendo tanto que no me podía tragar las papas fritas. Mamá también se reía.

—Así que, cuando me como un Hershey's, me acuerdo de Ethan. Supongo que por eso me gustan.

Hice una pausa en mis carcajadas para tomar un poco de aire.

—¿Y todavía venden el Ex-lax de chocolate?

Mamá me lanzó una mirada de advertencia.

—Eso no te lo voy a decir. Por cierto, Abby llamó para recordarte lo de su exposición de pintura de esta noche.

—Ni que me hubiera dado la más mínima oportunidad de que se me olvidara durante las últimas dos semanas —le dije mientras arrugaba los envoltorios de mis hamburguesas.

—Siempre parece tan atareada... —dijo mamá—. Me sorprende que le dé tiempo de hacer tantas cosas.

—Sí, así es Abby.

—¿Sale con alguien aparte de estar con Rob y contigo?

—¿A qué te refieres? Somos sus mejores amigos. ¿Por qué iba a querer salir con alguien aparte de nosotros?

—No, me refiero a que si se ve con alguien.

Me quedé mirándola con cara de incredulidad.

—¡Mamá! Pero si todavía no ha cumplido los catorce. ¿Por qué iba a estar saliendo con alguien?

—Solo era curiosidad. No sé cuándo empiezan a tener citas los chicos y las chicas en estos tiempos. Abby parece tener aspiraciones. Me la imagino interesada en esas cosas.

—Confía en mí, mamá. No hay nada más lejos de su imaginación. Lo único en lo que ha pensado en el último mes y medio es en la exposición de pintura. Y si no me pongo en marcha, voy a llegar tarde. Y si llego tarde, no dejaré de oír sus reclamos durante otras seis semanas.

Tiré la basura y salí a la calle. Oía el sonido de las herramientas del taller que venía al otro lado de la acera y no podía dejar de preguntarme por qué mi madre me hacía ese tipo de preguntas sobre mi mejor amiga. Que Abby saliera con alguien sería tan absurdo como que yo tuviera novia. Desde luego que había algunos chicos en nuestras clases que sí hacían eso, pero ¿Abby? ¿Yo? Me carcajeé. ¿De dónde habría sacado eso mi madre?

Giré por Robles Drive y me dirigí hacia nuestro departamento en el fresco aire del anochecer.

Debajo de mi cama encontré la única camisa que tenía. Estaba un poco arrugada, pero no olía mal, así que me la puse. Rob me estaba esperando en la calle. Llevaba pantalones de vestir, una camisa abotonada hasta arriba y una corbata de moño color azul marino.

—¿Y ese moño? —le pregunté—. Abby no dijo nada de que llevemos corbata, ¿o sí? —nos había dado a Rob y a mí instrucciones muy precisas para el evento, incluido lo que se suponía que nos teníamos que poner.

—No, pero le dije a Marcus que iba a un acto cultural y me la prestó. Intenté convencerlo para que me diera también el chaleco brillante que va a juego, pero me dijo que ya tenía pinta de ñoño.

—Me parece un buen consejo de hermano.

Rob se toqueteó el moño.

—¿Crees que exageraré?

—Rob, ¿me estás preguntando sobre ropa? Si ni siquiera estoy seguro de si ayer me puse los dos calcetines del mismo par.

—Es verdad, me parece que no lo hiciste.

Mientras bajábamos por la calle, Rob tiró discretamente del moño, se lo quitó y lo guardó en un bolsillo cuando creyó que no lo veía. Hice un esfuerzo por evitar reírme.

—Oye, ¿cómo te fue con lo de Melissa? —me preguntó Rob.

—Misión cumplida. Sin demasiadas lágrimas. Te perdiste veinte dólares facilones.

Rob se encogió de hombros.

No tardamos mucho en llegar caminando hasta el Centro Cívico. Había un montón de lugares a los que no se tardaba mucho en llegar caminando en nuestra zona del pueblo, aunque llegar a esta zona era una historia muy distinta. Esta parte del pueblo conservaba ese ambiente de pueblo pequeño: lo bastante grande como para que no conocieras a todos

los chicos con los que te cruzabas por la calle, pero lo bastante pequeño como para que sus madres tal vez sí conocieran a la tuya. Sin embargo, la zona este tenía un montón de barrios y de zonas industriales que no dejaban de crecer y crecer. Hace un año abrieron un colegio nuevo y llenaron de salones prefabricados hasta el último rincón del edificio. Había gente por todas partes.

—¿Qué hace aquí toda esta gente? —preguntó Rob. Decenas y decenas de personas se arremolinaban en la zona de césped que había frente al Centro Cívico, saludándose y platicando. Llevaban suéter y corbata, o trajes muy elegantes, y todos ellos eran mucho mayores que mi madre. Parecía la noche de bingo de los ricos y famosos.

Me pasé las manos por el frente de la camisa en un intento de eliminar las arrugas.

—Es posible que Abby no nos repitiera lo suficiente lo que nos teníamos que poner esta noche.

Rob esbozó una sonrisa mientras sacaba el moño azul marino del bolsillo y se lo volvía a abrochar en el cuello de la camisa.

Nos abrimos paso hasta la entrada principal y nos pegamos al edificio para pasar tan inadvertidos como fuera posible.

—¿Estás seguro de que estamos en el sitio correcto? —me preguntó Rob después de que una señora mayor, que se le había pasado la mano con el maquillaje, le diera unas palmaditas en la cabeza al pasar.

—A ver, ¿no es a la gente mayor a la que le suele gustar asistir a los museos?

—¡Quentin! ¡Rob! —nos estábamos acercando a la puerta de entrada y Abby vino corriendo hacia nosotros. Llevaba un vestido de un color violeta claro, y sus zapatos tenían un pequeño tacón. Nunca la había visto ponerse unos zapatos de tacón hasta entonces.

Abby sonrió al tomarnos a cada uno por un brazo.

—No lo van a creer. No sé muy bien cómo, pero han reservado el Centro Cívico para dos eventos a la vez. El Club Más de Sesenta y Cinco celebra esta noche su reunión anual y, por suerte para nosotros, les ha encantado la idea de hacerlo en nuestra exposición. ¿No es increíble? Esperan a más de doscientos invitados... y todos van a ver nuestras obras. ¡Vengan!

Sentí en el brazo la corriente de la energía de Abby casi como si fuera un rayo a través de las yemas de sus dedos. No pude contener una sonrisa al verla tan entusiasmada. Cuando se ponía así, era como una bolsa de palomitas de microondas: solo tienes que picar el botón de encendido y quedarte mirando.

Atravesamos el vestíbulo y llegamos hasta el salón principal. No era un lugar tan grande; dudé que cupieran allí todos los miembros del Club Más de Sesenta y Cinco, aunque no hubieran preparado el sitio como si fuera una galería de arte. Habían utilizado paneles portátiles que no llegaban hasta el techo para dividir algunas secciones del salón en salas más pequeñas, en las que se exponían las obras. La gente —me alegré al ver que no todo el mundo era viejo— se desplazaba muy despacio entre los paneles. De frente, según entrabas al salón, había media docena de mesas con bocadillos, llenos de postres, grasas, glaseados y cualesquiera que sean los demás grupos alimenticios. Eran como unos buques mercantes listos para el abordaje y el saqueo.

Abby nos tomó con fuerza los brazos.

—Recuérdelo, prometieron comportarse esta noche. Actúen de un modo caballeroso y por lo menos finjan que les interesan las obras. Y no se vayan como locos directo a la comida... va a venir un montón de gente. Oh, Quentin...

Alzó las manos y me alisó el cuello de la camisa.

—¿No podías haberla planchado, por lo menos? —dijo con una sonrisa a medias, como si ya conociera la respuesta.

—¿Me tomas el pelo? —le dije—. Tengo una memoria realmente buena, y tú no dijiste nada de planchar.

Abby puso los ojos en blanco y miró de pasada a Rob.

—Qué lindo moño. Si quieren, pueden tomar algo de comer, que sé que se mueren de ganas, y después me alcanzan allí enfrente. Tengo que ir primero a buscar a alguien.

Rob y yo aguardamos hasta que Abby se encontró a más de un brazo de distancia para salir corriendo hacia las mesas como un par de bucaneros muy caballerosos.

El festín resultaba aún más impresionante visto de cerca. Dudaba que el Club de Bellas Artes tuviera este tipo de presupuesto; me hizo desear que llegara el día en que tuviera más

de sesenta y cinco años. Rob y yo fuimos tomando muestras de todas las mesas y apilándolas en nuestros platos de plástico. Nos devoramos todo lo que sobrepasaba una ración aprobada por Abby antes de tomar unos vasitos de ponche y dirigimos a buscarla. En el último momento se me ocurrió tomar una copa de más para ella, que me llevé equilibrando entre el brazo y el pecho.

Abby nos saludó con la mano desde el extremo opuesto de la galería de arte improvisada. Se encontraba con alguien al que estaba seguro de haber visto antes por los pasillos del colegio. Me imaginé que sería alguien de segundo. Era alto, con el pelo oscuro y las cejas pobladas. Le dijo algo y se rio. Abby se rio también.

—Hola, chicos —dijo Abby, que seguía sonriendo—. Él es Justin Masterson. Está en el Club de Bellas Artes conmigo.

—Rob y Quentin, ¿verdad? —dijo Justin con un gesto de la barbilla en nuestra dirección—. Abby me ha contado todo sobre ustedes. No pensaba que les gustara mucho el arte a ninguno de los dos.

Su tono de voz me desagradó de inmediato. Me encogí de hombros.

—¿A quién no le gusta el arte?

—Eso —asintió Rob—. Quiero decir que yo a veces dibujo. Garabatos. Y cosas.

La sonrisa de Justin no cambió. Tenía los dientes muy blancos.

—Genial. Entonces estoy seguro de que les gustará nuestra exposición —nos señaló la pared más cercana—. ¿Quieren que hagamos un recorrido? —dijo, y se puso en marcha sin esperar una respuesta.

—Ah —dije al tiempo que le ofrecía a Abby uno de los vasitos de ponche—. Traje este para... —entonces me percaté de que ya tenía una bebida en la mano.

Los ojos de ambos fueron veloces de un vasito al otro varias veces.

—Oh —dijo por fin Abby—. Gracias. Mmm... Justin me acaba de traer uno hace un minuto —levantó los ojos de los vasitos para mirarme—. Pero de todas formas has sido muy amable —Se marchó detrás de Justin y Rob.

Me quedé mirando los dos vasos y el plato de comida con los que hacía malabares entre las manos. Con un suspiro, puse en equilibrio el plato sobre mi antebrazo y tomé uno de

los dos vasos con la mano libre. Lo vacié de un solo trago. Uva. Encajé el vasito lleno dentro del vacío y seguí al grupo.

—Hemos estado estudiando los diferentes movimientos del arte moderno —estaba contando Abby cuando llegué hasta ella—, y después intentamos copiar el estilo de los artistas que estudiamos.

Justin levantó la mano hacia los cuadros en la pared.

—Como aquí. Nuestros cuadros impresionistas —Respiró profundo, como si estuviera oliendo la pintura.

Miré más de cerca un cuadro de una puerta abierta y una silla. Parecía borroso, como si lo hubieran metido en una bañera llena de agua.

—A mí me parece que este está un poco desenfocado.

—A mí me parece que deberías usar lentes, Quentin —se rio Abby.

Justin no se rio.

—Se supone que debe ser así. Ya sabes, igual que Monet. El pintor francés.

—Ah, ya lo entiendo —me giré hacia Rob y puse los ojos en blanco. Él soltó un resoplido y se llenó la boca con un pastel de cereza.

Justin se dirigió hacia la pared opuesta.

—Estos los hicimos después de estudiar a Jackson Pollock: expresionismo abstracto.

Me quedé mirando los diez cuadros que había elegantemente dispuestos en la pared. Habían salpicado pinturas de diferentes colores una y otra vez sobre todos ellos. Daban la impresión de ser más un accidente que obras de arte.

Rob se acercó y toqueteó con el dedo uno de los cuadros.

—No sabía que hubiera niños pequeños en el Club de Bellas artes.

—¡Rob! —exclamó Abby.

Justin hizo caso omiso del comentario.

—Conseguir este estilo es mucho más difícil de lo que parece. En mi opinión, ese de ahí arriba es el mejor —dio un paso a un lado y apoyó levemente la mano en la espalda de Abby—. Es una obra de una pintora brillante que yo conozco.

Tenía un hojaldre relleno de crema a medio camino de la boca, pero el hojaldre se congeló en el aire cuando vi que la mano de Justin entraba en contacto con el vestido de Abby. Me quedé esperando a que ella la apartara de un manotazo, pero no lo hizo. Cierto, probablemente no fuera más que un cariñito amistoso en la espalda entre colegas pintores. O algo así. Aun así, seguía sin poder creer que ella lo estuviera permitiendo. Saltaba a la vista que aquel chico era un idiota. Dejé el hojaldre en el plato.

Abby hizo un gesto tímido encogiéndose de hombros y puso su sonrisa de un hoyuelo.

—Yo creo que todos son muy buenos.

Aun entonces, Justin mantuvo la mano en su espalda. Todos nos quedamos allí de pie, observando las salpicaduras en los rectángulos que colgaban de la pared. Excepto yo. Intenté distraerme calculando cuánto gel habría tenido que usar Justin para conseguir su fleco ondulado. “Ese flequillo tiene que estar tan tieso que se puede patinar sobre él”, pensé. Mis ojos regresaron entonces a la mano de Justin en la espalda de Abby. Alguien tenía que rescatarla.

—¿Y qué hay en la otra sala? —solté de golpe.

Justin dedicó a Abby una rápida sonrisa y una mirada de reojo antes de conducirla con delicadeza delante de él, hacia la apertura entre las paredes montadas.

—Esta es nuestra sala cubista —dijo Abby mientras pasábamos. Había varias personas más observando las obras por toda la estancia.

—Cubista... como Picasso —dije yo enseguida. Ya me estaba cansando de saber menos que el idiota.

—Muy bien, Quentin —me dijo Justin como si estuviera dando una clase de arte—. Picasso, Braque, Gris. Intentaron desmontar el mundo y volver a montarlo de un modo en que nadie lo había visto antes. Revolucionario.

Al parecer, el idiota se había aprendido de memoria párrafos enteros de su libro de texto de Arte.

—Vamos —se apresuró a decir Abby—. Siguiente sala.

Rob estaba estudiando los cuadros que había en la pared más cercana.

—¿Qué fue exactamente lo que desmontaste tú y volviste a montar?

En aquellos cuadros parecía que había una persona, probablemente una mujer, pero más allá de eso, no eran más que cuadrados y rayas color café para mí. Leí el título que había debajo de uno de los cuadros. *Abby junto a la alberca*.

Abby nos hizo un gesto para que pasáramos a la siguiente sala.

—Chicos, creo que les va a gustar la siguiente.

—¿De verdad eres tú la del cuadro, Abby? —preguntó Rob.

—Nos hacía falta una modelo para estos cuadros, y convencimos a Abby para que posara —dijo Justin—. La línea de su traje de baño era muy buena, así que era perfecta para hacerlo.

—¿Posaste en traje de baño para todo el mundo? —Es probable que dijera eso más alto de lo necesario. Recordaba la época en que Abby se negaba a bajar al río con nada que no fueran unos shorts y una camiseta. El verano pasado, para ser exactos.

Abby levantó las manos.

—Oye, no, no fue así! A ver, quiero decir que después nos metimos a nadar. Era una fiesta en una alberca, con un poco de pintura al principio. Todo el mundo estaba en traje de baño.

Aun así, por alguna razón, me costaba imaginarme al Club de Bellas Artes de Abby congregado alrededor de ella observándola tumbada frente de la alberca. Le eché un vistazo a Justin, que parecía algo más que un poco musculoso con su suéter grueso y sus pantalones de vestir.

Las mejillas de Abby se sonrojaron.

—¿Podemos pasar ya a la siguiente sala, por favor?

Cuando ella se marchó, Justin se inclinó hacia mí.

—Sabes, en las clases de Arte de la universidad utilizan modelos desnudas para este tipo de cosas —me guiñó un ojo y siguió a Abby.

Me quedé con los ojos clavados en su espalda. Por alguna razón, me sentí como si estuviera desmontando a Justin y volviéndolo a montar de un modo en que ni él mismo se había visto antes.

—Eh, Quentin, ¿te vas a comer todo eso? —Rob señaló mi plato. Se lo di y seguí a Justin.

La siguiente sala me tomó desprevenido. En lugar de cuadros en las paredes, había... cosas... por la sala. Un antiguo teléfono fijo, con el cable estirado y la ropa lavada colgada encima de éste, un par de tenis cubiertos de garabatos y, en el centro del lugar, sobre un pedestal de poca altura, había un escusado de cerámica blanca, lleno hasta el tope de chocolates M&M's.

En el otro lado de la estancia se encontraba un hombre con su esposa, asintiendo y sonriendo, como si estuvieran compartiendo una broma. Dos señoras de pelo cano que llevaban un chal también se paseaban por la sala.

—¿Qué tontería es esto? —preguntó Rob con media magdalena metida en la boca.

—Dadaísmo —dijo Justin—. El antiarte se ríe de todas las normas por las que se rige el mundo del arte. Un hombre que se llamaba Duchamp puso un mingitorio boca abajo y la tituló *Fuente*. Yo quería probar algo de este estilo —dio unas palmaditas en el escusado brillante—. Lo llamo *Un servicio de dulce*. Bonito, ¿eh? Encontré el escusado en un depósito de basura y después le metí periódico y cartones para no tener que llenarlo completamente de M&M's.

Rob alargó la mano y tomó un puñado de chocolates.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Rob, acabas de sacar eso de un escusado.

Se metió unas cuantas en la boca.

—¿Es que no te has enterado? Que no es un escusado, es antiarte.

Justin sonrió.

—Alucinante, amigo. Ese es el espíritu de la obra. A la mayoría de los que estamos en el grupo nos ha dado por el dadaísmo, pero Abby dice que estamos locos —le pasó el brazo sobre los hombros y la apretó contra él—. A mí me parece que aún podemos unirlos a la causa.

Cuando terminó de hablar, el brazo de Justin no se movió. Ahí se quedó, como si se le hubieran pegado la mano al brazo de Abby. De nuevo, aguardé a que ella hiciera algo, pero se limitó a bajar la mirada hacia sus manos, y después me miró a mí, mordiéndose el labio. Lo sentí mucho por ella. Resultaba obvio que se sentía incómoda con las garras de ese tipo sobre ella, pero era demasiado tímida para decir algo al respecto.

Sonó una voz por el micrófono que le pedía a los chicos del club que se acercaran al frente para hacer una breve presentación.

Abby se escabulló por debajo del brazo de Justin.

—¿Por qué no le dan un vistazo al resto de las obras antes de nuestra presentación? No les llevará mucho tiempo, se los prometo.

Cuando se dirigió hacia la parte delantera del salón, Justin le ofreció su mano a Abby. Ella vaciló ligeramente y la tomó. Desaparecieron juntos en el laberinto de paneles.

Mis ojos permanecieron concentrados en la salida mucho después de que ellos la atravesaron.

Allí estaba yo cuando dos señoras mayores se acercaron a mi lado para observar el inodoro dispensador de dulces de Justin.

—Bien, tengo que decir que, en mi opinión, parece ser un escusado lleno de dulces —dijo una de ellas.

—Mejor que un escusado lleno de otra cosa —repuso la otra.

Y se carcajearon las dos.

Después de eso, la verdad es que no quería ver las demás obras de arte. Rob regresó a las mesas de los bocadillos en busca de una segunda ronda, y yo me las arreglé para encontrar el camino de salida en busca de un poco de aire fresco. Es que allí adentro estaba lleno de gente.

Me quedé de pie en la zona con césped frente al Centro Cívico, rodeado de personas mayores que no paraban de sonreírse las unas a las otras. Lo único en lo que podía pensar era en Justin al lado de Abby, riéndose. Y en Abby al lado de Justin, correspondiendo a sus risas con un hoyuelo en la mejilla.

Me sentí un poco mareado, como si el estómago se me hubiera caído hasta las rodillas, como mínimo.

Tenía que ser algo que había en el ponche.

Al día siguiente, me fui caminando solo a casa después de clase porque Abby tenía otra vez Club de Bellas Artes, y Rob estaba haciendo un mandado para su madre. El Centro Cívico me pareció extrañamente vacío cuando pasé por enfrente. Por supuesto, era probable que se debiera a que no se encontraba atestado con doscientas personas mayores en corbata y mancuernillas, pero al verlo —aun sin aquella multitud— me acordé de la noche anterior, que era justo en lo que estaba intentando evitar con todas mis fuerzas.

Me distraje contando el número de pasos que había entre una toma de agua contra incendios y la siguiente, y pensando en mi trabajo de Historia, y en acordarme de pedirle dinero a mamá para nuestra visita a la granja piscícola con la clase de Ciencias, y pensando en qué iba a cenar.

Y en por qué diablos anoche Abby se había puesto unos zapatos de tacón.

Claramente, lo de distraerme no estaba funcionando.

Abby había sido una parte habitual de mi vida durante años. Nunca le había dedicado mucho tiempo a pensar en ella. Abby siempre estaba allí. Una de mis dos amigos. Pero desde la exposición de arte, todos mis pensamientos giraban en torno a ella. Abby con su vasito de ponche. Abby riéndose. Abby al lado de Justin y su brazo rodeándola a ella.

Se me hizo un nudo en el estómago.

¿Por qué me molestaba tanto? Abby era mi mejor amiga. Como una hermana.

Eso era. “Soy como su hermano mayor, que la protege. Por supuesto que no quiero ver que ningún tipo la rodee con el brazo. Y, en especial, no un supremo idiota como Justin. Abby se merece algo mejor”.

Llegué a casa perdido en mis pensamientos. Entré, tiré la mochila en el sofá y me fui directo a la cocina. Me había puesto a husmear en busca de algo de comer cuando oí la voz de mamá que venía de su habitación. No había visto su coche abajo, en el estacionamiento,

pero es que tampoco lo busqué. Por lo general se marchaba a trabajar antes de que yo llegara a casa. Tomé una cucharada de crema de cacahuete e hice una pausa para escuchar.

—Por supuesto que no haría eso, Ethan. Me conoces perfectamente —la voz de mamá sonaba débil y frustrada—. No, y ya está. No podemos pagar la renta. Nos echarían a la calle dentro de un mes... Y no me va a ayudar llegar tarde a trabajar... No, te agradezco mucho tu apoyo, ya sabes que sí... Muy bien. Yo también te quiero.

Escuché el sonido del teléfono al colgar y a continuación los pasos de mamá. Intenté parecer verdaderamente concentrado en el sándwich que me estaba preparando.

—Eh, hola, cielo. No te oí llegar.

Giré la cabeza para echar un vistazo. Llevaba puesto el overol del trabajo y la gorra blanca de beisbol. Esperaba ver lágrimas cayendo por sus mejillas o algo así, pero parecía tan normal como siempre.

—Hola, mamá —intenté mantener la voz firme.

—¿Te quedas esta tarde o vas al taller de Mick?

—Mmm... —Me esforcé por formar una frase completa, pero lo que tenía en la cabeza era confusión, el eco de la conversación telefónica con el tío Ethan que había escuchado y que no dejaba de rebotarme dentro del cráneo. “No podemos pagar la renta. Nos echarían a la calle dentro de un mes”—. Eeeh... pasaré por allá en un rato. Voy a hacer la tarea con Rob.

—Bien. Te veo allá —tomó sus llaves del gancho y salió corriendo por la puerta.

La verdad es que mamá nunca me hablaba de dinero. Siempre me daba unos dólares sueltos a la semana si le ayudaba a mantener limpio el departamento, pero, más allá de eso, yo nunca le había prestado atención a nuestra situación financiera. Tampoco es que no me enterara de nada; sabía que no teníamos mucho. Pero siempre había creído que teníamos lo suficiente.

¿Nos había subido la renta el casero?

¿Estábamos en la ruina?

Una sensación muy desagradable se me asentó en el fondo del estómago y aparté mi sándwich de crema de cacahuete y mermelada sin terminar. No poder pagar la renta

significaba no tener un lugar donde vivir. Ya vivíamos en el bloque de departamentos más barato del pueblo. Tal vez mamá buscaría un segundo trabajo, lo que provocaría que estuviera aún más cansada. Tal vez yo tuviera que buscar un trabajo.

Fue lento el paseo hasta el taller, como si el peso del mundo me cayera un poco más sobre los hombros. Y entonces la ira me comenzó a salir por los poros, igual que la mermelada por los bordes de mi sándwich. Una ira dirigida contra Anthony Chinetti.

Mi padre.

Nunca había pensado seriamente en él en los siete años transcurridos desde que se marchó. O, más bien, había intentado no pensar en él. Lo había intentado con tanta frecuencia que mi cerebro desviaba de manera automática los pensamientos que pudieran llevarme en aquella dirección. En mi calendario no venía el Día del Padre. No quise jugar en la liga infantil de beisbol porque el entrenador siempre era el padre de alguno de los niños. Hasta me salí del grupo de lobatos de los Boy Scouts porque mi cochecito de madera para hacer carreras siempre daba pena en comparación con quienes tenían un padre con una sierra y una lija.

Tampoco es que le odiara, o que le guardara rencor, o que lo extrañara. Mamá todavía tenía una foto suya en alguna parte, pero yo, si me permitiera a mí mismo intentarlo, no creo que sería capaz de acordarme de su cara.

No era más que un vacío en mi vida.

Y mientras me pateaba la acera camino al taller de Mick, no dejaba de lanzarle bolas de fuego y de ira a aquel vacío. Cuidar de la familia es tarea del padre. Él es el responsable de asegurarse de que todos tengan suficiente para comer, de que tengan ropa en el clóset...

Y de pagar la renta.

Tal vez no fuera justo que me enfadara con él en ese momento, después de no haberme permitido ni pensar en él durante tanto tiempo, pero tampoco es que Anthony Chinetti se portó bien cuando nos abandonó.

Me senté en mi sitio en la mesa de picnic, pero ni siquiera me molesté en abrir los libros. Miré hacia la plataforma tres del taller, donde mamá había empezado a trabajar en

un viejo Grand Am. Sustitución de los amortiguadores. Levantó la vista y me saludó con la mano.

Respondí a su saludo. No podía ver la preocupación en su cara desde donde yo estaba, pero sabía que existía.

No tardó mucho en aparecer Rob y en dejarse caer a mi lado.

—Quentin, amigo, se supone que a estas alturas ya deberías tener hecha la tarea para que yo pueda copiarte —sacó un cuaderno de su mochila y una bolsa medio llena de galletas de la fortuna del Wok de Oro.

—¿Cenaste anoche fideos chinos o qué? —le pregunté mientras estiraba el brazo para tomar un puñado.

—No. Bolitas rellenas de carne. Y arroz frito.

—Qué vida más dura la tuya —me puse a partir las galletas y a echar los papelitos de la fortuna en la mochila.

—¿Estás bromeando? Pelearse con Marcus por las sobras que trae a casa no es nada fácil. Nunca consigo probar el cerdo *moo shu*. ¿Estamos esperando a Abby?

—Está en el Club de Bellas Artes.

—Ah, sí. Oye, ese tal Justin no paró de manosearla anoche, ¿verdad? Me late que podrían ser algo más que simples amiguitos del Club de Bellas Artes.

Los pensamientos que me habían estado persiguiendo durante gran parte del día reaparecieron de la nada. Suspiré y partí otra galleta.

—Tú también te diste cuenta, ¿eh?

Rob resopló.

—Claro. ¿Y cómo no hacerlo? A ver, me han contado que a veces pasa, que los de segundo salen con las de primero...

—¿Empezamos con la tarea de Lengua? —aparté los papelitos de la fortuna y saqué mi carpeta de la mochila.

Rob se me quedó mirando.

—Mmm, claro —abrió un libro de texto—. Oye, Ricky Mitchell me dijo que instalaron una rampa nueva para bicis en el parque de Lincoln Hill. Dice que se dan unos saltos que

vuelas. Deberíamos ir hoy a probarlo.

—Está bien —murmuré. Mi carrera como acróbata en bicicleta había consistido principalmente en manubrios retorcidos y raspones en los codos. Y se acabó definitivamente hace dos años, cuando me rompí el brazo allá abajo, en el río. Mamá me dijo entonces que la factura del siguiente hueso la pagaría yo de mi bolsillo. Desde ese instante, mi bici solía tener una rueda pinchada siempre que Rob quería ir a dar saltos.

—Eh.

Rob y yo levantamos la vista al mismo tiempo para ver a un chico mayor, de otro curso del instituto, que venía hacia nosotros atravesando el estacionamiento. Llevaba unos zapatos caros y una chamarra con la inicial del equipo del instituto y el nombre "Jared" bordado al frente. Lo reconocí de haberlo visto por el pueblo, pero nunca había hablado con él. Y no me imaginé que viniera a hablar sobre acrobacias en bici.

Se detuvo a unos metros de la mesa de picnic. Nos miró a los dos y me señaló a mí con la barbilla.

—¿Eres tú el chico al que estoy buscando?

Sinceramente, no tenía ni idea.

—Pues... ¿a quién estás buscando?

—Al chico que... ya sabes... —resopló y miró a su alrededor antes de bajar la voz. Su frente arrugada me recordaba de forma vaga a un bulldog enfadado—. El Mensajero de los Corazones Rotos.

No había oído jamás aquel nombre, pero supe de inmediato a qué se refería. Se me secó un poco la garganta y no pude tragar saliva. No se me había ocurrido pensar que pudiera haber algún tipo de peligro asociado al trabajo que había hecho para Marcus. Era probable que fuera el hermano de Melissa, o su primo, o un matón a sueldo con instrucciones para darme una paliza. La ignorancia era mi mejor estrategia.

—No tengo muy claro de qué me estás hablando —le respondí con lo que yo esperaba que sonara a voz de inocencia.

El chico se acercó un paso más.

—¿Eres tú el chico que rompió con Melissa Hales en nombre de Marcus McFallen?

Se produjo un silencio que duró cinco segundos. Entonces Rob dijo gritando:

—¡Amigo, Quentin, eres famoso! Guau. El Mensajero de los Corazones Rotos. Eres como una mezcla de superhéroe y gánster.

Podría haberlo golpeado... duro. En cambio, mantuve el semblante más tranquilo que pude ante el tipo de la chamarra del instituto.

—Sí, soy yo.

Entonces el hizo un gesto con la barbilla en dirección al estacionamiento.

—Tengo que hablar contigo —me dijo, y miró con nervios a Rob.

Yo hice lo mismo. Rob se encogió de hombros y arqueó las cejas.

Seguí al chico hasta el extremo más alejado del estacionamiento, que tenía una hilera de árboles en uno de los lados. Me reconfortó comprobar que solo podría darme un par de golpes antes de que mamá o Mick lo vieran y me rescataran. Eso tampoco sería tan terrible. Unos pocos días en el hospital, posiblemente, y que todo el instituto se enterara de que mi madre me había salvado de recibir una paliza al golpear a un tipo en la cabeza con una llave inglesa. El chico miró a su alrededor cuando se detuvo, al parecer satisfecho del lugar donde nos encontrábamos. Me debatí entre si debía oponer resistencia o si eso empeoraría las cosas. Pero sabía que Rob seguía mirando. Apreté el puño con fuerza.

—Me llamo Jared. Voy en algunas clases con Marcus en el instituto. Me contó lo que hiciste por él. Quiero contratarte.

Mis temores se fundieron como un helado en el pavimento.

—¿Contratarme?

—Sí —dijo Jared—. Es que, verás, necesito terminar con mi novia —estaba mirando al suelo—. Creo que sería más fácil... sería mejor... para los dos... si fuera a través de otra persona.

Noté cómo crecía en mi interior la misma sensación que tuve al entrar en la residencia de ancianos aquel día llevando mi catálogo para la colecta. Una oportunidad de oro, lista y a la espera.

Asentí con inteligencia.

—No hace falta que me lo expliques. Lo comprendo perfectamente.

Jared medio sonrió.

—Eso me imaginaba.

Me aclaré la garganta.

—Estoy seguro de que Marcus te contó que mis honorarios son elevados pero justos. Quiero decir que, al fin y al cabo, no vas a encontrar en el pueblo a nadie que tenga mi experiencia en este asunto.

Jared se cruzó de brazos, a la escucha.

Respiración profunda.

—Cobro una tarifa base de veinticinco dólares por una ruptura básica. Transmito el mensaje y te confirmo cuando esté hecho. Sin embargo, la mayoría de mis clientes se da cuenta de que es un poco frío hacer que alguien se limite a transmitir un mensaje en una situación como esta, así que también ofrezco un servicio de lujo que incluye bombones y/o flores —agradecí en silencio a Melissa su consejo de despedida, aunque era probable que aquello no fuera lo que ella tuviera en mente.

—¿Bombones y flores? —Jared parecía un poco confundido—. Pero si estoy rompiendo con ella.

Le puse una sonrisa triste.

—Por supuesto, pero es como si las flores le dijeran “Gracias por los buenos recuerdos”. Y los bombones... mira, uno prefiere no dejar a la chica completamente sola.

—¿Por qué no? Si va a encontrar a alguien enseguida.

“Piensa rápido. Piensa rápido. Ah, ya”.

—Déjame que te lo explique de este modo: cuanto más delicada sea la manera de dejarla, menos probable será que ella te persiga con un spray de pimienta.

Jared me estudió durante un minuto y sonrió.

—Me gusta cómo piensas. Es obvio que el Mensajero ya ha hecho esto antes.

Abrí los brazos confiado, como un joyero detrás de su vitrina.

—¿Y qué va a ser entonces?

Se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó la cartera.

—Me llevo el servicio de lujo.

—Fantástico —Me di cuenta de que aún llevaba en la mano la carpeta de Lengua y una pluma—. No tengo aquí ninguno de mis formularios, pero solo necesito que me digas cómo se llama tu novia, su dirección, dónde trabaja y cuáles son sus flores favoritas. El Mensajero de los Corazones Rotos se encargará de todo lo demás.

Le cobré diez dólares a Jared por los bombones. Ya los había comprado antes, para el Día de las Madres, y sabía que podía adquirir una buena caja por menos de eso. Sin embargo, no estaba muy seguro de las flores. Calculé unos quince dólares. El total subió la cuenta a cincuenta, más de la mitad de los cuales eran ganancia pura.

A cualquier chico le habría emocionado ganar esa cantidad de dinero, pero para cuando Jared se encontraba fuera del alcance de mi vista, yo ya estaba pensando en lo siguiente. Si pretendía ayudar a mamá con la renta, necesitaría más de veinticinco dólares. Me imaginé que nuestra renta rondaría probablemente los cuatrocientos. Aportar la mitad de eso suponía ocho trabajos como aquel al mes. Vaya. Pero había que hacerlo.

Vivir en la calle no me gustaba en lo absoluto.

Cuando acabaron las clases al día siguiente, compré una caja de bombones en el supermercado y caminé calle abajo hasta la florería El Ramillete, la única que conocía. Una campanilla de latón tintineó cuando entré. Mi olfato recibió un ataque inmediato del brutal aroma de las flores, las velas y las mezclas de pétalos secos.

Una mujer de mediana edad con el pelo recogido me saludó desde atrás del mostrador.

—Hola, guapo, ¿en qué te puedo ayudar?

—Hola. Tengo que comprar unas flores.

—Cómo me alegra oírlo, corazón, porque eso es justo lo que vendemos aquí —soltó una risotada aguda—. ¿De qué tipo son las que buscas?

Jared no le había regalado nunca flores a su novia, de manera que no tenía ni idea de cuáles le gustaban. Sabía que estaba a punto de mostrar mi propia ignorancia, pero no había remedio.

—Pues, unas que huelan bien, supongo.

La mujer se volvió a reír, pero no tan alto.

—Déjame que te haga una pregunta: ¿son para una jovencita?

Asentí.

—Sí, son para una chica.

—Qué encanto. ¿Y qué aspecto tiene la chica? ¿Su complexión, de qué color tiene el pelo?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? ¿Cómo le vas a comprar flores a una chica si ni siquiera sabes qué aspecto tiene?

—No pensé que fuera uno de los requisitos.

La mujer parecía un poco desconcertada.

—Pues claro que lo es. El color y la variedad de la flor deben complementar la apariencia de la chica —hizo una pausa por un instante y de repente fue como si se diera cuenta de algo—. Ah, ya veo, es una cita a ciegas.

Le hice un gesto negativo con la cabeza.

—Estoy en primero. Soy muy joven para preocuparme de todo ese rollo de las citas.

Me miró fijamente un momento.

—Muy bien. Entonces, ¿podrías decirme cuál es la ocasión para regalarle las flores?

Aquella mujer era tan correcta en las formas y tan amable que no pude resistirme a decirle la verdad, solo para molestarla un poquito.

—Voy a romper con ella.

La florista enderezó ligeramente la espalda y se me quedó mirando un poco más.

—No sales con nadie, pero quieres comprar flores para romper con una chica. Una chica a la que no has visto nunca.

—Sí, señora.

La mujer suspiró.

—Entonces recomendaría rosas. Son flores con muchos usos en lo que a las relaciones sentimentales se refiere.

—¿Cuánto cuesta un ramo de rosas?

—A partir de veinticuatro con noventa y nueve.

Ups. Señalé otras flores que había detrás del mostrador. Pensé que podrían ser tulipanes.

—¿Y esas?

—Esos ramilletes están arriba dieciocho con noventa y nueve.

Señalé otras. Azucenas, tal vez. U orquídeas. U otra cosa.

—Catorce con noventa y nueve.

Mi margen de ganancia se estaba evaporando en mis narices.

—¿Cuál es el ramo de flores más barato que le puedo comprar?

La mujer volvió a suspirar, derrotada. Me entregó un ramillete de flores blancas envueltas en un papel verde.

—Crisantemos. Nueve con noventa y nueve. Una flor funeraria tradicional.

—Ahora nos entendemos.

Pagué las flores y la señora me dijo que podía escoger una tarjetita gratis con un mensaje. Elegí una que decía «Mis condolencias». No me pareció que «Felicidades» fuera apropiado, aunque por un momento pensé en la de «Que te recuperes pronto». Encajé la tarjetita en el centro de las flores y me dirigí hacia la salida. Tenía un mensaje que entregar.

No me había alejado ni una manzana de la florería cuando los nervios se empezaron a apoderar de mí. Allí estaba yo, a punto de entrometerme en la relación de otras personas. No, entrometerme no, la iba a derrumbar como un obrero de demoliciones. Con Marcus y Melissa había sido distinto, a ellos los conocía, pero estos eran unos extraños. Me pareció raro, emocionante y aterrador, todo a la vez.

Y en ese momento, justo al doblar la esquina de los campos deportivos de césped del instituto, vi a Abby que venía hacia mí. Entonces, todo me pareció aterrador. Escondí las flores detrás de mi espalda.

—Eh, Quentin —me dijo cuando nos detuvimos ambos en la acera—. ¿Y esas flores?

—¿Flores? —me miré las manos como si unos segundos antes hubieran estado vacías—. Ah, estas. Pues... no son para mí. Quiero decir que... no se las voy a dar a... o en realidad... mmm. No son un regalo mío para nadie en particular —respondí suave como la seda.

—Pero... ¿son para una chica? —Abby me hizo esa pregunta muy despacio, como si estuviera intentando resolver uno de esos acertijos condenados y hablar al mismo tiempo.

Estaba paralizado. ¿Qué demonios se suponía que le iba a decir? No podía inventar la mentira de que le iba a dar las flores a cualquier desconocida. Me imaginé que no me quedaba más remedio que contarle la verdad, para bien o para mal.

Pero Abby entrecerró los ojos.

—¿Forman parte de tu secreto con Marcus y Melissa?

Al parecer las últimas noticias con respecto a la antigua pareja no habían llegado a sus oídos, pero vi justo allí mi salida y me lancé de cabeza.

—Bueno... ya sabes que no te lo puedo decir. Aunque vas en la dirección correcta.

Una extraña mirada de alivio se apoderó del rostro de Abby.

—Ah, qué bien. Quiero decir, para Melissa y eso. De todas formas... —me sonrió con cara de astucia—. ¿Estás seguro de que no me puedes dar una pista sobre su secreto?

—Ojalá dejaras de preguntarme. Ya te he dicho que no —eso lo dije de un modo más tajante de lo que pretendía. Si ya tenía los nervios descontrolados, mi encuentro con Abby no estaba ayudándome.

—Perdona. Solo era curiosidad. Incluso podría ayudarte si tú quieres.

—Gracias, pero esto no va contigo —ya era hora de ponerse en marcha. Las flores blancas me pesaban más a cada minuto que pasaba.

Abby puso los brazos en la cintura.

—¿Que no va conmigo? ¿Me estás diciendo que el romanticismo a mí no me va en nada?

“No, te estaba diciendo que me tengo que largar para dejar de inventar cosas”.

—A ver —le dije—, no esperaría que supieras nada sobre las relaciones de pareja, porque tú nunca has tenido una.

—Ni tú tampoco, señor romántico —estaba adoptando su tono de voz de fiscal del distrito, poniéndome en un aprieto. No tenía tiempo para eso, y me estaba empezando a hervir la sangre.

Hice caso omiso de los destellos de las luces rojas de alarma que se encendían en mi cabeza justo cuando mis escudos se colocaron en posición y pasé al modo defensivo.

—Ni falta que me hace. Tengo trece años. A lo mejor empiezo a buscar una relación cuando esté preparado para casarme, pero, mientras tanto, tengo cosas más importantes a las que dedicar mi tiempo.

—¿Como qué?

Mmm... ahí me atrapó.

—¿Cómo ayudar a Marcus con su novia? —dijo Abby.

—No, como... los deportes.

—Tú no haces deporte.

—Practico karate —respondí.

—Pensé que habías dejado las clases de karate.

—Es que ahora mismo tengo que decidirme por lo que más me gusta. ¿Qué diferencia hay?

—La diferencia es que tú no tienes novia porque no tienes ni idea de cómo conseguir una.

—A lo mejor no tengo novia porque por aquí no hay ninguna chica a la que valga la pena mirar.

Abby me atravesó con la mirada sin decir una palabra. La expresión de su rostro hizo que a mi defensa se le fundiera la fuerza y se viniera abajo enterita.

—Oye... —le dije.

—El Club de Bellas Artes es hoy en el instituto — dijo Abby rápidamente—. Tengo que irme. Nos vemos.

Pasó centelleante a mi lado y me dejó con un ramo de flores blancas en la mano, y en los labios el amargo sabor de ser un charlatán.

Suspiré. Abby y yo teníamos a menudo nuestros cordiales debates sobre las cuestiones importantes en la vida. Cosas como ser vegetariano frente a los beneficios de la comida rápida; si el colegio debería gastar el dinero en arte o mejor en consolas de videojuegos para las aulas, y la eterna discusión acerca de si rock clásico o rock alternativo. Sin embargo, aquella conversación se había desquiciado por completo. Algo estaba pasando, y no me podía imaginar qué era.

Continué arrastrando los pies y me dirigí al campo de fútbol con la esperanza de mejorar el marcador en la segunda mitad.

Una imagen me vino a la cabeza cuando me senté en las gradas del campo de fútbol del instituto con una caja de bombones y un ramo de crisantemos. Era de un documental de animales que pusieron en la tele sobre el Serengeti, en África. Una manada de hienas se encontró con un ñu muerto y empezó a devorarlo. Una hiena decidió que no le estaban dejando la parte que le correspondía, así que atacó a otra para que se apartara. Aquello no le gustó a la otra hiena y comenzaron a pelearse. Antes de que te dieras cuenta, el clan entero de hienas estaba inmerso en una pelea monumental de colmillos, garras y colas volando por los aires. Al final, una de las hienas acabó muerta y el resto decidió comérsela en lugar de al ñu. Supongo que a todo el mundo le gusta la comida fresca.

Estaba viendo al equipo de fútbol de chicas jugar un partido contra el equipo suplente, y parecía exactamente igual a aquella escena de las hienas, salvo que la hierba era más verde y que las chicas llevaban playeras. Había oído rumores de que aquel equipo tenía el récord regional de tarjetas rojas recibidas en una sola temporada, y, solo con verlas unos minutos, pude ver el porqué. Hubo las suficientes entradas duras, empujones y gritos desaforados como para realizar un combate de lucha libre.

Examiné el campo en busca de la número dieciséis. La encontré justo cuando levantaba y le clavaba el hombro a una jugadora con camiseta blanca. Mostró dos dedos con una "V" de victoria cuando su contrincante cayó al suelo. Esa era Carmen Mendoza.

Me pregunté si ella se tomaría el mensaje igual de bien que Melissa.

El partido duró un buen rato. El equipo de blanco estaba recibiendo una soberana paliza, aunque los codazos volaban a partes iguales por ambos bandos. Con la intención de mantener la mente alejada de los golpes que Carmen estaba repartiendo, saqué las notas que había tomado sobre lo que le iba a decir.

"Jared me envía para romper contigo en su nombre. Me ha pedido que te entregue estas flores y estos bombones como regalo de despedida. Gracias y buena suerte".

En el terreno de juego, Carmen estaba gritándole a una compañera. Dado que con Melissa no había tenido ningún tipo de complicación, no se me había ocurrido pensar cómo sería con otra persona. Las manos me sudaban.

Volví a mirar mis notas. Necesitaba algo mejor para una situación tan agresiva como esta: como el guion de una película. Las películas están llenas de gente que siempre sabe exactamente qué decir, incluso cuando dicen una tontería, suena bien. Lo que necesitaba era una frase ingeniosa.

Me acordé entonces de las galletas de la fortuna que Rob y yo nos habíamos comido el día anterior. Busqué en la mochila y encontré unas cuantas tiras de papel dispersas en el fondo. Desdoblé la primera.

«Un paso en falso te provocará un gran dolor». Alcé la vista justo a tiempo para ver a Carmen tumbar a una contraria con una tacleada. Rompi el papelito por la mitad y saqué otro.

«El amor no hace preguntas y da un apoyo infinito». Un pensamiento precioso, pero imaginé que probablemente Carmen tendría unas cuantas preguntas que hacerle a Jared cuando aquello pasara.

Siguiente: «Te invitarán a una fiesta de karaoke». Es bueno saberlo.

Desdoblé el último papelito de la fortuna: «Decir adiós causa una gran pesadumbre». Bueno, tampoco es que fuera un diálogo para ganar el Oscar, pero dadas las opciones, decidí que era la mejor.

Repetí la frase mentalmente una y otra vez hasta que me la aprendí de memoria. Tenía que mostrarme seguro aunque compasivo; lanzado aunque comprensivo.

Cuando el entrenador levantó por fin la vista de la novela de bolsillo que estaba leyendo e hizo sonar con fuerza el silbato, yo ya estaba preparado. Las chicas recogieron sus cosas y las botellas de agua, y se dirigieron hacia la entrada de los vestidores. Maniobré para bajar las gradas y crucé corriendo el campo de fútbol para interceptarlas. Cuando estuve lo bastante cerca, grité:

—¡Carmen!

Flanqueada por dos de sus compañeras, Carmen miró hacia mí, pero siguió caminando. Aceleré y me planté justo frente a ella. Hice una pequeña pausa para recobrar el aliento. Me miró con una expresión dura en sus ojos oscuros.

—¿Qué quieres, mocoso?

—Tengo que hablar contigo —le dije. Sus compañeras del equipo soltaron una risita al ver las flores y los bombones—. A solas.

Ni pestañeó. Las otras chicas permanecieron a su lado entre más risas. La frente de Carmen brillaba por el sudor. Una gota le colgaba de la nariz y, en cierto modo, le daba un aire todavía más salvaje.

—¿Qué quieres, niño?

Hablé con tanta firmeza como pude, principalmente para evitar que me temblara la voz.

—Tengo un mensaje para ti, de Jared.

Eso sí la hizo pestañear, pero solo una vez.

—¿Y bien?

Carraspeé y le mostré las flores con un esfuerzo brutal por aguantarme las ganas de darle la vuelta y salir corriendo.

—Decir adiós causa una gran pesadumbre.

Carmen apartó las flores de un manotazo y dio un paso para acercarse más a mí.

—Estoy empezando a cansarme de ti, escuincle. Dime de una vez de qué se trata esto.

Volví a carraspear y me obligué a mirarla a los ojos. “Soy un profesional. Soy un profesional”.

—Jared me envía a decirte que rompe contigo.

La piel morena de Carmen se volvió de color rojo y la dureza de sus rasgos se desvaneció. Sus amigas ya no se reían. Habló en voz baja.

—¿Quieres repetirme eso otra vez?

“La verdad es que no”. Carraspeé de nuevo.

—Jared me ha pedido que venga a decirte que... que rompe contigo.

“Firme, amigo, firme”. Bajé la vista a las cosas que tenía en las manos.

—Quiere que te dé esto como muestra de su...

Y entonces lo sentí. No sabía con seguridad de qué se trataba. Probablemente el puño de Carmen, aunque me pareció más bien una piedra, o tal vez una lata de comida. De estar mirando aquellas flores blancas de muerto pasé a ver un destello blanco de estrellas y finalmente el cielo azul salpicado de nubes. Me vi tumbado de espaldas en el césped y sentía un martilleo en la cabeza.

Fue una especie de momento surrealista, como el preciso instante en que un chico común y corriente se convierte en un superhéroe en los cómics. Fue como si mi sentido del oído se hubiera potencializado más allá de la capacidad humana. Pude oír los coches parados frente al semáforo al otro lado del campo de fútbol. Pude oír las pisadas de los atletas del equipo de cross que recorrían el circuito. Pude oír cómo se abrían y se cerraban a golpes las puertas de los casilleros del vestidor de las chicas. Y, aunque no podía estar completamente seguro, me pareció que tal vez estuviera oyendo a Carmen llorar.

Y entonces fue cuando me desmayé

No creo haberme quedado inconsciente en el campo de fútbol durante mucho tiempo. Cuando me desperté, me encontré mirando a un grupo de animadoras y animadores que querían que me saliera del campo para empezar a entrenar. No obstante, lo hicieron con mucha cortesía. Uno de los chicos se ofreció incluso a levantarme del suelo y a llevarme a la banda, si es que necesitaba ayuda.

Los crisantemos parecían seguir en bastante buenas condiciones. Estaban un poco lastimados, pero los pétalos continuaban intactos. Y, al contrario que yo, la caja de bombones había salido ilesa del incidente. Me los llevé a casa e incluso me consideré afortunado. Era obvio que Carmen había rechazado los obsequios —amigo, vaya si los había rechazado—, de modo que no me supuso el menor problema guardarme el material para un trabajo futuro. Asumiendo que hubiera otro trabajo. Por lo visto había ciertos riesgos que tendría que valorar primero. Morir, por ejemplo.

Saqué de debajo del fregadero un jarrón de cristal para las flores y lo puse en mi cuarto. Las coloqué junto a la ventana y les planté enfrente un buen montón de ropa apilada con otras cosas para que no fueran demasiado obvias. No tenía nada de ganas de que mamá viera de repente un jarrón de flores en la habitación de su hijo. Podría empezar a hacerse preguntas sobre mí. Resistí la tentación de comerme los bombones metiéndolos en mi cajón de ropa interior.

Después saqué una bolsa de chicharos congelados del congelador y la envolví en un trapo de cocina. Mientras la sostenía contra el lado izquierdo de la cara, no me quedó más remedio que reconocer que la reacción de Carmen me había tomado completamente por sorpresa. A ver, era capaz de entender que se enfadara con el pedazo de imbécil que estaba rompiendo con ella, pero ¿acaso no sabía que no hay que matar al mensajero? Estaba seguro de haber oído eso en una película. En alguna parte.

El trapo helado comenzó a irritarme la piel, me calmaba y me dolía a la vez. Me metí en el baño y me miré en el espejo. Levanté el trapo con delicadeza y quedaron al descubierto cuatro colores diferentes que se extendían desde mi pómulo hinchado.

Era un ojo morado del que estar orgulloso.

Aquella idea me hizo erguirme un poco. Me había dado una paliza la estrella del equipo de fútbol (de chicas), alguien tan bestia que dejaba a su paso todo un reguero de huesos rotos y tarjetas rojas, y aun así me había plantado frente a ella sin inmutarme. Carmen Mendoza podría ser una chica dura, pero al Mensajero de los Corazones Rotos no podía considerársele menos que eso.

Eché un vistazo al reloj y después volví sobre mi rostro multicolor. Tal vez mamá no se diera cuenta.

En tres minutos estuvo la cena, no me llevó demasiado tiempo tener nuestra cena precocinada en el microondas caliente y lista en la mesa del taller de Mick. Qué fácil es hacer la cena. No sé por qué la gente se queja por tener que cocinar. Mamá se lavó las manos y se sentó a comer. Me miró, bajó la vista a la bandeja de comida precocinada e inhaló.

—Mmm. Pechuga de pollo frita en salsa de maíz —sonrió. Todo bien por el momento.

Tomé mi tenedor de plástico y atacé la cena.

—Te toca a ti, mamá —le dije entre el primer y el segundo tenedor.

—Veamos. ¿Qué tal... las peleas en el colegio?

Levanté la vista hacia ella e intenté mantener una expresión tan seria como pude, lo cual me costó un buen esfuerzo bajo el escrutinio de su mirada de madre.

—¿Peleas en el colegio? Estoy en contra, al cien por ciento. Me parece que hay que ser un estúpido para no encontrarle solución a un problema sin recurrir a los puñetazos —esperaba que Carmen no me oyera.

—Ah, pues yo sobre eso... no sé —dijo mamá—. Supongo que incluso una persona inteligente se da cuenta de que a veces uno tiene que pelear para conseguir lo que quiere, o para hacer lo correcto, o para defenderse. La diferencia entre alguien inteligente y un

cabeza hueca es que el cabeza hueca primero se pelea y luego piensa. El otro estudia, valora las opciones y después decide que pelearse es la mejor elección de que dispone.

Dejé de masticar y me quedé con la boca medio abierta. Las madres no te hablan de esa manera, ni siquiera la mía, la mecánica de coches. De algún modo, sin embargo, lo que había dicho tenía mucho sentido. Hice por fin un gesto de asentimiento y terminé de masticar. A pesar de sus sabias palabras, sabía que no había forma de ocultarlo.

—¿Tan mal tengo el ojo?

—Bonito no está.

Me terminé mi miniporción de pastel de cerezas antes de decir otra cosa.

—Bueno, tampoco fue una pelea. Un chico terminó con su novia, y dio la casualidad de que yo estaba cerca cuando sucedió. La chica se puso como una loca y empezó a darle golpes a las cosas, incluido mi ojo.

Mira que lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no había forma de que mamá ocultara una sonrisa cuando se le veía tan obvia en la cara.

—¿Eso te lo hizo una chica?

—Es una... mujer muy fuerte. Una jugadora de fútbol.

Para entonces ya se estaba riendo. Carcajeándose con las manos sobre la boca.

Allí no había nadie más que mi madre, pero notaba cómo las orejas se me ponían coloradas.

—En serio, mamá. Le sacan las tarjetas rojas como agua.

Pero ella siguió. No tardaron mucho en saltársele las lágrimas.

—Mamá, espero que sepas que no le estás haciendo ningún bien a mi orgullo masculino.

Se obligó a tomar aire.

—Lo siento, Quentin —cerró los ojos y volvió a respirar hondo—. ¿Te sucedió en el colegio? ¿Voy a tener que ir a hablar de esto con el director?

Se me pusieron los ojos como platos, los dos, el morado también.

—¿Estás bromeando? Para el resto del mundo, me di un golpe en la cabeza con el lavabo del baño cuando me agaché a atarme el zapato.

Mamá alargó el brazo sobre la mesa y me revolvió el pelo.

—Mi pobre pequeño.

Me aparté y sonreí.

—No, ya es muy tarde para eso. Guárdate tu lástima fingida.

Mientras caminaba a casa después de la cena, mis pensamientos se remontaron a quinto año. En aquel curso, Rob se peleó en el patio de recreo con uno de cuarto que se estaba metiendo con él. En defensa de Rob, hay que decir que se trataba de Stubs Thompson, el niño más grandulón del colegio y que había repetido curso... dos veces. Aun así, era uno de cuarto. Nadie salió lastimado, pero los dos se metieron en un buen problema. Recuerdo a Rob contándome la extensa plática que había tenido con su padre la noche después de la pelea. Su padre lo había tomado de maravilla: compartió con su hijo algunas historias sobre las peleas en las que él se había metido en su época escolar, charlaron acerca de cuándo está bien defenderse y de cuándo hay que dejarlo pasar, y de cómo mantener bien alto el puño izquierdo al frente para protegerte. Me parece que incluso se llevó a Rob a tomar un helado o algo así.

Yo tengo la cabeza bastante bien posicionada, y nunca me había metido en una pelea (cuando Rob me tiró tierra a la cara en segundo no cuenta). El puño de Carmen Mendoza era la primera vez que había estado cerca. Sin embargo, desde lo que le sucedió a Rob, en ocasiones me había preguntado qué pasaría si yo me metía en una pelea. Está bien, es cierto que no podía haber pedido una mejor reacción por parte de mi madre al verme el ojo morado, pero aun así, una plática sobre algo tan personal y tan viril como tu primer ojo morado, sinceramente era algo que correspondía a un padre, ¿no? Supongo que no era el primer hijo de una familia monoparental que sentía que le estaban quitando algo.

Mamá siempre dice que no debes perder el tiempo compadeciéndote de ti mismo, pero al girar para tomar nuestra calle a la luz azulada del anochecer, alcé la mano, me toqué con delicadeza la piel hinchada alrededor del ojo izquierdo e hice un gesto de dolor.

Carmen Mendoza me había metido de golpe en la cabeza la idea de que todo aquel asunto del Mensajero de los Corazones Rotos podía ser algo arriesgado. Me imaginé que probablemente Carmen sería un caso extremo —esperaba con toda mi alma que de verdad lo fuera— pero fue suficiente para lograr que discutiera conmigo mismo si debía mantener abierto el negocio. Sin embargo, los setenta dólares que me había ganado resultaban increíblemente persuasivos, y el dinero no tardó demasiado en ganar la discusión. Si iba a arriesgar mi vida, al menos podría llegar a ganarme una buena lana haciéndolo.

Pero eso planteaba otro problema: para que me funcionara el negocio, debía de tener un flujo constante de clientes. Anunciarse era algo que no me podía plantear... por si Carmen no fuera un caso extremo. Necesitaba algún modo de atraer más movimiento sin gritar a los cuatro vientos que yo era el Mensajero de los Corazones Rotos y que me podían encontrar en el departamento 326 T.

Me hacía falta alguien que fuera el rostro visible, alguien que se moviera en los círculos de los clientes potenciales y que pudiera hacer las ventas a mi nombre, así que recurrí al único de los más grandes del instituto al que conocía.

—Marcus, tengo una propuesta para ti —le dije una tarde frente a un tazón de helado de chocolate con galletas.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas de cómo le contaste a Jared que yo te había ayudado con Melissa?

—Pues claro. Amigo, la estaba pasando muy mal. El problema era que Jared sabía que Carmen le iba a partir la cara si rompía con ella en persona —se rio Marcus—. Es más, ni siquiera lo he vuelto a ver por la escuela desde que entregaste el mensaje. Es probable que siga escondido, por si acaso.

Me froté el lado de la cara, pues el hecho aún era algo reciente.

—¿Crees que podrías encontrar más chicos que necesiten de mis servicios? Ya sabes, mandármelos a mí como lo hiciste con Jared, ¿eh?

—Estoy seguro de que sí... —Marcus abrió un poco más los ojos—. Ya veo. Lo que tú quieres es que te consiga más negocio. Así es. Mira qué casualidad, me imagino que ahora mismo hay un par de amigos que tal vez necesiten algo de ayuda. Hablaré con ellos a cambio de una comisión, por supuesto.

—¿Qué tal el diez por ciento de los beneficios?

Marcus me extendió su mano.

—Hecho.

Sabía que le llevaría un buen rato el ponerse a hacer números y descubrir que se quedaba con solo dos dólares con cincuenta por trabajo. Mientras tanto, yo ya tenía a mi agente comercial.

Y Marcus cumplió su palabra. El lunes siguiente, al terminar las clases, cuando salía de mi edificio del instituto, me estaba esperando allí con otro de su grado. Marcus señaló hacia mí e hizo un gesto con el pulgar levantado. Cambié de trayectoria y me dirigí hacia una zona vacía del patio. Mi nuevo cliente en potencia, un chico alto con la cabeza rapada y lentes, se acercó a mí como si nada.

—Qué onda, amigo —dijo—. Soy Ty. Mi amigo Marcus dice que eres el Mensajero.

—Correcto. ¿Qué puedo hacer por ti?

El chico se mordió el labio inferior y se quedó mirando al cielo durante un buen, buen rato.

—Tengo que terminar con mi chica —se pasó las yemas de los dedos por las cejas. Aguardé a que continuara. Los ojos se le estaban humedeciendo un poco—. Ya ves, no soy bueno para ella. Eso dice su madre, su amiga, lo dice todo el mundo. Y tienen razón, amigo — se le escapó un sollozo, alto y largo—. Yo la quiero, amigo, pero es que no soy bueno para ella. Tengo que romper con ella.

—Oh, lo siento. Entiendo —me sentí como un enterrador que comenta los arreglos de un funeral—. ¿Cuál es su nombre?

—Se llama LaTisha, significa “una gran felicidad”, y eso es lo que ella me ha dado. Tengo una foto aquí — sacó la cartera y la abrió—. ¿La ves?

Era una foto de Ty con una chica de pelo muy voluminoso tirándole besitos a la cámara mientras que uno de los dos la sujetaba en alto para hacer la toma.

—¿Y dónde la puedo encontrar? —le pregunté.

—Trabaja de recepcionista en una estética en la Quinta. Siempre huele al champú especial de la semana.

—Ya, claro. Verás, muchos chicos quieren que le lleve flores y bombones a su chica...

—Bah, nada de eso. Es alérgica a... yo qué sé, a casi todo.

—Bien —ya podía ver cómo los crisantemos se marchitaban en mi habitación—. Muy bien, entonces...

—Pero sí tengo una canción.

—¿Una qué?

—Una canción, amigo. Es nuestra canción. De ella y mía. Es algo especial, y yo mismo la escribí. Quiero que tú se la cantes, como una especie de regalo de separación.

—La verdad es que no soy muy buen cantante... —la mentira piadosa del año. Incluso Mamá llegó a pedirme que *no* cantara mientras me bañaba.

—No hay problema. Una letra potente como esta se canta sola. Poesía, amigo. Dice que lo importante es lo que hay aquí adentro —se golpeó con el puño en el pecho a la altura del corazón—. Es algo así...

De vez en cuando, la vida te da alguna sorpresa, algo que jamás te habrías imaginado que iba a suceder. Uno de los más grandes del colegio cantándome una serenata en el patio de mi edificio era una de esas cosas.

*Mira la luna, mira las estrellas,
y yo solo no iré lejos sin ellas.*

Ty lo estaba dando todo. Su voz hacía gorgoritos, ascendía y descendía como si estuviera en serio en un estudio de grabación. Miré a mi alrededor para ver que todavía había

algunos desconocidos que apenas se estaban marchando de la escuela. Intenté aparentar naturalidad, algo complicado ya que Ty tenía una coreografía con las manos y gestos con los brazos para acompañar aquella letra tan potente.

*Tienes mi amor, eres mi fuego,
como el sol en el cielo, tú eres mi anhelo.
Neeeee... na.*

Saboreó aquella nota final como si fuera un kilo de cremoso chocolate europeo.

—¿Lo captas?

—Mmm, más o menos —mi versión con base en chillidos iba a resultar ininteligible de todas formas—. Bien, y sobre el dinero...

—Oh, hay una cosa más, Rompecorazones. Mi anillo.

—¿Tu anillo?

—Sí, tiene mi anillo, el de mi graduación. Uno con una piedra roja en el centro. Lo lleva puesto a todas partes, pero, ya que nos vamos a separar y todo eso, necesito que me lo devuelva.

¿A qué pensaba este tipo que me dedicaba yo? ¿A recuperar joyas cantando? En algún sitio había oído que el cliente siempre tiene razón, pero, después del asunto con Carmen Mendoza, sentía cierto recelo al respecto de acercarme lo suficiente como para tomar un anillo.

—¿Estás seguro de que lo necesitas?

—Claro, amigo. Ese anillo me costó un dineral. Dáselo a Marcus cuando lo tengas. Él sabe dónde encontrarme.

Le cobré treinta, ya que las canciones de amor y las recuperaciones de anillos se encontraban un poco fuera de los límites de mi trabajo normal. Le pareció bien, excepto que, al abrir la cartera para darme el dinero, la foto de LaTisha volvió a aparecer, lo que supuso una repetición. Yo lo acompañé tarareando.

La estética se encontraba a unas cuantas manzanas del negocio de Mick, así que antes pasé al taller a dejar mis cosas. Rob y Abby ya estaban sentados frente a sus cuadernos en la mesa de picnic.

—Hola, chicos —dije conforme tiraba mi mochila en la mesa—. Tengo que hacer un mandado. Vuelvo enseguida.

Abby parecía un poco malhumorada. Me imaginé que se debía a que teníamos que entregar un trabajo de Lengua al día siguiente y quería ayuda para hacerlo.

—No te preocupes —le dije—. Será rápido.

Me fui hasta la estética, un pequeño local encajado entre una tienda especializada en muebles de roble y un comercio de excedentes militares al menudeo. Acerqué la cara al escaparate para ver a unas cuantas clientas sentadas en asientos giratorios y a varias empleadas peinándolas, arreglándoles las uñas y yo qué sé qué más cosas de las que hacen en sitios como estos. Ninguna de ellas se parecía a la foto de LaTisha.

Empezaba a darme la vuelta cuando vi el mostrador de recepción empotrado en una esquina de la parte de enfrente. Detrás de él, leyendo una revista, estaba sentada la chica que al parecer era demasiado buena para Ty.

Ahora bien, ¿cómo quedarme a solas con ella? La idea de meterme en una habitación llena de mujeres chismosas me aterrizzaba. Quién sabe qué profundos secretos conseguirían sacarme con su arsenal de química cosmética. Tenía también que permanecer afuera por si acaso alguna de ellas guardaba algún tipo de rencor hacia los hombres y no se tomaba demasiado bien el mensaje de Ty.

Me acerqué al escaparate más próximo y di unos golpes muy leves con las yemas de los dedos. LaTisha no levantó la vista. Volví a hacerlo, un poco más fuerte. Noté que una de las peluqueras y de las que hacían *manicure* voltearon hacia mí, pero LaTisha seguía concentrada a su revista. Golpeé con los nudillos en el escaparate. LaTisha me miró al mismo tiempo que lo hacía el resto de gente que había en el salón.

No fue ni por mucho al acercamiento sutil que había planeado. Sonreí levemente e hice un gesto a LaTisha para que saliera. Me miró con cara de extrañeza, pero escuché cómo

una de las otras empleadas le decía algo. LaTisha suspiró, dejó la revista y se dirigió a la puerta.

—Hola. ¿Qué quieres? —me preguntó al asomar la cabeza por la puerta.

—¿Eres LaTisha?

Puso cara de confusión.

—Sí. ¿Quién eres tú?

Después de lo de Carmen, le había dedicado un tiempo a buscar unas cuantas y buenas frases ingeniosas en internet, y tenía una preparada para LaTisha. Algo así como para romper el hielo, ya sabes.

—«El amor más ardiente tiene el final más frío» —Sócrates. Ser capaz de soltar una sentencia de alguien que está muerto y que además fue griego te hace parecer muchísimo más profesional.

—Claro. Precioso, niñito. ¿Estás esperando a tu madre? Seguro que termina enseguida —LaTisha empezó a meter de nuevo la cabeza en el interior del local.

—Me envía Ty.

Aquello hizo que se detuviera.

—¿Ty? —salió a la acera y la puerta se cerró tras de ella.

Me aclaré la garganta.

—Ty me envía para que te diga que él no es bueno para ti y que rompe contigo.

LaTisha permaneció allí de pie con la boca abierta y los ojos moviéndose de un lado a otro, como si estuviera intentando detectar en mi cara una broma inexistente.

—¿Por qué vienes a molestar de esa manera? —me preguntó con una mirada que oscilaba entre la ira y la desesperación.

—No lo hago. De verdad. Es más, hay una canción que me ha pedido que te cante —tararé unas notas introductorias solo para ver cómo sonaba antes de lanzarme a ello.

Mira la luna, mira las estrell...

LaTisha dio un paso al frente y me empujó por los hombros.

—¡Ah, no, eso no!

Me aparté de un salto y retrocedí varios pasos en la calle con el corazón en la boca. El ojo ya estaba volviendo a su color natural, que era como deseaba conservarlo.

LaTisha se quedó sobre la orilla de la acera, con los brazos en la cintura. Ladeaba la cabeza de un lado a otro mientras hablaba:

—Cómo te atreves a decirme que Ty corta conmigo y a ponerte a cantar después nuestra canción. Eso no está bien. No se trata a una mujer de esa manera. Regresa ahora mismo y dile a Ty que si quiere romper conmigo, que venga y me lo diga él.

—Bueno, pues da la casualidad de que estoy en el negocio de los mensajes. Tal vez te pueda ayudar —una parte de mi cerebro me decía a gritos que mantuviera la boca cerrada, pero la otra no podía dejar escapar esa posible oportunidad.

LaTisha entrecerró los ojos.

—Si me quieres ayudar, mueve ese raquítico trasero tuyo de niño del instituto y ve a poncharle las llantas del coche a mi exnovio.

Ese negocio también tenía su potencial, pero me pareció un poquito más arriesgado.

LaTisha se dio media vuelta, preparada para llevarse su tormenta al interior del salón de belleza, donde con toda probabilidad se convertiría en un chismorreo candente.

—Mmm, una cosa más, por favor.

LaTisha me lanzó una mirada asesina de reojo con una mano en la puerta.

—Ty quiere recuperar su anillo. El de su graduación, ese que tiene una piedra roja en el centro.

Su mirada fue la misma que un buitre le dedicaría a un ciervo moribundo en la carretera antes de lanzarse sobre él.

Regresó hacia mí pavoneándose como si nada.

—Que Ty quiere recuperar su anillo, ¿verdad? —se quitó un anillo de oro del dedo medio—. ¿El anillo que yo le ayudé a elegir? ¿El anillo que según él representaba su amor eterno por mí? ¿El anillo que él me dijo que algún día sustituiría con otro de diamantes? ¿Ese anillo?

—Pues, a ver, ¿tiene una piedra roja? Si es el de la piedra roja, entonces sí.

Sostuvo en alto el anillo de oro con la piedra roja en el centro.

—Aquí lo tienes.

Vacilé, y entonces di un paso al frente con la mano extendida. No podía creer que me lo fuera a dar de verdad.

Desplazó su mano hacia la mía balanceando el anillo sobre ella. Entonces, justo antes de soltarlo, desplazó la mano a un lado. El anillo cayó hacia el pavimento como un paracaidista sin paracaídas. Con un *clinc* metálico, golpeó la rejilla de hierro de una coladera. Con otro *clinc*, golpeó un segundo nivel de barras. Y con un golpe seco se detuvo en el fondo de la coladera.

LaTisha arqueó una ceja, se dio lentamente la vuelta y se metió ufana en el salón.

Me quedé mirándola irse y me pregunté si había sido Ty quien había roto con su novia o si había sido al revés.

—No fastidies —murmuré con los ojos clavados en la coladera. La primera rejilla, de orificios amplios, estaba tapizada con una capa de hojas y maleza traídas por el agua y salpicada con algunos envoltorios de chocolate. La porquería de la segunda rejilla era apenas reconocible. Y en el suelo de cemento del fondo brillaba una capa verde de quién sabe qué cosa.

Me puse en cuatro patas y escudriñé en la semioscuridad. No era muy profunda. Puede que llegara hasta el anillo si me estiraba mucho y si me cabía la mano por las estrechas aberturas de la segunda rejilla. La cuestión era: ¿de verdad quería hacerlo?

Si no le devolvía el anillo a Ty, lo más probable sería que quisiera recuperar su dinero. Tal vez incluso llegara a pensar que se lo había robado y lo había vendido en el mercado negro del instituto. O lo peor de todo, podría empezar a decirle a sus amigos que lo había estafado el Mensajero de los Corazones Rotos. El hecho de que un rumor como ese se extendiera por los pasillos del colegio pararía mi negocio tan en seco como un ladrillo lo haría con el salto de una bicicleta. Y a mí no me quedaría nada para ayudarle a mamá con la renta.

Me incliné y metí la mano a través de la primera rejilla.

Intenté ver mejor entrecerrando los ojos y contuve la respiración al pasar la mano por la segunda rejilla. Traté de no tocar el metal viscoso, pero no era sencillo, ya que tenía que alargar los dedos y doblar el pulgar hacia adentro para que cupiera justo por el reducido orificio. La porquería acumulada se sentía como cuero húmedo contra mi piel templada.

Una vez que mi mano atravesó la segunda rejilla, apreté el hombro contra la primera y busqué el anillo a tientas. Me obligué a recorrer con los dedos el suelo húmedo, ya que no se veía prácticamente nada allá abajo. Creí distinguir el brillo de un metal limpio a varios

centímetros de las yemas de mis dedos. Ya no me podía estirar más, así que saqué el brazo, me desplacé un poco y volví a pasarlo por las dos rejillas una segunda vez.

Me costaba respirar con el hedor procedente de la boca de la coladera. Sentí unas ligeras náuseas en el estómago e intenté pensar en cosas más agradables. Un baño caliente y desinfectante para manos, por ejemplo.

No puede sentir nada por un instante, pero acabé por encontrar oro, literalmente. Enganché el anillo con las puntas de los dedos, pero al retirar la mano para sacarlo, sujetando así el anillo, me encontré con que la mano era demasiado ancha para pasar por las rejillas. Sentí cómo se me escapaba el anillo al retirar mi mano.

—¿Quentin?

Giré la cabeza en un esfuerzo por mantener el resto de mi cuerpo tan quieto como fuera posible. Abby me miraba desde la acera.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Pues, eeh, es que se me ha caído una cosa y estoy intentando recuperarla. Qué mala suerte, ¿verdad?

—Sí —Abby cambiaba inquieta el peso de su cuerpo de un pie al otro mientras se mordía una uña.

—En unos minutos estoy allí para hacer la tarea, en cuanto termine con esto —volví a tirar con suavidad de mi mano para sacarla por la abertura de la rejilla, pero noté que el anillo se me escurría de entre los dedos al igual que lo hace un plátano de su piel en las caricaturas.

—Oye, Quentin, tengo que hablar contigo de una cosa.

—Mmm, bueno —me volví hacia Abby lo justo para poder mirarla sin retorcerme el cuello como si fuera un caramelo. Sujeté el anillo entre mis dedos con tanta fuerza como pude.

Abby se sentó en la orilla de la banqueta, a poca distancia. Sus dedos jugueteaban con una pulsera de hilos que llevaba en la muñeca.

—¿Te acuerdas de Justin Masterson, el chico al que conociste en la exposición de arte? —hizo aquella pregunta con mucho cuidado, como si estuviera abriendo una de esas latas

que tienen dentro un gusano con un resorte.

—Claro —le dije. “Es difícil olvidar un ego tan enorme como el suyo”.

Abby toqueteó un poco más la pulsera y por fin se puso de pie y empezó a pasearse en círculos minúsculos.

—Verás, es que nos conocemos muy bien el uno al otro, hemos hecho juntos muchos trabajos de arte, los dos llevamos un montón de tiempo en el club, y... quiero decir que me ha visto en traje de baño, por Dios, y que incluso ha conocido a mis padres. Y va en *segundo*.

“Abby, date prisa”, supliqué en silencio, “que no me queda sangre en el brazo”. De todas formas, su aspecto era más de estar hablando consigo misma que conmigo. Se detuvo entonces en la acera y se me quedó mirando desde arriba, con un aspecto gigantesco desde donde me encontraba yo con el brazo metido en la coladera.

—Justin me ha pedido que sea su novia.

Me costó una eternidad entender aquellas palabras, lo mismo que tarda una piedra en hundirse cuando la tiras en el lodo encharcado. Me sentía un poco ido a causa del olor del desagüe y tenía el cerebro tan anestesiado como el brazo.

Cuando aquella frase logró por fin abrirse paso hasta mi materia gris, Abby ya estaba en otra cosa.

—A ver, yo creo que Justin es muy guapo y todo eso, y es lindo, de verdad, pero ya sabes... —respiró profundo—. Supongo que lo que quiero saber realmente, Quentin..., como mi mejor amigo..., es si se te ocurre alguna razón por la que no debería salir con Justin.

Una hora más tarde habría estado listo para que se me ocurrieran un millón de razones.

Porque es un idiota.

Porque usa un suéter súper acolchado para aparentar que va al gimnasio dos veces al día.

Porque va en segundo y se blanquea los dientes.

Porque se ha tragado una enciclopedia de arte y es capaz de decirte hasta el último maldito detalle de lo que tomaba Jackson Comosellame para desayunar.

Porque pasar más tiempo con él significa pasar menos tiempo conmigo.

Pero en ese momento, con el brazo metido hasta el hombro en hierro forjado y viscoso, y mi cerebro aparentemente desconectado, todo cuanto era capaz de pensar era: “Se me va a caer el brazo”.

—¿Ninguna razón? —se diría que los ojos de Abby buscaban algo escrito en mi cara u oculto en mis propios ojos. Tal vez estuviera viendo el dolor de un hombro prácticamente dislocado.

—No que se me ocurra —le contesté.

Se quedó ahí sin más, mirándome. Como si le hubiera dado la respuesta incorrecta o algo por el estilo. Hizo entonces un gesto de asentimiento muy despacio y dijo en un volumen apenas más alto que un suspiro:

—Muy bien. Gracias, Quentin.

Se dio media vuelta y se marchó.

Y con un *clinc*, el anillo volvió a caer al fondo de la coladera.

No era capaz de descifrar por qué Abby había venido a hablar conmigo sobre Justin, y desde luego que no me imaginaba por qué la había decepcionado mi respuesta. Pero sí empezaba a darme cuenta de que las chicas estaban rodeadas de un territorio de misterio en el que se extraviaban incluso los chicos mayores. Aquello me hizo sentir un poco mejor al respecto de mi total desorientación.

Me acuerdo de cuando estudié los jeroglíficos egipcios en clase de Historia. Los investigadores se las vieron negras intentando averiguar lo que significaban hasta que descubrieron la Piedra de Rosetta. Era esa roca enorme que encontró en Egipto un tipo del ejército francés hace unos siglos, y que tenía el mismo párrafo tallado en tres lenguas diferentes, incluidos los jeroglíficos. Gracias a eso, los investigadores pudieron traducirla y la utilizaron para descubrir el significado de aquellos símbolos tan raros.

Empezaba a pensar que tenía que haber una Piedra de Rosetta para las chicas, algo que tradujera lo que decían y lo que hacían y te dijera qué significaba en realidad. Algo que me ayudara a comprender cómo Abby y yo habíamos pasado de jugar a perseguirnos en los recreos a vernos como buenos amigos y a... ¿a qué? ¿Acaso era ahora su consejero sentimental? No tenía muy claro que yo estuviera calificado para eso.

¿Sabes de aquel investigador francés que encontró la Piedra de Rosetta y le puso ese nombre? Seguro que su novia se llamaba Rosetta.

Después de que Abby me dejara con las manos vacías en la coladera y de que me volviera a correr la sangre por las yemas de los dedos, por fin me di cuenta de que tenía que ser más listo que las rejillas de metal. Solo me hicieron falta una rama de un árbol, tres trozos de chicle de canela, una lámpara de taller prestada y una hora intentando no despotricar, y aquel anillo se encontró finalmente fuera de la coladera y en mis manos.

Le envié el anillo a Ty. No tuve ninguna noticia de él, así que me imaginé que no se había percatado del fango verde incrustado en su año de graduación. Y es más, Marcus seguía mandándome encargos de rupturas, aunque su comisión no era para tanto. Me imaginé que quería quedar bien con sus amigos situándolos en la senda del alivio de la carga de sus relaciones. Tenía que recordarle constantemente que mantuviera mi identidad tan secreta como fuera posible: solo clientes, aunque era probable que me estuviera agobiando por nada. Mientras que las rupturas eran siempre material de chisme en el instituto, la identidad de un alumno insignificante de primer año no lo era.

Aun así, si tomamos el rumor más aburrido entre los de otros grados y lo soltamos entre los pequeños, este se extenderá como la viruela.

No solía prestar mucha atención a los chismes, pero hubo algo que me llamó la atención un día cuando iba por el pasillo camino a mi clase de Álgebra. Sucedió tan rápido que ni siquiera me enteré de quién lo había dicho ni de en qué parte del pasillo se encontraba, pero escuché las palabras “Carmen Mendoza” y “Mensajero de los Corazones Rotos” en la misma frase.

Se me detuvo el corazón. Casi pude sentir el puño de Carmen contra mi rostro y contuve el impulso de agacharme para esquivarlo. Me aparté hacia una hilera de casilleros con tanta naturalidad como pude, y miré a mi alrededor con los oídos bien abiertos. Nada. Pero de igual forma me dejó algo más que un poquito preocupado. Y, para ser totalmente sincero, también sentí un poquito de emoción.

Al día siguiente, en clase de Historia Universal, acabé por enterarme del rumor completo, al menos en una de sus versiones. Vicki y Jennifer, dos chicas que se sentaban justo detrás de mí, eran las reinas del chisme de segunda mano.

—¿Ya te enteraste de lo de Carmen Mendoza, la del equipo de fútbol?—susurró Vicki. No tenía ninguna necesidad de susurrar. El profesor, el señor Hogan, sí que era toda una pieza de museo de Historia Universal y la mayoría de las veces ni siquiera oía el timbre. Además, se encontraba sumergido en una clase sobre la guerra de Troya y la mitología griega, y no prestaría atención en un rato.

—Sí—dijo Jennifer—. ¿Que su novio la dejó?

—Bueno, sí, pero ni siquiera ha sido su novio. Le envió al tal Mensajero de los Corazones Rotos para que lo hiciera. No tuvo el valor de ir y decírselo a la cara.

Puse la antena tan hacia atrás como pude.

—Pobre chica —dijo Jennifer—. Que te corten y no tener siquiera la oportunidad de hablar de ello, de solucionar las cosas...

A mí Carmen no me había parecido de las que cuentan sus cosas.

—O tener la oportunidad de plantarle una bofetada.

Eso sí que era más del estilo de Carmen.

—¿Y cómo será ese chico?

—¿Quién? ¿El novio de Carmen?

—No, el Mensajero. Es que suena tan misterioso.

—Seguro que es alto y está guapísimo. Así te puede consolar cuando te da la noticia.

La espalda se me puso de repente un poco más recta allí sentado en mi sitio.

—¿Estás bromeando? Seguro que es bajito y tiene pinta de baboso. Así, cuando rompe con la chica, ella piensa: "Mira, podía ser peor. Podría estar saliendo con este".

Se me volvieron a caer los hombros.

Las chicas soltaron una risita. El señor Hogan miró en nuestra dirección, se dio la vuelta y continuó debatiendo sobre una dama llamada Helena.

—*Pssst* —una chica sentada al otro lado y cuyo nombre nunca era capaz de recordar hizo un gesto con la mano a las chicas sentadas detrás de mí—. A mí me han dicho que el Mensajero es en realidad un chico de los de primer año.

Oí un murmullo de incredulidad procedente de las otras dos chicas.

—Ni en sueños —dijo Vicki—. Si fuera de nuestra edad, nadie lo tomaría en serio.

Escuché distintas versiones de esa conversación por los pasillos y en el comedor en diferentes momentos; el tema estuvo de moda por un tiempo. A nadie le importaba realmente quién era el Mensajero, el misterio era la parte más divertida, pero casi todo el mundo tenía una opinión al respecto de lo que hacía. A la mayoría de los chicos les parecía perfecto, y la mayoría de las chicas tenía sus dudas. Yo me limitaba a pasarla bien

escuchándolos, y solo me preocupaba un poco de que alguien pudiera llegar a descubrir quién era realmente.

Le había hecho jurar a Rob que guardaría el secreto, y sabía que con eso me la estaba jugando. Existían unas cuantas opiniones negativas al respecto del asunto del Mensajero, y no quería empezar a encontrarme mensajes de odio en mi casillero. O con otro puño en el ojo. Más importante: si alguna vez se filtraba alguna información al respecto de mis ganancias, la gente empezaría a buscarme para pedirme dinero prestado.

Al parecer, yo no era el único que deseaba permanecer en el anonimato. Una tarde, estaba viendo un clásico del cine en nuestro departamento cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? —contesté con medio sándwich de mortadela en la boca. Me encontré con un silencio del otro lado de la línea—. Rob, como me preguntes si ya funciona el congelador otra vez, te juro que...

—¿Eres el Mensajero de los Corazones Rotos? —me interrumpió una voz masculina.

De inmediato puse en pausa *La guerra de las galaxias* y me aclaré la garganta. Hasta entonces no había tenido ningún cliente por teléfono; mamá decía que no nos podíamos permitir un teléfono celular para mí, y yo tampoco quería que Marcus fuera por ahí dando el número de mi casa. Pero me veía capaz de gestionarlo.

—Sin duda.

—¿Puedes hablar ahora?

Observé el departamento vacío a mi alrededor.

—Mmm, creo que sí.

—Se llama Sarah.

—¿Quién se llama Sarah?

—Tu objetivo.

¿Objetivo? De repente deseé que el tipo que llamaba no me hubiera confundido con algún matón a sueldo de la mafia del otro lado del pueblo.

—¿Eres su novio? —le pregunté.

Silencio.

—Tal vez.

Puse los ojos en blanco.

—A ver, ¿cómo se llama su novio?

—¿Por qué quieres saberlo?

Tamborileaba con los dedos en el brazo desgastado del sofá.

—Pues, a lo mejor, para poder decirle de quién es el mensaje, ¿no?

Al parecer, la voz del paranoico se había detenido a pensarlo.

—Su novio se llama Doug.

—Bien. ¿Dónde puedo encontrar a Sa... al objetivo?

—Por las tardes está en la granja escuela de la FGA, en el camino de Bluejacket, a las afueras del pueblo.

Ahora sí que nos estábamos entendiendo.

—Muy bien. Muchos de mis clientes...

—Me quedo con las flores, pero los bombones que se los compre ella. Tienes el dinero debajo del tapete en la puerta de tu casa. Necesito que se haga hoy —y luego colgó.

Tiré el teléfono en el sofá y salí a mirar debajo del tapete. Pues sí, allí estaba el pago en efectivo, en una bolsita de plástico para sándwiches. El importe exacto.

Por un instante pensé en ofrecerle un aumento a Marcus.

“Qué va”.

En lugar de eso, me metí en mi cuarto y saqué las flores del agua turbia. Empecé arrancándoles todas las partes marchitas y de color marrón, pero así me estaba tardando mucho porque los crisantemos tienen muchos pétalos. Acabé tomando unas tijeras y cortando de tajo todo lo que parecía viejo. Las flores no quedaron igual de bien que cuando eran nuevas, pero tampoco me molesté en hacer más.

Me detuve en la repisa de la cocina para dejarle una nota a mamá. Siempre me obligaba a hacerlo, aunque nueve de cada diez veces yo volviera a casa antes que ella. Junto al bloc de notas había un montón de cartas sin abrir. Le eché un vistazo rápido y me detuve ante un sobre en el que se leía «Fuera de plazo» impreso por delante y en letras rojas y gruesas.

Rasgué el sobre para abrirlo y estudié el contenido. Era el recibo de la luz. La del mes pasado, de treinta y ocho dólares. Y había vencido semanas atrás.

Sentí que se me hacía un agujero en el estómago. ¿Cómo podía mamá no haberme contado aquello? Primero el alquiler, ahora la luz. Fui incapaz de decidir qué sería peor: que no funcionara la tele o no tener un departamento donde meterla.

Las cosas tenían que estar bastante mal si no podía pagar un recibo de treinta y ocho dólares. Sabía lo que tenía que hacer. Regresé corriendo a mi cuarto y saqué esa cantidad de mi escondite en el cajón de los calcetines. Metí el dinero con el recibo en un sobre intacto, de esos blancos con una ventanita transparente. Le pegué un timbre mientras bajaba las escaleras del bloque de departamentos y lo eché al buzón de correos. Y recé por que aún tuviéramos luz cuando volviera a casa.

Veinte minutos después de la misteriosa llamada telefónica, iba en bicicleta hacia Bluejacket. La mayoría de los chicos de la parte oeste del pueblo recorrían aquel camino por lo menos tres o cuatro veces al mes durante el verano. Bluejacket conducía a la parte más ancha y profunda del río, donde había más cuerdas colgadas de las ramas de los sauces para balancearse que escarcha en los árboles de Navidad. En aquel tramo del río se producían probablemente más fracturas de brazos y más labios partidos que en cualquier otra masa de agua de todo el estado.

Pasé por el vivero y por el mercado agrícola poco tiempo después de salir del pueblo. Delante del edificio había unos barriles de manzanas y nueces hasta el tope. Poco después, pude ver dos granjas hacia arriba y a la derecha. La primera era un pequeño establo, de productos lácteos. Todos los niños del pueblo iban de visita al establo en tercero, lo que le daba una apariencia encantadora y saludable, pero el olor en esa parte del camino era suficientemente terrible como para tumbar a un rinoceronte adulto.

Conforme me fui acercando, comencé a respirar muy profundo hasta que, en el momento justo, me llené de aire y pedaleé el triple de rápido hasta el siguiente cruce. Subí mucho la velocidad, pero aun así, tuve que empezar a dejar escapar el aire con un resoplido en el tramo final para que no me estallaran los pulmones. La verdad es que no había visto que nadie se hubiera muerto al pasar por allí en bicicleta, pero algunos niños que tienen los pulmones más pequeños juran que al llegar al otro lado se les había erizado el pelo.

Tomé la siguiente salida y dejé atrás un letrero blanco con letras azules: Asociación de Futuros Granjeros de América (FGA). No tenía ni idea de adónde iba a parar, pero el camino de tierra que conducía a la pequeña granja era liso y estaba muy rodado. Estaba

apartado del establo, pero ya tenía el olor a excremento de vaca metido en la garganta. Tiré del cuello de la camiseta para taparme la nariz y la boca.

Me dirigí hacia el edificio más grande. Tenía el aspecto de ser el que despedía un olor más fuerte, aunque en aquel lugar abundaban las emanaciones animales. Detuve la bici justo enfrente y asomé la cabeza por una de las puertas altas de madera.

Vacas. Montones de vacas. Cada una en su propio compartimento. Había un hombre echando heno a cada vaca, una por una, con una horca de labrador. “Vaya”, pensé, “de verdad hacen eso”.

Aquel hombre, con sus botas de vaquero y su camisa a cuadros y toda la cosa, se volvió con el crujido de la puerta al abrirse.

—¿Síiiiiii? —preguntó.

—Hol... mmm, ¡buenas! Estoy buscando a Sarah.

—Corral de las cabras. Por allí —hizo un gesto en dirección a la puerta de mi derecha.

—Gracias. Hasta luego —asentí e hice que me llevaba la mano al ala de mi sombrero imaginario de vaquero. Allá donde fueres, ya sabes...

Giré hacia mi derecha y seguí a mi nariz desde un olor asqueroso a más no poder hacia otro ligeramente asqueroso, hasta que llegué a un edificio más pequeño. Tenía el techo bajo y estaba construido con madera multilaminada y aluminio ondulado, y las bisagras de las puertas estaban hechas con un alambre muy resistente. Jalé la puerta para abrirla y entré.

La estancia era alargada y estaba llena de corrales de metal pintados de un color verde muy vivo. En cada uno había varias cabras, comiendo, durmiendo o ahí de pie sin hacer más. Vaya vida. Una chica con una trenza larga y rubia que le caía por la espalda estaba sentada en un banco de tres patas junto a uno de los corrales. Llevaba unos pantalones jeans ajustados, botas altas de cuero para trabajar y la camisa a cuadros anudada justo por encima del ombligo. Acariciaba en la cabeza a una cabra parda bastante fea. Se detuvo y me miró cuando entré.

—Hola —me estudió un instante con las cejas arrugadas—. ¿Eres uno de los chicos de la excursión del colegio de primaria?

Ups. Forcé una risita.

—Esa sí que es buena.

Intenté hacer que mi voz sonara tan grave como fuera posible sin caer en mi imitación de Darth Vader.

Ella también forzó una risita.

—Estoy buscando a Sarah.

Me estudió un poco más, bajó la vista a las flores que llevaba en la mano y continuó acariciando a la cabra.

—Yo soy Sarah.

Eché un vistazo por aquel sitio mientras intentaba recordar alguna de las frases que había sacado de internet, pero todo cuanto me venía a la cabeza era el viejo Ben Kenobi diciendo “La fuerza estará contigo. Siempre”.

—Bonitas cabras —dije, en cambio.

—Sí. Son treinta y dos. Diez machos. Y aun así consiguen llevarse bien, no sé cómo — Sarah se rio nerviosa. Sus ojos no paraban de mirarme y de apartarse, y sus dedos jugueteaban con la oreja de la cabra.

—Ejem... —dije.

Me interrumpió antes de que pudiera continuar. El tono de su voz era bajo, como derrotada. Cualquiera hubiera dicho que estaba hablando con la cabra, pero no podía ser, porque dijo:

—Me habían dicho que eras uno de los más jóvenes del colegio. Es lógico, la verdad. No funcionaría si fueras mayor. Aun así, pensaba que a lo mejor serías un poco más alto —me miró con los ojos humedecidos—. Eres tú, ¿verdad? —su voz temblorosa cayó en un susurro—. El Mensajero de los Corazones Rotos.

Era una afirmación, no una pregunta.

Entonces lo entendí de golpe, me vino a la cabeza como una explosión. Algo tan disparatado que jamás se me habría ocurrido de no haberlo visto frente a mis narices.

Aquella chica del colegio, la chica de la cabra —más grande, más alta, más inteligente y más experimentada— tenía miedo. De *mi*.

Tenía miedo de que aquel niño le entregara un mensaje. Miedo de lo que mi visita supondría para su vida social, para su vida amorosa y para cualquier otra vida que tengan los más grandes del instituto. Desde el instante en que me reconoció hasta el momento en que terminara de darle el mensaje, estaría aterrorizada por mi culpa. El Mensajero.

En mi interior surgió de repente una sensación de poder, como cuando das un salto perfecto con la bici. Me sentí como si midiera más de dos metros de alto, más alto que Carmen Mendoza o cualquier otro estudiante de último año con cuyos puños pudiera cruzarme. Yo, el portador de mensajes que hacía temblar de miedo a todo el instituto. Incluso a los que se vestían como vaquero y pasaban el rato con las cabras.

Asentí con elegancia y le ofrecí las flores.

—Siento mucho ser yo quien te lo diga, pero sí, tu novio me ha enviado con un mensaje.

Tomó las flores y las olió, y su olisqueo se convirtió en un gimoteo al tiempo que sus ojos se humedecían más aún.

—Solo hemos estado juntos veintidós días y medio. Creía que todo iba genial, pero nunca se sabe, ¿verdad? Quiero decir que quién sabe en qué estaría pensando él. Supongo que no en mí.

Y entonces se abrieron las compuertas.

Lloró y sollozó, y después lloró más todavía. Las lágrimas manaban como en la fuente que hay frente al Ayuntamiento. Empezó a preocuparme la posibilidad de que se deshidratara. No había nadie más en el establo, y no me pareció bien dejarla sola en aquellas circunstancias, así que me quedé y la observé. No estaba seguro de qué otra cosa hacer. Sentía el impulso de rodearla con el brazo y consolarla o algo así, pero no sabía cómo hacerlo, o ni siquiera si sería apropiado, profesionalmente hablando. Así que me limité a verla llorar.

Amigo, qué bien se le daba.

Le costó un rato, pero terminó por calmarse, o al menos pasó de los sollozos ahogados a un gimoteo lastimero. No dije una palabra y por enésima vez deseé tener un guionista personal que me pasara frases ingeniosas cuando las necesitaba. Al final, alargué la mano

y le di unos golpecitos en el brazo, algo que esperé que no violara ningún código de conducta en el entorno laboral ni nada por el estilo.

—Está bien —le dije, lo que seguramente sonó bastante estúpido.

Acabó por arrancarles los tallos a las flores y dárselas de comer a las cabras. Me alegré al ver aquello porque al menos ya no me sentí tan culpable por haberle traído una flores funerarias recicladas.

Fue más o menos entonces cuando otra chica entró en escena. También vestía jeans y botas, pero era morena y llevaba el pelo corto, a la altura de las orejas. Tenía puesta una camiseta con un pato en la que decía «No metas la pata». Se le abrieron mucho los ojos cuando nos vio.

—¡Sarah! ¿Qué te pasa? —corrió al lado de mi objetivo y la rodeó con el brazo. La recién llegada me miró como si le hubiera estado clavando a Sarah astillas de bambú debajo de las uñas.

Sarah sollozó.

—Es el Mensajero de los Corazones Rotos. Rick lo ha enviado a romper conmigo.

La otra chica atrajo a Sarah y la abrazó con fuerza.

—Ese hijo de...

“¿Rick?”. La última frase de Sarah aún resonaba en mis oídos.

Carraspeé.

—Eeh...

La otra chica me lanzó una mirada asesina.

—Ya te puedes largar, sinvergüenza.

—Sí, claro —señalé a Sarah—. Pero ¿no se llama tu novio... tu exnovio... no se llama Doug?

La otra chica me miró con mala cara.

—Mi novio se llama Doug.

Volví a señalar a Sarah.

—Pero tú te llamas Sarah —es posible que se notara un leve tono de pánico en mi voz.

La otra chica se puso de pie y se acercó a mí para mirarme desde arriba.

—Ella es Sarah, con “h” al final. Yo soy Sara sin “h”. Mi novio se llama Doug.

“Oh, cielos”. Me rasqué la cabeza, me aclaré la garganta de nuevo y le quité a Sarah (nótese la “h”) de la mano medio muerta lo que quedaba de las flores. Se las di a Sara (sin “h”) de sopetón.

—En ese caso, las flores son para ti.

Sara se cruzó de brazos y me miró fijamente. Más miradas asesinas. Pero ahora me las lanzaba desde detrás de un hilillo de lágrimas. Le dejé las flores a sus pies. Hora de irse.

Me volví hacia Sarah.

—Lo siento mucho, de verdad. Lo digo en serio. Muy en serio. Pero oye, buena noticia para ti, ¿no?

Parecía confundida, lo cual resultaba comprensible. Por lo menos había dejado de llorar.

No me atreví a voltear para mirar a Sara cuando me di media vuelta y salí corriendo hacia mi bici.

Yo pienso que los bombones habrían hecho una diferencia.

Abby estuvo mucho más ocupada desde nuestra conversación junto a la coladera. Al parecer, salir con un retrasado mental mantiene a una chica bastante ocupada. Se arreglaba para pasar un rato con Rob y conmigo de vez en cuando, principalmente porque nuestras tareas después de clase seguían siendo su apuesta más segura para sacar unas notas decentes en las asignaturas en las que coincidíamos. De todos modos, ya no era lo mismo. Nuestros estudios quedaron reducidos a las cuestiones más serias. Se acabó eso de hacerse el gracioso o el tonto, o ver si éramos capaces de hacer reír a Abby hasta que echara el jugo de naranja por la nariz. Solo Gramática, Geometría y Jack London.

Un día llegué tarde al taller de Mick, y me alegré al ver que Abby estaba allí. Rob y ella habían sacado ya los cuadernos y se encontraban enfrascados en una conversación. Sin embargo, cuando me acerqué, Rob me puso una sonrisa avergonzada, abrió la mochila y se la plantó en la cabeza. Abby me miró con los ojos entrecerrados y se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa, chicos? —miré al uno y al otro—. ¿Qué hace Rob como si fuera un avestruz?

Abby se limitó a mirarme fijamente.

Observé el reloj.

—Si no he llegado tan tarde.

—Tengo tres preguntas para ti —dijo ella por fin.

“Esto no puede ser bueno”.

—¿Te acuerdas de mi prima Audrey? —me preguntó enseñándome un dedo.

—Eeh, sí, creo que sí.

—A su mejor amiga, Sara, la dejó su novio a inicios de esta semana.

Sentí cómo me iba subiendo el calor por mi cara. No podía permitir que se me pusieran rojas las orejas. “Piensa en cosas frías. Un helado. Carámbanos de hielo. Una bola de

nieve en la cara”.

—Solo que no fue él quien la dejó —prosiguió Abby—. Utilizó a ese chico, el Mensajero de los Corazones Rotos —mostró un segundo dedo—. ¿Has oído hablar de él?

Me encontré con los ojos clavados en los dedos de Abby en lugar de en su rostro. Solo quedaba un dedo para el final. “Es el momento de las evasivas”.

—¿Que si he oído hablar del exnovio de la mejor amiga de tu prima?

Abby no dijo nada. Entrecerró los ojos aún más, hasta que no quedaba una abertura más ancha que la hoja de un cuchillo. “Al diablo con las evasivas”.

—He oído rumores —intenté mantener una voz tan firme como pude.

—Pues bien, le acabo de mencionar ese incidente a Rob ahora mismo —Abby levantó el tercer dedo—. ¿Tienes alguna idea de lo que me ha dicho?

“Oh-oh, allá vamos”.

—Solo me lo puedo imaginar —dije mientras miraba fijamente al avestruz.

—Se me escapó, Quentin —dijo Rob al sacar la cabeza de la mochila—. No lo pude evitar.

El brazo extendido de Abby cayó a su costado, y los dedos se cerraron en un puño.

—¿De verdad eres tú el Mensajero de los Corazones Rotos? ¿Ese escuincle bandido que le cobra a los demás por romper con sus novias?

—Eso son cuatro preguntas... no, cinco.

—¡No lo puedo creer, Quentin!

—No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¡Te dedicas a destrozar la vida de la gente a cambio de dinero!

—Vamos, Abby —intervino Rob—. Tampoco es que esté quebrantando la ley.

Abby se volvió para fulminar a Rob con la mirada. Él puso una mano sobre su mochila, listo para volver a meterse en ella.

Abby soltó una risa desafiante y dijo:

—No, no está quebrantando la ley, solo se dedica a romper corazones... —se volvió hacia mí—. Y a ver cómo lloran las chicas. No lo puedo creer. ¿Por qué haces eso?

Sentí que la sangre se me iba de la cara y que empezaba a latirme por las venas.

—Porque es un buen negocio. Además, estoy prestando un servicio a la comunidad.

—¿Desde cuándo ayudar a los chicos a comportarse como unos cobardes es un servicio a la comunidad?

—Oye, a mí no me eches la culpa. Al final iba a pasar igual, ya sabes, aunque no lo hiciera yo. Aun así romperían.

Abby elevó la mirada al cielo.

—¿Y cómo crees que se sintió Sara al saber que no le importaba a su propio novio lo suficiente como para romper con ella cara a cara?

—No lo sé. No hablamos mucho sobre sentimientos.

—Exacto —Abby me señaló con el dedo. Solo con uno—. Aquí nadie piensa en los sentimientos de la chica. No lo haces tú, y el chico que te paga desde luego que tampoco lo hace. Está mal, Quentin.

—Romper es difícil —me vino a la mente una imagen de Carmen justo antes de que me pegara, y supe que estaba diciendo la pura verdad—. ¿Quién no querría evitárselo?

Rob levantó la mano.

—Yo creo que ahí Quentin tiene bastante razón —dijo, y me hizo un rápido gesto con la barbilla y el pulgar hacia arriba. No es que lo fuera a perdonar de inmediato, pero probablemente pensaba que ayudaría en algo si me apoyaba.

—Ese es el tema —dijo Abby—. Hay cosas que son difíciles por alguna razón.

—Déjalo ya —le dije—. Me contraten a mí o no, no van a dejar de romper. Yo solo les ayudo a hacerlo de un jalón para que todo el mundo pueda seguir adelante con su vida.

Abby se cruzó de brazos.

—Si Justin rompe alguna vez conmigo, lo cual no va a suceder, por cierto, me gustaría que se sentara conmigo en persona, como un hombre.

Una sonrisa de oreja a oreja apareció en el rostro de Rob. Pasó las piernas por encima de la mesa y se sentó enfrente de mí. Me tomó la mano y puso una voz una octava más grave.

—Abigail, amor mío, nuestra relación apesta como la basura desde hace una semana, eres demasiado inteligente para mi gusto y ha entrado otra artista en mi vida.

Yo le sonreí y elevé mi tono de voz a un falsete.

—Oh, Justin, no pasa nada. Solo quiero que sepas cuánto te agradezco que me lo digas tú en persona.

Rob y yo nos echamos a reír.

Abby se quedó mirándonos con los labios fruncidos. Acto seguido agarró su cuaderno de la mesa y lo aventó dentro de su mochila. Corrió el cierre, se levantó de la mesa y se detuvo frente a mí.

—Has vendido tu alma por un par de dólares, Quentin. Siempre pensé que tú eras mejor que eso —se dio media vuelta y se marchó furiosa.

De repente ya no sentía ganas de reírme. Vi cómo se marchaba, su pelo rubio, dorado, dando saltitos a cada paso que daba, hasta que giró calle arriba y desapareció de nuestra vista. La sangre que me había hervido en las venas se enfrió rápidamente y me dejó con un deseo entumecido de retroceder y volver a intentar esa conversación.

—¿Sabes lo que te digo, Quentin? —me preguntó Rob—. Que tiene razón. Si de verdad has vendido tu alma por dos dólares, deberías volver y renegociar. Te están timando.

No había la menor duda, Abby había cambiado, y no para bien. No me había percatado inmediatamente, pero al mirar hacia atrás me di cuenta de que se había estado comportando de una forma muy rara las últimas semanas. Y el modo en que se tomó la noticia de que yo era el Mensajero lo dejó francamente claro. La antigua Abby no se habría enfadado por eso. Habría puesto los ojos en blanco y tal vez me hubiera llamado zopenco o algo por el estilo. La nueva Abby era otra historia completamente diferente. Al parecer, había pasado al lado oscuro.

Y, hasta donde yo sabía, todo era culpa de Justin Masterson. No solo era un completo imbécil, sino que encima me estaba costando la relación con mi mejor amiga. Aquel chico me estaba empezando a fastidiar en serio.

Una vez que Abby descubrió mi aventura empresarial, prácticamente nos dejó de hablar a Rob y a mí. De inmediato me di cuenta de lo difíciles que se habían vuelto mis tareas de Matemáticas y de Ciencias sin ella por allí, y tuve todo el tiempo del mundo para exprimirme los sesos haciéndola por mi cuenta, porque ya habían pasado casi dos semanas desde mi último encargo como el Mensajero. El día uno del mes se acercaba y probablemente mamá estuviera empezando a tirarse de los pelos preguntándose de dónde iba a salir el dinero de la renta.

Aún escuchaba conversaciones sobre el Mensajero aquí y allá, y Marcus me aseguró que estaba trabajando a unos pocos clientes más, pero empecé a preguntarme si aquello sería el final del asunto. Había otras estrategias de negocio que no había probado todavía: acercarme a los clientes potenciales en los vestidores del colegio, repartir volantes durante los partidos de fútbol, hacer una página web... Pero, en gran medida, mi identidad secreta seguía aún intacta, y deseaba aferrarme a eso durante tanto tiempo como fuera posible.

Estaba considerando seriamente la posibilidad de colgar unos cuantos carteles anónimos—solo un recordatorio de que el Mensajero de los Corazones Rotos seguía por allí—cuando me encontró mi próximo cliente.

Rob y yo íbamos en bicicleta hacia el parque de Lincoln Hill, una zona verde oculta arriba los barrios de la zona oeste del pueblo. En clase de Física nos habían dejado de tarea observar el cielo nocturno. Ya casi habíamos llegado cuando Rob me gritó desde atrás.

—Por cierto... Marcus me ha pedido que te diga una cosa.

—¿Qué? —grité por encima del hombro.

—Me dijo que te envió a alguien.

Clavé los frenos, y Rob pasó disparado junto a mí. Estábamos entrando en el estacionamiento que hay junto al parque, así que me bajé de la bici mientras Rob esperaba a que yo lo alcanzara.

—¿Solo te dijo eso? —le pregunté.

—Sí. ¿Qué es, alguna especie de código del Mensajero o algo así?

—Si lo es, olvidó darme el libro de claves.

—A ver, ¿es que no te dijo quién es, o dónde encontrarme con él, ni nada?

—Nada. Pero sí dijo que deberías tener un celular.

—Muy útil, sí.

—Oye, a mí no me mires, que aquí yo solo soy el mensajero. Hablando de eso... —me miró de reojo—. Ya sabes, si alguna vez necesitas ayuda con el rollo del Mensajero, a mí me encantaría echarte una mano. He intentado encontrar alguna forma de sacar algo de dinero, pero hasta ahora no he tenido mucha suerte. Cuando se lo dije a mi madre, me dio un bote lleno de nueces que había comprado en el mercado agrícola y me dijo que me daría cinco dólares si las abría todas. ¡Cinco dólares! ¿Puedes creerlo? Me llevará semanas terminar con todo el bote.

Fuimos empujando las bicicletas hasta el camino pavimentado que ascendía por la colina hasta el parque. Había otra docena de chicos pasando el rato junto al camino frente a nosotros. Un señor mayor que bajaba con su perro atado con una correa se quedó mirándolos con mala cara. Un grupo de jugadores de fútbol americano del instituto nos

pasó colina arriba con su cántico del “uno-dos-tres-cuatro” para marcar el ritmo de sus pesados pasos. Justo cuando estábamos aproximándonos al inicio del camino, me fijé en un tipo que estaba apoyado en una moto debajo de un farol en el extremo opuesto del estacionamiento.

Llevaba una chamarra larga de cuero negro sobre una camiseta blanca, y —aunque ya estaba oscureciendo— lucía unas gafas de sol caras. Sin embargo, a pesar de las gafas, yo notaba que me estaba mirando fijamente. Cuando lo miré, él me hizo un gesto con la barbilla, un minúsculo movimiento que hizo que me empezaran a sudar las manos.

—Eh, Quentin, vámonos. Seguro que la mayoría de los sitios buenos ya están ocupados.

Casi no oí a Rob. Aquel chico de la chamarra de cuero tenía porte. La forma en que estaba allí de pie, la forma de moverse, la forma de colocar la cabeza de manera que el pelo le cayera justo frente a los ojos. Era como un pistolero solitario sin un pasado que entra en el pueblo, todo el mundo se le queda mirando y piensa: “qué porte”. Aunque yo sabía que aquel chico era diferente. Él sí tenía un pasado... uno al que deseaba ponerle fin.

Sentía cómo cosquilleaba mi instinto comercial: me estaba buscando a mí.

—Eh, Rob —dije—. ¿Marcus sabía que veníamos aquí esta noche?

—Sí. Ayer le pregunté si me podía traer en coche, y me dijo que me traía si yo le daba mi habitación.

—¿Por qué no sigues sin mí?

—¿Qué? ¿Por qué?

—No es nada. Estaré allí en unos minutos.

Siguió la dirección de mis ojos hasta el individuo impasible debajo del alumbrado.

—Una moto hermosa. La he visto muchas veces estacionada en el instituto. ¿Quién es?

—El tipo con el que tengo que hablar. Creo.

—Ah. Eso. Asunto Mensajero. Amigo, déjame ir contigo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Rob se encogió de hombros.

—Yo qué sé, por curiosidad. A ver qué les dices tú, y qué te dicen ellos y todo eso.

—Rob, esto es un asunto oficial.

—Está esperando a un chico de primero en un estacionamiento vacío. ¿Qué tiene eso de oficial?

—Mis clientes valoran su privacidad. Es uno de los motivos por los que acuden a mí.

—Por favor. Solo esta vez, ¿sí?

No podía decirle exactamente que aquel tipo de trabajo requería la capacidad de mantener la boca cerrada.

—Ni loco, Rob. Te alcanzo en unos minutos.

Rob me tomó por el brazo y bajó la voz.

—Oye, ¿cómo sabes que es un cliente? ¿Cómo sabes que no está esperando a que se vaya todo el mundo para poder atacarte?

—Todo mi dinero está en casa, en el cajón de los calcetines, así que se va a llevar una desilusión.

—Pues a lo mejor es el hermano mayor de alguna de las chicas, que ha venido a darte una paliza por alguno de los mensajes que has entregado.

—Vamos, Rob, deja que me vaya.

—Bien —me puso mala cara y agarró con fuerza su manubrio—. Pero si te oigo chillar como una niña dentro de unos minutos, no voy a volver aquí corriendo a salvarte el trasero. Solo para que lo sepas.

Se largó con su bicicleta y subió por el camino.

Me di la vuelta y salí por otros veinticinco dólares.

Al menos, eso creía yo. El comentario de Rob acerca de que podía ser el hermano mayor de alguna de las chicas me había alterado un poquito. Quiero decir que me preguntaba si Marcus le habría contado de verdad a alguien que me podría encontrar subiendo al parque de Lincoln Hill. Respiré profundo unas pocas veces.

El tipo no se movió mientras me acercaba excepto para ladear la cabeza durante un segundo y escupir. Era alto y ancho de hombros, probablemente de último año del instituto. Me detuve frente a él, a una distancia que consideré segura, y bajé la pata para sostener mi bici. Eché un vistazo a mi espalda con la esperanza de ver a algún rezagado

que aún estuviera cruzando el estacionamiento, pero la última persona que quedaba a la vista estaba ya en la cima de la colina.

Me tragué el nudo de nervios que sentía en la garganta.

—¿Me buscas a mí? —le pregunté al extraño.

Él me miró con una sonrisa tensa y perversa.

—Vaya negocito que te has montado, ¿eh, listillo?

—¿A qué te refieres?

—Me han dicho que eres el genio que le anda cobrando a todos por romper con sus novias.

—Transmito mensajes. Eso es todo.

Levantó las manos.

—No, si a mí me parece perfecto, amigo. Me viene a bien el rollo ese de la buena comunicación. Pero siento cierta curiosidad, listillo. ¿Cómo te sientes con todas esas lágrimas?

—¿Lágrimas?

—Claro. ¿Es que no lloran las chicas cuando te “comunicas” con ellas?

Me crucé de brazos mientras pensaba en la chica de la cabra y en el festival del llanto que había montado.

—Sí, claro, a veces. La verdad es que mis mensajes no son exactamente muy alegres.

Meneó la cabeza.

—Amigo, tú debes de tener un corazón de piedra.

Aquello me hizo pestañear. ¿Un corazón de piedra? Yo solo era el mensajero.

El chico suspiró.

—Pero yo no, amigo. Yo no lo tengo. Siento debilidad por las damas, y ellas la sienten por mí —se quitó las gafas e hizo un gesto para señalarse a sí mismo—. Aunque claro, ¿acaso las puedes culpar?

“Este tipo está chiflado”, pensé. “Pero al menos no me va a atracar”.

—Y bien, ¿hay algo que pueda hacer por ti? Se está haciendo tarde.

Regresó a su rostro la sonrisa perversa.

—Ahora que lo mencionas, tal vez necesite tu ayuda. Es más, creo que debería decirte sin rodeos que podría convertirme en uno de tus mejores clientes. Podríamos decir que sufro de una especie de TDAH con las relaciones.

No tenía ni idea de lo que quería decir, pero sí sabía lo bien que me vendría “uno de mis mejores clientes”.

—Ahora mismo estoy interesado, digamos, en hacer una pequeña limpieza. Simplificar las cosas. Reducir la plantilla. Volver a empezar, si prefieres decirlo así.

—¿Cómo se llama? —le pregunté y me llevé la mano al bolsillo. A aquellas alturas, ya llevaba una pluma y un cuaderno de notas conmigo prácticamente a todas partes.

—Janine.

—Bien. ¿Dónde la puedo encontrar?

El tipo de la moto se volvió a poner las gafas muy despacio.

—A ver, esa es solo la primera.

Dejé de intentar descubrir cómo se deletreaba “Janine” y alcé la vista.

—¿La primera?

Incluso detrás de las gafas de sol tenía el aspecto del un niño al que han descubierto con las manos en la masa.

—Como te decía... TDAH con las relaciones. Qué difícil es concentrarse a veces.

—Entonces... ¿me estás diciendo que hay más de una novia con la que quieres romper?

—Elizabeth... la llaman Lizzy.

Garabateé el nombre.

—Ok, ¿y dónde puedo encontrar a las dos?

—Y Bethany. Ah... no me puedo quitar de la cabeza a Bethany. Pero lo voy a intentar con todas mis fuerzas.

—¿Tres novias? ¿A la vez? —pero ¿dónde se creía este hombre que estaba? ¿En la sabana africana?

—Lo descubriste, listillo. Ahora ve y libérame para que pueda tomarme un breve descanso antes de echarle el ojo a la siguiente conquista.

—Doy por supuesto que las chicas no saben nada las unas de las otras.

Se despegó de la moto y se acercó hacia mí. Resistí el impulso de retroceder.

—No, no saben nada. Y tú no se los vas a contar, ¿verdad?

—Claro que no.

—Júralo, listillo.

—Te juro que no se los voy a contar.

El tipo de la moto me miraba desde detrás de sus gafas.

—No te creo —dijo por fin—. Júralo por la Bestia.

—¿Por la qué?

Se apartó e hizo un gesto hacia su moto.

—Hazlo.

Dado que reírse no parecía lo más aconsejable, di un paso al frente y apoyé la mano sobre el cuero negro desgastado del asiento de su Kawasaki.

—Juro que no le voy a contar nada a ninguna de ellas sobre las demás chicas.

Sus hombros se relajaron un poco. Metió la mano en el interior de su chamarra de cuero y sacó un librito de color negro. Fue pasando las páginas hasta que encontró una doblada a la mitad y me la puso enfrente.

—Direcciones. De las tres.

Las anoté a toda prisa. Cuando terminé, doblé el papel con cuidado mientras valoraba cómo afrontar lo que venía a continuación.

—Veamos, dado que voy a entregar tres mensajes, tengo que cobrarte por cada uno de ellos, pero te puedo hacer un buen descuento.

—No tan rápido, listillo. Me han dicho que me costaría veinticinco grandes tenerlo hecho, y eso es lo que vas a recibir.

—Me estás pidiendo que vaya a buscar a tres chicas diferentes —abrí los brazos—. Eso es el triple de trabajo...

Mientras hablaba el tipo volvió a meter su mano en el interior de la chamarra. En un movimiento rápido, tenía una navaja en la mano. Se encendió el farol que había sobre nosotros, como si hubiera estado esperando ese preciso momento. La luz se reflejaba en la hoja expuesta.

El corazón se me subió a la garganta. Prometí de inmediato que me tomaría más en serio las advertencias de Rob. Eso ni siquiera tuve que jurarlo sobre la Bestia.

El tipo se quedó estudiando la hoja de la navaja un momento, como si evaluara su artesanía envuelta en el halo de la luz amarilla. Su rostro parecía más amenazador aún con las nuevas sombras. Bajó entonces la navaja y se puso a limpiarse las uñas con la punta.

—Con veinticinco debería alcanzar. ¿No te parece, listillo?

Yo tenía los dientes muy apretados por el miedo o por la ira o por ambas cosas.

—Supongo que no te interesarán las flores y los bombones, ¿no?

Cerró la hoja de la navaja y se la volvió a guardar en un solo movimiento coordinado. Pasó una pierna por encima de la moto.

—No, límitate a hacer el trabajo, listillo. Asegúrate de decirle a las chicas que te envía Gunner —con una patada descendente, la motocicleta cobró vida con un rugido. Sacó un fajo de billetes de su bolsillo y lo tiró a mis pies—. Nos vemos, Rompecorazones —y, con un segundo rugido, se marchó volando en el anochecer.

Justo en ese momento decidí que estaba bien rechazar a ciertos clientes.

Cuando recogí el dinero, me fijé en algo que había tirado en el pavimento a poco más de un metro de distancia. Pequeño y rectangular, su librito negro se confundía con el asfalto, como un secreto desesperado por permanecer oculto. Eché un vistazo a la calle vacía, bajé el brazo y lo tomé.

Las páginas estaban nuevas pero llenas. Nombres — todos de chicas—, números, direcciones, fechas y notas cubrían las hojas enteras. Una historia detallada de relaciones cortas y otros pequeños secretos que Gunner obviamente pensaba que debían permanecer ocultos. Una mina de oro de información que deslicé con sigilo en el interior de mi bolsillo junto con el dinero. Sonreí.

Las ideas me bullían en la cabeza. No sabía qué iba a hacer con las tres novias de Gunner, pero sí estaba seguro de una cosa: nadie le saca una navaja al Mensajero de los Corazones Rotos, lo estafa y se larga en una moto. Nadie.

Poco después de que el eco de la Kawasaki de Gunner se desvaneciera en una noche cada vez más oscura, me encontraba ya brincando por encima de los alumnos de primero que estaban en lo alto de Lincoln Hill.

—¡Rob! —grité sobre el murmullo de una docena de conversaciones.

—¡Eh, Quentin! —le oí gritar desde el otro lado del campo. Lo encontré tumbado boca arriba junto a Abby, lo cual me sorprendió.

—Hola, Abby.

—Hola —dijo ella sin apartar la mirada de la bóveda celeste sobre nosotros.

—Qué bien que te hayas escapado. Creía que traerías a Justin —no hice uso de ninguno de mis habituales sobrenombres para el Hombre de los Suéteres Grandes, ya que había decidido hacer un superesfuerzo extra por traer a Abby de vuelta al lado bueno.

Abby estudió las puntas de su cabello, aunque no debía de ver demasiado en la oscuridad.

—Me dijo que nos veíamos aquí. Seguro que viene en camino.

Me tumbé boca arriba con ellos, nuestras cabezas muy juntas y las piernas estiradas como los radios de la rueda de una bicicleta. Se levantó una leve brisa en el aire oscuro de la noche, que sentí fría en la cara.

—¿Han visto algo ya? —pregunté.

—Nada que no sean estrellas, hasta ahora —dijo Abby.

—¿Podrían decirme otra vez qué es lo que estamos buscando? —preguntó Rob.

—Las Oriónidas —le dije.

—¿Eso qué es, un grupo de rock o un virus estomacal? —me soltó en respuesta.

—Meteoritos, gran tarugo. Mantén los ojos abiertos y cuenta las estrellas fugaces —le dije.

Rob no tomaba con nosotros clase de Física, así que en realidad no tenía la obligación de estar allí, pero Abby y yo, junto con tres clases del señor Baumbaker, teníamos que contar meteoritos. El profesor nos había recomendado Lincoln Hill por su ubicación aislada al oeste del pueblo. La parte de atrás de la colina descendía al resguardo de las luces del pueblo y se internaba en una zona boscosa que terminaba entroncando con el camino de Bluejacket. La zona más alta de la colina se encontraba rodeada de sauces, pero estaba abierta en el centro del parque para proporcionar una amplia visión del cielo.

—Ah, pues acabo de ver un montón —dijo Rob.

—Si te metes el dedo en el ojo entonces no cuenta —le dijo Abby—. Solo valen las estrellas fugaces de verdad.

La hierba era blanda y me hacía cosquillas en las orejas. Había algo hipnótico en quedarse mirando el cielo. Pasado un rato, era como si pudieras sentir cómo la Tierra entera giraba bajo tus pies.

—¿Cómo sabré cuando vea una? —preguntó Rob.

—Será el único de esos puntos brillantes de allá arriba que cruce el cielo a toda velocidad —le respondí.

—Me pregunto dónde estará —repuso Abby.

—¿Quién? —preguntó Rob—. ¿La Oriónida?

—Justin. Ya debería estar aquí.

—¡Oh, acabo de ver una! —dije al tiempo que mi brazo apuntaba disparado hacia el cielo. Aquella afirmación podría haber sido cierta o podría no haberlo sido.

—¿Dónde? —preguntó Abby—. ¿Cómo funciona esto? No puedo estar mirando todo el cielo al mismo tiempo.

Nos quedamos tumbados en silencio durante un rato, sobrecogidos mientras las estrellas parecían multiplicarse y brillar cada vez más, y un fragmento de la luna nos observaba desde el horizonte.

—Eh, Rob —dije por fin—. Me parece que veo Casiopea. Es esa W que está justo allí. ¿Recuerdas quién era? ¿No era alguien de la mitología o algo así? —Nuestra época en los

Boy Scouts había sido breve, con mucho lanzamiento de piedras a grandes masas de agua pero poca astronomía.

Rob no me respondió.

—¿Rob?

Abby se rio.

—Se quedó dormido.

Rob lo confirmó con un suave ronquido.

—Rob McFallen, el astrónomo erudito —aseveré.

—Bueno, por ahora no se está perdiendo gran cosa.

Estudí el cielo e hice un enorme esfuerzo por mantener los ojos abiertos. Mi mente divagaba con pensamientos al respecto de Gunner en su motocicleta, del librito negro en mi bolsillo y de mi ex mejor amiga junto a mí. Y entonces, de repente, vi una. Una estrella que atravesó el cielo por un instante, como el brillo de un pez en aguas oscuras, y desapareció, pero su fulgurante sombra brilló en mis ojos durante un rato más largo.

—¡La vi! —gritó Abby—. Nunca había visto una.

—¡Allí hay otra!

—¡Tres!

—Cuatro. ¡Cinco!

Un murmullo de excitación se propagó por los demás grupos de chicos desperdigados por la hierba. Aguardamos un momento. Sin respirar. Deseando más.

Y llegaron.

No intentamos contarlas. Tal vez cinco o seis tocaron al mismo tiempo la negrura del cielo y desaparecieron. Después otra oleada, y otra. Disparadas, centelleantes, deslizándose por el cielo. Contuvimos el aliento durante un rato, incluso después de que todo quedara en calma y todas las estrellas volvieran a quedarse fijas en el sitio una vez más.

Debimos de haber cambiado de postura para ver mejor los meteoritos, porque, cuando por fin respiré, me di cuenta de que un lado de la cara de Abby estaba en contacto con la mía. Ella no se apartó, y yo tampoco lo hice. Había algo en lo que acabábamos de ver en el

cielo, algo extraordinario e irreal, algo que jamás se podría explicar, tan solo compartirlo. Y, de algún modo, ser consciente de que yo lo había compartido con Abby justo allí a mi lado, hacía que todo aquello aún más significativo.

—Guau —susurró Abby.

—Esto no se ve todos los días.

—Guau —volvió a susurrar ella.

Nos quedamos allí tumbados en silencio un rato más, su mejilla cálida contra la mía. La sensación de lo que acabábamos de ver se desvanecía con rapidez, e intenté aferrarme a ella con todas mis fuerzas.

—Me pregunto a dónde irán —dijo ella al fin.

—Es probable que se quemen en la atmósfera o algo así.

—Qué triste. Es justo al final del todo cuando se convierten en algo tan bello, y entonces mueren. Así, como una flor.

—Sí, pero qué manera de acabar.

Observamos en busca de más meteoritos, pero yo casi esperaba que no aparecieran más. Cualquier otra cosa habría estropeado el momento.

—Cuántas estrellas hay ahí fuera —dijo Abby—. Creo que veo Orión.

—¿Dónde?

—Justo allí. ¿Ves esas tres estrellas? Me parece que es el cinturón de Orión.

—¡Estupendo! —no le conté que Orión no sería visible en el cielo hasta bien entrada la madrugada.

—¿Dónde está esa de la que hablabas antes?

—Casiopea. Allí mismo. Tiene la forma de una W. Me parece que era una reina, una que se creía mucho, si no recuerdo mal.

—¿Y aquella estrella de allí? Creo que es un planeta, ¿verdad? Es rojo, así que debe ser Mercurio.

—No, probablemente sea Marte —le dije—. El planeta rojo, nombrado en honor del dios de la guerra.

—Creí que el dios de la guerra era Mercurio.

—No, era Marte. No recuerdo quién era Mercurio... Espera, sí, era el mensajero de Júpiter —Supe que era un error en cuanto lo dije.

—Ah, ¿sí? —dijo ella—. ¿Es que también iba por ahí rompiendo corazones?

Y en aquel instante, de repente, el momento como en los viejos tiempos, se había acabado.

—No vayamos por ahí —dije yo.

—Lo siento. No pretendía hablar de nada que pudiera recordarte que tienes conciencia.

—Oye, ¿ya estudiaste para el examen de Lengua de mañana? —le pregunté.

—Estás intentando cambiar de tema.

—Sí, pero también tenemos un examen mañana.

—No, no.

—Sí, sí.

Abby se puso en pie de un salto.

—Vi por allí a Alyssa. Voy a preguntarle a ella —comenzó a andar, pero su pie golpeó la pierna de Rob—. Perdona, Rob —dijo mientras se marchaba con otro grupo de chicos.

—¿Qué pasa? —dijo Rob mientras se incorporaba con los ojos medio abiertos.

—Nada importante. Hablábamos de mitología. Oye, ya me di cuenta que Justin “Mastersnob” no vino esta noche.

—Sí, qué pena —sonrió Rob completamente despierto—. Espero que no haya tenido problemas con la bicicleta.

—¿Quieres contarme cómo lo conseguiste?

Rob se volvió a tumbar boca arriba y se llevó las manos detrás de la cabeza.

—No sé de qué me estás hablando, pero no me sorprendería que la cadena de la bici de Justin aparezca mañana en su buzón de correos.

Resoplé.

—Típico.

Casi pude perdonar a Rob por haberle contado todo a Abby.

Casi.

Dos días después, a mí también me pasó el sabotaje por la cabeza, pero no con la bicicleta, al menos. Con algo distinto. Algo que requería una cierta planeación, rápida pero meticulosa.

—¿Y cuál es el propósito de tu reservación?

La bibliotecaria me miraba por encima del armazón de sus lentes. La biblioteca pública había estado cerrada el día anterior, así que aquella parte de mi plan llevaba algo de retraso.

Me estrujé el cerebro un instante.

—Un grupo de debate sobre los hábitos sociales del león africano macho —no se alejaba demasiado de la realidad.

La bibliotecaria garabateó la información en su libro de reservaciones.

—Pero qué interesante. ¿Una clase de Biología?

—Mmm, más bien de Sociología.

—Ya veo. La sala estudio número uno es toda suya a partir de las cuatro. Por favor, asegúrate de leer las normas y de dejar el sitio impecable.

—Mmm... —vacilé un poco, inseguro de hasta dónde forzar mi suerte—. ¿No me puede dar la sala de estudio número dos?

Frunció los labios.

—Las dos salas son exactamente iguales.

—Es que... prefiero utilizar los números pares siempre que puedo. Supersticiones —sonreí como si me dedicara a ir siempre defendiendo los números pares.

—Ejem... —me estudió por un momento y volvió a escribir en su libro—. Muy bien. Entonces, la sala de estudio número dos. Pero recuerda: el dos es un número par, pero también es un número primo, y los primos no son de fiar.

—Cierto... gracias —ahora me tocaba a mí preguntarme si era en serio o no. Me dirigí hacia la sala de estudio número dos después de ver el reloj. Faltaban cinco minutos para las cuatro. Hice algunos preparativos rápidos, leí las normas expuestas en la pared y me senté en la sección contigua, la de jardinería. Tomé de la estantería un libro de horticultura, lo abrí y lo sostuve muy cerca de la cara. No presté atención a las páginas, excepto a una que tenía una foto de un tomate mutante del tamaño de la cabeza de un hombre. Qué locura. Mis ojos se asomaban por encima del libro, concentrados en la entrada de la sala de estudio.

Cuando el reloj marcó las cuatro, la sala continuaba vacía. Dejé el libro de horticultura en un anaquel cercano y tomé otro. *Desarrollo de nuevos cultivos*. Ni una sola foto a color.

No me gustaban las amenazas. Odiaba a los tramposos.

Me pregunté si me habría tratado de un modo distinto de haber sido uno de los más grandes del instituto, pero aquello daba igual. Yo no era un niño cualquiera: era el Mensajero de los Corazones Rotos. Inspiraba temor y exigía respeto. Otros quizá temblaran delante de un tipo duro con una navaja, pero yo tenía un poder que el tipo de la moto ni siquiera se había dado cuenta de que existía.

Si es que aparecía alguien.

A las cuatro y un minuto, una chica se acercó a la sala. Llevaba unos lentes de pasta y una coleta que se balanceaba sobre un atuendo muy común. Era guapa, pero parecía llevar la palabra "matada" escrita en la frente. Se quedó en la puerta y echó un vistazo, como si se tratara de una broma pesada. Yo había dejado escrito en el pizarrón blanco «Por favor, pasa y siéntate». Ella lo vio, miró a su alrededor una vez más y tomó asiento. Había tres sobres en la mesa, frente a ella. Tomó uno, lo observó un instante y lo volvió a dejar.

Un minuto después, apareció otra chica del colegio y miró dentro de la sala. Era también linda, y caminaba con una elegancia danzarina, aunque su ropa tenía más de bohemia que de estar a la última moda. Si hubiera sido de las pequeñas del instituto, me habría dicho a mí mismo: "Es del grupo de teatro".

Sacó una tarjetita de tres por cinco del bolsillo e hizo un gesto hacia la Matada Guapa.

—Hola. ¿Me puedes decir de qué se trata esto?

La otra chica le enseñó una tarjeta similar.

—Yo también tengo una. Acabo de llegar.

La Diva del Teatro vaciló por un segundo.

—Espero que sea algo bueno —murmuró mientras se sentaba.

Las dos estuvieron tres minutos y medio sin decirse una palabra la una a la otra. La Diva del Teatro repiqueteaba con los dedos sobre la mesa. La Matada Guapa sacó un libro y se puso a leer, aunque levantaba la vista cada cinco segundos. Notaba que se estaban impacientando y temí que tendría que contentarme con dos e intervenir antes de que decidieran marcharse.

Pero entonces llegó la número tres. Muy guapa. Bien vestida. Muy popular, probablemente. No se detuvo en la puerta ni echó ningún vistazo. Entró directamente, mostró una tarjeta y dijo:

—¿Quién me envió esto?

Las otras dos chicas le enseñaron sus respectivas tarjetas. La Reina de la Popularidad puso los ojos en blanco y bajó la vista a la suya. Leyó:

—«Tengo información que afectará profundamente el resto de tu vida. Tiene que ver con tu novio». ¿Es esto lo que dicen las tuyas?

Las otras chicas asintieron.

La Reina de la Popularidad volvió a poner los ojos en blanco.

—Muy bien. Me largo.

Entonces entré yo en la sala, muy serio, y cerré la puerta a mi espalda sin mirarla siquiera.

—Siéntate —le dije a la Reina de la Popularidad mientras me dirigía decididamente al pizarrón blanco, como si fuera un profesor.

Ella se sentó, probablemente más a causa de la sorpresa que de cualquier otra cosa.

Le quité la tapa a un marcador color rojo y escribí con letras grandes y gruesas: «Soy el Mensajero de los Corazones Rotos».

Volví a dejar el rotulador en su sitio, apoyé las palmas de las manos sobre la mesa y me quedé mirando a las chicas. Y ellas me miraban a mí sin parpadear.

Sabía que tenía que andarme con cuidado. Había jurado que no le diría nada a ninguna de las novias de Gunner al respecto de las demás. Iba a mantener mi palabra e iba a romper con sus novias en su nombre. Y eso sería todo lo que haría por él.

Pero para llevarlo todo a cabo —y alguna que otra cosa, con algo de suerte—, yo no podía decir ni una sola palabra. Quién sabe qué pesadillas motociclistas podría tener si rompía un juramento por la Bestia, ¿no?

La Diva del Teatro fue la primera en hablar.

—Muy bien, y ahora ¿qué? Te dedicas a romper con las novias de otros en su nombre, ¿verdad? ¿Y qué hacemos nosotras aquí?

Las miraba fijamente, más tranquilo que nunca. Al menos por fuera.

—Y entonces, ¿qué es lo que vas a hacer? ¿Decirme que mi novio rompe conmigo? No lo creo —dijo la Reina de la Popularidad.

“Vamos, vamos, que alguien lo diga”, supliqué en silencio.

La Diva del Teatro me lanzó la tarjetita.

—Pues olvídale. Ningún enano descarado va a hacer que me quede en una biblioteca más tiempo del necesario.

Entonces intervino la Matada Guapa, en voz baja, pero con decisión.

—¿Te ha enviado Gunner?

Las cabezas de las otras dos chicas se giraron hacia ella con tal velocidad que me sorprendió que no se produjera ninguna lesión medular.

“Bingo”.

—¿Cómo sabes tú lo de Gunner? —preguntó la Reina de la Popularidad.

La Diva del Teatro volvió lentamente la cabeza hacia ella.

—¿Cómo sabes *tú* lo de Gunner?

La Reina de la Popularidad alzó la barbilla otro centímetro.

—Da la casualidad que es mi novio.

—¿*Tu* novio? —replicó la Diva del Teatro, a medio levantarse del asiento.

—Sí, lo hemos mantenido más o menos en secreto. Es que su abuela es judía, y si descubre que él está saliendo con una gentil, se moriría de un ataque al corazón.

La Diva del Teatro observó fijamente a la Reina de la Popularidad durante un segundo bien largo antes de apartar la mirada.

—Qué curioso —dijo desinflada—. A mí me pidió que mantuviéramos nuestra relación en secreto porque su padre estaba en la cárcel y no quería arrastrar mi buen nombre por el fango.

La Reina de la Popularidad se quedó boquiabierta.

—¿Que has estado saliendo con Gunner? ¿Cuánto tiempo?

La Diva del Teatro hizo un gesto de indiferencia con los hombros.

—Dos meses.

—Ese maldito... —la Reina de la Popularidad, de repente, se quedó sin habla. Me alegré, porque “No decir palabrotas” estaba en la lista de normas de la sala de estudio.

Las dos chicas se quedaron sentadas en un silencio atónito durante un minuto antes de voltear a ver a la Matada Guapa.

—Y tú, ¿por qué estás aquí? —le preguntó la Reina de la Popularidad.

La Matada Guapa puso los ojos en blanco.

—Gunner me dijo que mantuviéramos *nuestra* relación en secreto porque así sería más emocionante. Ya me imaginaba que andaba con alguien más, pero no me importó. Me gustaba que se fijara en mí —cerró el libro de golpe—. Por supuesto, no me imaginé que se estaba viendo con otras dos chicas aparte de mí.

Entonces la sala volvió a quedarse en silencio. Podía percibir cómo se posaban las partículas de polvo y cómo iban ellas asumiendo la verdad. La Reina de la Popularidad hundió el rostro entre las manos. La Diva del Teatro se tronó los nudillos. La Matada Guapa se enderezó los lentes. Al final, todas alzaron la vista hacia mí.

—¿Esto es todo, entonces? —preguntó la Diva del Teatro—. ¿Gunner rompe con todas nosotras a la vez? ¿Deja al lote completo y se va detrás de otro grupo de víctimas desprevenidas?

La Reina de la Popularidad soltó una grosería. “Que se joda la norma número siete”.

Carraspeé y miré notoriamente hacia la mesa. A excepción de la Matada Guapa, ninguna se había fijado en los sobres. Acto seguido, cada una tomó el sobre que tenía

enfrente y lo abrió.

La Reina de la Popularidad sacó un librito negro.

La Diva del Teatro sacó una válvula barata de inflar neumáticos en la que decía «Mickelson».

La Matada Guapa sacó otra tarjetita de tres por cinco.

La Reina de la Popularidad hojeó el librito.

—Está lleno de nombres y números —pasaba las páginas y las estudiaba—. Samantha, Bethany, Karyn, Lizzy... —guardó silencio y miró a la Diva del Teatro—. Tú eres Lizzy, ¿no?

—Y yo Bethany —añadió la Matada Guapa.

La Reina de la Popularidad señaló una página con el dedo y la observó fijamente.

—Y yo soy Janine —pasó las hojas hasta llegar a la primera y sonrió—. Este libro es de Gunner, y estas son todas las chicas con las que ha salido. Tal vez algunas con las que no lo ha hecho aún. Tiene anotaciones y todo.

La Diva del Teatro dio unos lentos golpecitos sobre la válvula que tenía en la palma de la mano.

—¿Saben? Me parece que esta cosita de aquí sirve para desinflarle las ruedas a alguien. No lo he hecho nunca, pero estoy segura que puedo aprender.

La Reina de la Popularidad seguía pasando las páginas del librito una a una.

—Con esto se me ocurren unas cuantas maneras de hacerle la vida un poquito más difícil a ese triple infiel...

La Matada Guapa sacó la tarjeta y leyó.

—«La venganza es un plato que se sirve frío» —pestañeó—. Tal vez sea pasarse de la raya, pero yo soy la administradora de las listas de correo electrónico de los alumnos. Cuéntenme lo que tengan en mente con ese librito negro, seguro que podré ayudar de alguna forma.

La Reina de la Popularidad esbozó una sonrisa malvada.

—Bien, para empezar, se me ocurre que le demos donde más le duele. Primero...

Sabía que si permanecía allí más tiempo, se me podría considerar cómplice. Con la atención de las chicas centrada de lleno en la Reina de la Popularidad, me fui desplazando a lo largo de la pared y salí por la puerta. Eché un vistazo a través de la ventana de la sala de estudio número dos para ver las cabezas de las tres ex novias juntas. Una perversa sensación de triunfo me inundó por dentro.

Mi trabajo allí se había acabado. Gunner era libre.

Y se encontraba en serios problemas.

—Aquí tenemos a uno que se está buscando un problema.

Me detuve en seco al oír el sonido de su voz y, con una pierna en el aire, me di la vuelta para encontrarme de frente con Abby. La acera de West Oak estaba tapizada de hojas secas, y me percaté de lo absorto que debía de haber estado en mis pensamientos para que ella se me acercara tanto sin que me diera cuenta.

—Claro que no, lo único que estoy buscando son unos timbres.

—¿Timbres? ¿De esos para enviar cartas? —dijo Abby. Se puso a caminar a mi lado, y la mochila le iba dando pequeños saltos a cada paso—. ¿La gente todavía los usa?

—Supongo que sí. Ya sabes, esos anticuados que todavía piensan que internet no es más que una moda. Mick me pidió que vaya a comprarle algunos. ¿Adónde vas tú?

—A casa de Isabelle. Un trabajo en grupo para la clase de Español.

Caminamos en silencio durante media manzana. Abby y yo nunca habíamos hablado realmente acerca de su reacción ante el hecho de que yo fuera el Mensajero, pero el tema había planeado sobre nosotros desde entonces como el zepelín de Goodyear. Se puede decir que una parte de mí quería que ella sacara el tema para así poder disponer de una segunda oportunidad de defender mi oficio, pero el resto de mí estaría encantado de ver cómo ella se olvidaba de toda la historia, o al menos cómo fingía que no le importaba.

Miré a Abby, estudié las nubes, encontré una fascinante toma contra incendios y por fin dije:

—Bueno, ¿y cómo te va, desconocida?

—¿Desconocida? Te veo en clase todos los días.

—Sí, pero... ya sabes —pisé un montón de hojas que crujieron. Abby las atravesaba arrastrando los pies con varias patadas leves. Quería decirle que echaba de menos tenerla cerca, que extrañaba los viejos tiempos, que...

—¿Y qué tal te fue hoy en el examen de Álgebra? —me preguntó.

Volví la cabeza de nuevo hacia ella y me pregunté si le parecería bien lo de ser una desconocida.

—De hecho —le dije—, a la hora de comer veía las variables flotando en el recipiente de la fruta.

Abby se rio.

—Oye. No te puede haber ido tan mal.

—¿Y tú? Pan comido, ¿verdad?

—Bueno...

—Claro, vamos, no te reprimas. ¿Y tu trabajo sobre *El llamado de la selva*? ¿Lo terminaste?

—Más o menos. Aún me cuesta ese rollo de la temática y los símbolos. Me refiero a que el autor solo estaba contando una historia, y no decidió escoger una temática y meter un montón de símbolos en los que no se va a fijar nadie excepto un profesor de Lengua y literatura.

—Bueno, todos vemos las cosas de manera diferente, supongo.

Abby jugueteaba con el cierre de su chamarra. *Zzziiipp* para abajo. *Zzziiipp* para arriba.

—Oye, hablando de Lengua. Mmm, me preguntaba si podría ir mañana a estudiar con Rob y contigo.

Le eché una mirada, pero ella tenía la vista fija al frente.

—Claro, desde luego. Quiero decir que nunca te hemos echado.

Zzziiipp para abajo.

—Por supuesto, ya lo sé. Es que no me ha ido demasiado bien en clase de Lengua últimamente, y mi madre me dice que tengo que mejorar, y también en Historia, o no podré hacer el taller de Fotografía en el Centro Cívico. Ni tampoco... otras cosas.

Supuse que "otras cosas" incluía salir con uno de segundo grado. Consideré brevemente lo que podría pasar si le decía que no. Pero es que se trataba de Abby.

—Pues claro. Rob no ha sido el mismo desde que dejaste de venir con nosotros.

Abby sonrió.

—Bueno, es agradable que te necesiten. Estoy segura de que el verdadero problema que tienen ambos es que necesitan algún entretenimiento. Ya sabes, tener una novia o algo así.

Crují otro montón de hojas. Esta vez con más fuerza.

—Sí, bueno, algún día, no sé.

—No entiendo por qué no te caen bien las chicas, Quentin.

Me detuve y me quedé mirándola. Ella volteó la vista hacia atrás.

Fue como si transcurriera muchísimo tiempo antes de que pasara un coche y rompiera nuestra mirada. Pestañeeé y volví la cabeza.

—¿Quién ha dicho que no me caen bien las chicas? Es solo que no me hace falta una novia. Ahora mismo no, por lo menos.

La mirada de Abby se perdió más allá de mí cuando se abstraigo en sus propios pensamientos.

Luego levantó la vista repentinamente, hacia el edificio que tenía a su espalda.

—Eh, mira. La oficina de correos. La verdad es que ya debería irme.

—¿Te veo mañana?

—Claro, mañana.

Zzziiipp para arriba. Y se marchó.

Entré en la oficina de correos pero me volví enseguida para mirar por la ventana mientras Abby cruzaba la calle con las manos metidas en los bolsillos de su chamarra. Las preguntas me rebotaban en la cabeza como un montón de pelotas de goma dura dentro de la secadora de la ropa. ¿Era casualidad que Abby se haya tropezado conmigo en West Oak? ¿O es que me había seguido hasta allí para hablar conmigo? Y si quería hablar conmigo, ¿de verdad seguía interesada en que fuéramos amigos, o solo quería ayuda con las tareas?

“¿Y por qué demonios me siento tan confundido?”

Compré los timbres y me quedé el cambio (que era mucho menos de lo que Mick me había sugerido que sería), y comencé mi regreso. Había recorrido cerca de una manzana cuando me fijé en un Mustang de color plateado que venía hacia mí. Era fenomenal, uno de esos con el *spoiler* bajo, adornos cromados y dibujos de líneas finas de color negro en

los costados. Al pasar junto a mí, las ruedas rechinaron al dar un brusco cambio de sentido y se detuvo a mi lado, orientado en dirección contraria en la calle desierta.

No supe muy bien qué hacer, así que continué caminando. El Mustang me siguió el paso. Eché una mirada y vi a una chica rubia absolutamente despampanante del instituto que conducía y llevaba a otra chica a su lado. A la otra la había visto antes, tal vez fuera una amiga de Marcus o su novia anterior. Las dos me miraban fijamente.

—¿Tú eres el Mensajero? —me preguntó la rubia.

Me vinieron a la cabeza diversas visiones de asesinos a sueldo y exnovias vengativas. Valoré la posibilidad de salir corriendo, pero por muy rápido que huyera, jamás derrotaría a un V8 de 315 caballos de potencia. Así que pasé a mi siguiente mejor opción: volví la cabeza con un ademán elegante y dije: “Así es”. La voz solo me tembló un poquito.

La chica detuvo el coche y lo estacionó. Yo seguí caminando.

—Tengo un encargo para ti, si es que te interesa.

Dudé un momento antes de darme la vuelta. No sé muy bien por qué, pero nunca se me había ocurrido que pudiera tener clientes femeninos. Supongo que es un poco sexista, pero oye, yo soy un chico. Hasta donde yo sabía, eran los chicos los que rompían. O al menos eso era lo que yo pensaba.

Me acerqué al coche, aún preocupado de que pudiera ser una trampa. Tal vez la rubia llevara a Carmen y a medio equipo de fútbol femenino en el asiento trasero, listas para caer sobre mí. Me atarían con tallos de crisantemo, me meterían bombones a la fuerza en la garganta y me golpearían en la cabeza con el guion de cine de mi vida. Entonces me di cuenta de lo difícil que le resultaría a cualquiera saltar desde la parte de atrás de un deportivo de dos puertas, y me acerqué unos pasos más.

Me miró de arriba abajo, pero no pareció muy impresionada. Tal vez esperaba a alguien más alto.

—Me llamo Lisa —me dijo—. ¿Tienes una pluma? —se dirigió a mí como si estuviera pidiendo una hamburguesa o algo así, pero, vaya, sus ojos brillaban como dos faros recién pulidos.

Le di la pluma que saqué de mi bolsillo. Tomó un trozo de papel de la guantera del coche y garabateó algo en él. Después me puso bruscamente la pluma y el papel en las manos.

—Este es el corazón que quiero que rompas. Y quiero que lo rompas con ganas. Quiero oír cómo cruje desde la otra punta del pueblo. ¿Lo has entendido?

Las letras estaban bastante apretujadas.

—Duke Ripling —leí. Aquel nombre me resultaba vagamente familiar. Debajo del nombre había una dirección—. ¿Es tu novio?

Me miró como si fuera un niño de tres años con la nariz llena de mocos.

—Si fuera mi primo, no me haría falta romper con él, ¿o sí?

Está bien, pregunta tonta, pero es que nunca había visto unos labios tan perfectos como los suyos. Me aclaré la garganta. “Sé un profesional”, me recordé a mí mismo.

—Sí, quiero decir que si esta es la dirección de su casa. Necesito saberlo para, eeh, idear un plan de ataque.

Levantó una ceja con cara de escepticismo.

—¿Cuánto cobras? —me preguntó.

Por fin pisaba territorio conocido.

—Veinticinco.

Sacó dinero de la guantera y me obligó a tomarlo. Eché un vistazo a la calle por si venía algún vehículo, pero por fortuna estábamos en West Oak.

—Claro, que... —empecé a decir, pero entonces lo pensé mejor.

—¿Qué? ¿Es que cobras más por romper con un chico?

—No, no, es que, bueno, a veces...

—Escúpelo ya, flacucho.

¿Por qué los más grandes del instituto siempre tenían unos apelativos tan cariñosos para quienes éramos más pequeños que ellos?

—Bueno, es que por lo general tengo una oferta que incluye flores y bombones para, digamos, dejarlas con más delicadeza.

La chica se me quedó mirando un instante y se carcajeó.

—Flores y bombones. Eso a Duke le encantaría, ¿verdad que sí? —se me quedó mirando un rato más—. ¿Cuánto cobras por eso?

—Otros veinticinco.

Miró a su amiga y puso una sonrisa burlona.

—¿Sabes qué, flacucho? Al infiel de mi noviecito le hubieran gustado demasiado esas flores y esos bombones, así que vas y te buscas una rata muerta, la metes en una caja y la envuelves, que quede muy bonita, y se la entregas como un regalo de mi parte. Si haces eso, te doy otros veinticinco.

Una rata muerta. Correcto. Me reí, solo un poco.

—Esa es buena.

Me miró a los ojos sin el más leve movimiento de sus pestañas largas y rubias.

—No es una broma, flacucho. Quiero una rata muerta. ¿Puedes hacerlo o llevo mi encargo a otra parte?

—¿Eh? No, no, no es ningún problema. El Mensajero de los Corazones Rotos se encarga de todo cuanto quieras —no me hacía falta que me buscara ninguna competencia por culpa de un roedor muerto. La idea de la rata era demasiado vulgar para mi gusto, pero al menos el costo no sería excesivo.

—Bien —me puso más dinero en las manos—. Necesito que lo hagas pronto. Mañana —empujó entonces la palanca de velocidades y salió rechinando hacia el otro carril calle abajo.

Conté un par de veces el dinero y lo guardé en el bolsillo con la miseria que me había sobrado de los timbres de Mick. Cincuenta dólares, así como si nada. Eché un vistazo a las tiendas que había a lo largo de la calle. “Y ahora”, me pregunté, “¿dónde venderán ratas muertas?”.

—¿Que tienes que encontrar una qué? —Rob me miró como si le hubiera sugerido que saliéramos corriendo desnudos por los pasillos del colegio. Estábamos en clase de Educación Física, jugando baloncesto en una de las canchas exteriores de pavimento. Rob y yo teníamos una canasta para nosotros solos. No éramos muy buenos, así que nadie se moría de ganas por jugar con nosotros.

—Sí, ya sé, ya sé. Es bastante asqueroso, pero cada quien tiene su propio estilo. Es lo que ella quiere. Además, me ha pagado para que lo haga.

—¿Que te ha pagado para que le entregues una rata muerta a su novio?

—Oye, amigo, no critiques tanto. Mis clientes han quedado muy satisfechos hasta ahora —tiré a la canasta, y la bola pasó por lo menos treinta centímetros por debajo del aro.

—Quentin, acompaña más el tiro —me gritó el entrenador Wong. Hizo un movimiento en el aire con la mano, como si se le hubiera roto la muñeca. Lo saludé y asentí, como si supiera de qué me estaba hablando.

Rob salió corriendo detrás de la pelota y volvió botándola.

—Pero, amigo, qué cosa más fría. Una rata muerta.

—Lo sé, ¿alguna idea de dónde puedo encontrar alguna?

Me había pasado la tarde anterior mirando por los alrededores de nuestro edificio de departamentos con la esperanza de encontrar alguna trampa para ratas, o por lo menos un ratón. Todo lo que saqué fue un montón de pelusas de la secadora en el cuarto de lavandería. No quería admitirlo frente a Rob, pero me estaba agobiando un poquito. No me pareció que la chica del Mustang fuera de las comprensivas. Sus cincuenta dólares serían a cuenta hasta que entregara la rata muerta, y, con el fin de mes cada vez más cerca, necesitaba el dinero.

Rob me miró con una cara de sorpresa fingida.

—¿El gran Mensajero de los Corazones Rotos necesita ayuda? Y yo que pensaba que tenías todas las respuestas —tiró la pelota y la metió. Suerte.

—¿Y por qué demonios tendría yo que saber dónde encontrar una rata muerta? A ver, ¿tú lo sabes?

Tomó el rebote.

—Quizá se me pueda ocurrir alguna idea.

—Ah, ¿sí? ¿Como qué?

—Alguna idea que habría que convencerme para que compartiera... —dejó sus palabras suspendidas en el aire.

Oh, ya veía yo por dónde iba la cosa. Valoré la oferta de Rob mientras él volvía a lanzar la bola y la metía limpiamente otra vez. Otro tiro con suerte. Atrapó su propio rebote y me la pasó directamente.

—Muy bien, te daré cinco dólares si me ayudas a encontrar una rata muerta —le dije.

—De eso nada. Quiero un porcentaje del trato.

“¿Un porcentaje del trato?”. Pero ¿qué pensaba Rob que éramos? ¿Gánsters que planeaban un atraco a un banco?

—Gracias, Rob. En ese caso, busco yo solo la rata muerta —tiré y fallé, pero dejé la muñeca flexionada y en alto un poco más por si acaso estaba mirando el entrenador Wong.

Rob no fue por el rebote. Me di la vuelta y vi que me miraba fijamente, como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Vamos, Rob —le dije—, se trata de una rata muerta, no de un diamante que sea una rareza. De todas formas, la parte más dura la tendré que hacer yo. Cinco dólares es más que justo. Y me vendría bien tu ayuda.

Rob miró a su alrededor y acabó encogiéndose de hombros.

—Está bien. Si necesitas la ayuda.

Le sonreí.

—Genial. Entonces, ¿qué se te ha ocurrido para encontrar una rata?

—¡Quentin! ¡Rob! ¡Acaso están platicando! ¡Tomen el balón y pónganse a entrenar!

Nuestra expedición hacia la rata muerta inició en cuanto sonó el timbre que marcaba el final de la última clase. Rob y yo bajamos al sótano del instituto. Era pequeño, más bien como una covacha subterránea para guardar el material de limpieza y los decorados de la obra de teatro del año pasado. También era donde tenía su oficina el encargado del mantenimiento del colegio, el señor Montgomery.

Al señor Montgomery no le gustaban mucho los chicos, pero claro, si uno se pasa el día limpiando lo que hacen, ¿a quién le gustarían? No solía aparecer hasta que la mayor parte de los chicos se había marchado del instituto. Algunos decían que hasta dormía en una cama en su oficina, y que por la noche se lavaba los dientes en los baños de los alumnos.

Poco a poco, conforme descendíamos por las escaleras del sótano, se me fueron acostumbrando los ojos a la tenue luz. Allí había una estantería detrás de otra, todas repletas de productos de limpieza, y un ejército de trapeadores. Vi en una esquina los árboles pintados a mano de *El mago de Oz*. Rob solo vaciló un segundo antes de dirigirse hacia la puerta de la oficina del señor Montgomery y dar un rápido golpe con los nudillos.

—¿Quién es? —gruñó una voz.

Rob me miró.

—Eeh... Rob McFallen.

Un segundo de silencio.

—¿Qué? ¿Es que has vuelto a vomitar en el pasillo?

Aun en la débil luz del sótano, noté cómo se sonrojaban las mejillas de Rob.

—Guau —dije en un susurro—. ¿Todavía se acuerda de eso?

—Abby lo hizo primero —murmuró él.

Y era cierto. El año anterior, la pobre Abby tuvo una infección estomacal y vomitó en el colegio. Jamás verás a una multitud de chicos dispersarse más rápido que cuando alguien vomita en el pasillo. Mientras que Abby se iba a ver a la enfermera, la señora de la secretaría envió a Rob a buscar al señor Montgomery. El conserje tomó un cubo de aserrín y se puso a murmurar para el cuello de su camisa mientras Rob lo conducía a la zona cero.

Acto seguido, el señor Montgomery hizo que Rob le sujetara el cubo mientras que él esparcía el aserrín sobre el almuerzo regurgitado de Abby. La visión del suave aterrizaje del aserrín sobre aquel desastre no le vino demasiado bien al estómago de Rob, quien acabó por vomitar encima de todo aquello.

Rob carraspeó para aclararse la garganta.

—Solo queremos hacerle una pregunta, señor Montgomery.

Se produjo otra pausa antes de que la puerta se abriera de par en par. Allí estaba el señor Montgomery con su habitual overol de trabajo de color azul y su barba gris enmarañada que le rozaba el cuello del traje.

—A ver, empieza de una vez, que tengo cosas que hacer.

—Mmm... —Rob miraba fijamente al señor Montgomery. Me temí que estuviera viendo en su cabeza las imágenes del aserrín cayendo sobre el vómito, y no quise ni pensar en lo que eso provocaría en su estómago, así que intervine de inmediato.

—Estamos buscando ratas. Preferentemente muertas.

El conserje del instituto se me quedó mirando como si le acabara de pedir una rata muerta.

—Es para un trabajo de la clase de Biología —desde luego que no soy un mentiroso crónico, pero hay veces que una mentira inofensiva resulta mucho más sencilla que intentar explicarle la verdad a alguien a quien, para empezar, le da exactamente igual.

—Ratas —dijo el señor Montgomery.

—Claro —dijo mi intrépido camarada, que había vuelto a recuperar el habla—. Hemos pensado... bueno, fue idea mía... pero hemos pensado que usted seguramente les pondría trampas. ¿Ha capturado alguna en estos días?

—Este instituto no tiene problemas de plagas —respondió tajantemente el señor Montgomery.

—Vamos, díganos ya —dijo Rob—. Todo el mundo sabe lo que hacen en la cafetería. Tiene que haber...

—Este instituto no tiene problemas de plagas.

—¿Ni siquiera una rata pequeñita? —le pregunté.

El señor Montgomery se cruzó de brazos.

—Este instituto pasa la inspección semestral con la calificación máxima. No tiene ningún problema de plagas.

Un movimiento en el suelo me hizo bajar la vista. Una cucaracha enorme de color café pasaba veloz junto a la bota del conserje. Él siguió la dirección de mi mirada y de inmediato levantó el pie y lo bajó dándole al zapatazo al bicho, que crujió bajo su bota. Aún tenía los brazos cruzados.

—Como estaba diciendo, chicos, tengo cosas que hacer.

Nos dimos la vuelta a regañadientes y nos dirigimos de regreso a las escaleras. Cuando llegamos a lo alto, miré hacia atrás y me fijé en que el señor Montgomery no se había movido.

Una vez de regreso en la brillante luz fluorescente del pasillo, Rob me miró y se encogió de hombros.

—¿Plan B?

Asentí.

—Plan B.

Era un largo paseo en bici desde el instituto hasta Los Pájaros, pero aquella era la única tienda de animales que había en el pueblo. Paramos junto a la acera, subimos las bicicletas y las dejamos al lado de la entrada. Cuando me disponía a abrir la puerta, Rob echó un vistazo en unos botes de basura destapados que había en la banqueta. Su mano salió disparada para tirar de mí hacia atrás.

—Oye, mira esto.

Metió la mano en un bote de basura y sacó una caja del tamaño de una consola de videojuegos. Era de color rosa con un lazo blanco pintado alrededor. En la tapa decía «Un regalo para ti...» escrito con una letra muy de niña.

—¿Qué te parece? —me preguntó Rob.

—No creo que sea su color —le dije sin haber soltado aún la manija de la puerta.

—No. Me refiero a que es del tamaño perfecto, ¿no crees?

—Rob, la acabas de sacar de la basura. Huele a perfume y a... hamburguesas con queso.

Resultaba difícil no notar el aire triunfal en su sonrisa.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Meter la rata muerta en tu bolsillo?

Mis pensamientos no habían llegado tan lejos.

—Bien pensado. Llévatela.

Sonó el *ding* de una campanilla cuando abrimos la puerta, y toda una batería de olores desconocidos me atascó la nariz. A pesar del nombre de la tienda, Rob estaba seguro de que vendían todo tipo de animales, y, dada la variedad de aromas que nos recibió, me imaginé que había acertado.

Un hombre joven que había detrás del mostrador levantó la mirada de una revista y se subió un poco los lentes por la nariz.

—¡Eh, hola!

Le hice un gesto con la barbilla mientras paseaba y miraba las jaulas de los animales. Muchos pájaros. Lagartos. Hámsters o jerbos. Peces. Serpientes pequeñas. Y una tarántula.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, chicos? —preguntó con entusiasmo el joven del mostrador.

Miré a Rob y decidí que sería mejor que esta vez yo hablara.

—¿Tiene ratas?

—Desde luego —el joven se dirigió a una de las paredes laterales y tomó una pequeña jaula de acero de una de las estanterías superiores. La trajo consigo y la dejó sobre el mostrador—. Estas, mis queridos amigos, son unas ratas encapuchadas domésticas. Muy jóvenes todavía, pero ya tienen un buen tamaño.

Me incliné un poco y miré dentro de la jaula. Había dos ratas, y ambas se movían con pequeños pasos vacilantes. No paraban de arrugar el hocico para olisquear el borde de la jaula. Tenían el cuerpo blanco, y era como si les hubieran metido la coronilla en chocolate.

—Son machos los dos y están muy sanos —prosiguió el joven.

Mmm, ¿cómo continuar a partir de ahí...?

—Es una pregunta un poco rara, pero ¿se les ha muerto alguna rata últimamente?

De pronto, el joven pareció preocupado.

—No. ¿A ti sí? ¿No me digas que hay algo contagioso por ahí? —apartó un poco la jaula, como si yo fuera a estornudarle encima.

—No, no, es solo que, a ver... estamos buscando una rata muerta.

—¿Se te ha muerto una rata?

—No, yo nunca he tenido una rata.

—Entonces, ¿de quién es la rata muerta que estás buscando?

—De nadie. Solo buscamos una que esté muerta.

—Ah, pues yo de esas no tengo. Yo conservo a todos mis animales vivos.

—¿Y qué pasa con las serpientes? —intervino Rob—. Las grandes. ¿No tienes animales muertos para alimentar a las serpientes grandes?

El joven hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La mayoría de las serpientes grandes come ratones muertos —miró nervioso hacia las demás jaulas que había en la pared—. Ratones muertos *congelados*. Yo no tengo, pero puedo pedir alguno para ustedes, si quieren.

—¿Cuánto tardarían en llegar? —le pregunté.

—Alrededor de una semana.

Ya notaba cómo la fecha tope de la chica del Mustang se posaba sobre mi cabeza. Quería el trabajo para hoy. Me imaginé cómo los cincuenta dólares desaparecían del cajón de los calcetines al dar la medianoche.

Rob chasqueó los dedos de repente y señaló a las ratas encapuchadas domésticas.

—Oye, ¿cuánto vale una de estas?

El joven tiró de la jaula hasta que la presionó contra su cuerpo.

—Quince dólares. ¿Por qué?

Rob me miró y se le pusieron los ojos como platos. Hizo un leve gesto con la barbilla hacia la jaula. Ya sabía lo que estaba pensando. Quince dólares. Incluso con los cinco que le pagaba a él, aquello seguiría dejándome un margen de beneficio de treinta dólares. No era mucho, pero el tiempo corría.

Aun así, yo también sabía que una rata viva no transmitiría el mismo mensaje exactamente, y mi clienta había sido muy específica, lo cual significaría que tendríamos que... bueno, liquidar a la rata. Me agaché y miré dentro de la jaula. Esta vez, una de las ratas se quedó muy quieta. Movía los bigotes y le temblaban todos los pelos del cuerpo. Era como si sus ojos negros y brillantes me estuvieran suplicando.

Veamos, yo no he sido nunca una persona a la que le gusten mucho los animales. Supongo que es lo que te pasa cuando creces en un departamento, pero tampoco es que me dedique a ir por ahí pateando perros.

“No hay problema”, le dije en silencio a la rata encapuchada doméstica. Me incorporé.

—Gracias por su ayuda. Vámonos, Rob.

Rob me mostró las manos en un gesto de exasperación.

—Un momento, Quentin. Es perfecto.

Me dirigí a la puerta.

—Vamos, Elmer Gruñón, deja en paz a esos pobres animalitos peludos.

Si no el tenía el estómago para llevarme a una rata doméstica como rehén, entonces teníamos que ponernos en marcha. El tiempo se acababa.

Teóricamente, estábamos ya en el Plan C, pero no nos sentíamos bien llamándolo así. “Plan C” implicaba que no teníamos más planes en nuestro arsenal estratégico y que con este se acababa el asunto. Si no funcionaba, estaba hundido. Era más apropiado algo así como “Plan Dios te salve María...”.

Pedaleamos todo el camino hasta salir del pueblo y llegar a una zona cercada, que era más grande que un estadio de fútbol. La gigantesca cerca de malla metálica tenía en la parte delantera una única puerta con un cartel que decía “EL DESHUESADERO DE JORGE” en letras de color violeta. Estacionamos las bicicletas y entramos por la puerta abierta.

No nos habíamos adentrado ni tres pasos cuando un perro enorme nos salió al paso de un salto, como de la nada, llenando el aire de ladridos ensordecedores. Casi acabo en el suelo en mi intento de huir con manos y pies del radio de alcance de sus mordiscos. Como te decía antes, no es que me gusten mucho los animales. Los oscuros ojos del bicho estaban clavados en los míos y con cada ladrido de su hocico arrugado salía volando un disparo de babas. No tengo ni idea de qué raza de perro era, pero desde luego que parecía una cruce entre feo y maldito. Rob se encontraba ya a medio camino de su bici antes de que a mí me diera tiempo a pestañear, pero mientras me daba a vuelta para huir, me di cuenta que el perro estaba encadenado. Respiré profundo y me incorporé lentamente y enseñándole las manos para que se viera que iba desarmado y en son de paz. El perro rebajó su agresividad a un gruñido, olisqueó una piedra y me puso mala cara.

Cuando quedó claro que yo ya no formaba parte del menú, terminé de enderezarme y miré a mi alrededor.

El negocio de Jorge tenía su reputación en nuestro pequeño rincón del estado. Cuando la gente necesitaba localizar alguna pieza difícil de encontrar, fuera de lo que fuera, recorría

todo el camino hasta el deshuesadero. Era una especie de Disneylandia para los coleccionistas de basura. Yo solo había estado allí una vez, cuando mamá intentaba encontrar un motor para un Camaro de 1977. Aquel lugar estaba lleno de hileras torcidas de basura amontonada. La mayor parte era metal, mucho procedente de automóviles, pero aquello era en general un basurero impresionante. De haber tenido algo de tiempo, no me habría importado darme un paseo por allí a ver qué había.

A la izquierda había una construcción sucia de color blanco y con el tejado de latón. Una mecedora enorme de madera abandonada ocupaba la mayor parte de cobertizo, y un hombre redondo con un bigote muy poblado ocupaba la mayor parte de la mecedora. Caminé hacia él sin quitarle ojo al perro.

—Esto no es el patio de recreo —gruñó el hombre—. ¿O acaso son clientes?

—Lo seremos si encontramos lo que necesitamos —le dije. No iba a dejar que me trataran como a un niño cuando me encontraba en una misión oficial y con una agenda que cumplir.

—¿Qué buscan?

—Mmm... lo sabremos cuando lo veamos.

Después del Plan A y el Plan B, sentía ciertas reticencias a la hora de contar lo que estábamos haciendo en realidad.

—Bien —dijo el hombre, quien asumí que era Jorge—, pero anden con cuidado —señaló al perro a mi espalda—. Barbados se come a los rateros. ¡Y no rompan nada! —se carcajeó, y me dio la sensación de que hacía esa misma broma constantemente.

Me di la vuelta y le di a Barbados todo el espacio del mundo dirigiéndome en la dirección contraria. El perro me gruñó; le dejé más espacio aún. Rob seguía de pie con una pierna sobre la bicicleta.

—El perro está atado, Superman —le dije—. Vamos. Y toma la caja.

Rob vaciló, sin apartar la mirada del perro, y desató la caja rosa de la parte de atrás de su bicicleta.

Recorrimos el pasillo de chatarra más cercano, que se extendía unos cincuenta metros antes de girar y unirse con el siguiente pasillo, igual que en un supermercado. Oí que el

perro nos seguía, pero no le presté mucha atención. Aun así, después de un rato comencé a preguntarme qué longitud tendría la cadena, así que me volví para mirar. La cadena tendría unos seis metros de largo, pero el otro extremo no estaba atado a ninguna parte. Combatí una ola de pánico y me concentré en parecer tan inocente como fuera posible. Un profundo rugido surgió de la garganta de Barbados.

Rob se dio cuenta de que lo estaba mirando y echó un vistazo hacia atrás. Su cabeza salió disparada hacia adelante al tiempo que su andar se volvía tenso.

—¡Quentin! ¡Dijiste que ese perro loco estaba encadenado! —me susurró, como si no quisiera que el perro supiera que estaba hablando de él.

—Bueno, es obvio que está atado a una cadena —yo sonaba mucho más seguro de lo que me sentía—. Tú solo actúa con normalidad. Estoy bastante seguro de que los perros huelen el miedo.

—¡Exacto! Y los perros del deshuesadero se lo sirven para desayunar.

—A lo mejor este es vegetariano. Escucha, Rob, no se va a comer a un cliente. Actúa con tranquilidad, no robes nada y nos dejará en paz —dije, y me obligué a caminar con más naturalidad para demostrar mi argumento.

Continuamos avanzando y deteniéndonos para mirar los montones de basura aquí y allá, pero sobre todo mirando de reojo al perro. El animal perdía el interés en nosotros cada vez que nos parábamos, y se dedicaba a olisquear la chatarra en busca de sus propios tesoros. Cada vez que reiniciábamos la marcha, ponía tiasas las orejas y nos seguía.

Rob pareció relajarse un poco cuando quedó claro que el perro no tenía intención de devorarnos en cualquier momento, y al ver cómo al pasar los segundos le ganaba por goleada a cualquier posible fobia canina que pudiera sufrir yo.

—A ver, genio —dije—. ¿Dónde guardan aquí las ratas muertas?

Odiaba tener que reconocerlo, pero las ideas de Rob para ir a la caza de la rata muerta eran bastante buenas, aunque no hubiéramos tenido suerte todavía. Él siempre había tenido una habilidad especial para encontrar cosas inútiles aunque muy interesantes, como una vez en cuarto, cuando Rob y yo caminábamos por la parte de atrás de la escuela de primaria, donde estaba la salida de las cocinas. Rob vio algo metálico en el suelo, junto a

la base del edificio. Era un cilindro cromado de la longitud aproximada de su dedo, con una línea de complejos adornos tallados. No sabíamos lo que era, pero lucía genial, desde luego. Tenía un orificio cuadrado en lo alto, y Rob lo atravesó con una cadena y se lo puso en el cuello como un dije. Todo el mundo lo paraba en el patio para verlo.

Entonces, la subdirectora Vandenburg lo vio un día y se llevó a Rob aparte. Charlaron en voz baja durante unos minutos. Finalmente, Rob se quitó la cadena del cuello de mala gana y puso el dije en la mano a la profesora. Cuando ella se marchó, le pregunté a Rob qué había pasado. Al parecer, la subdirectora Vandenburg deseaba saber de dónde había sacado Rob el botón de la cadena del escusado del baño de profesores, y por qué lo llevaba colgado del cuello.

Yo solo esperaba que ese estrafalario talento de Rob para desenterrar basura funcionara aquel día. Y pronto.

Rob se rascaba la cabeza mientras analizaba los montones que nos rodeaban.

—Bueno, lo lógico sería pensar que en un lugar como este te encontrarías unas señales clarísimas de los sitios donde viven las ratas. A lo mejor ese saco de pulgas de ahí detrás las está asustando. Pero yo, si fuera Jorge y tuviera un problema con las ratas, seguro que tendría trampas cada... oh, no. ¡No puede ser!

Se detuvo y se quedó mirando al montón de chatarra que había a un lado. Intenté descubrir qué era lo que le emocionaba tanto, pero a mí no me parecía más que basura.

—¡Tiene que ser una broma! —se abalanzó sobre la pila, trepó sobre unos hornos y una podadora de césped para jalar de una esquina de una señal de tráfico. Se agachó para agarrarla bien y tiró con fuerza hacia arriba. La señal tenía forma de rombo y debía de medir por lo menos un metro veinte de una esquina a la otra, pintada de un naranja reflejante. En el centro del rombo, con letras gruesas negras, decía: desnivel. Barbados volvió a gruñir.

La señal seguía unida al poste metálico que alguna vez la mantuvo en pie, así que Rob tuvo que forcejear un poco para poder sacarla entera. El poste estaba ligeramente deformado, casi seguro gracias al conductor descuidado que puso fin a la monótona existencia de la señal.

—Qué bonita, Rob, pero hemos venido a buscar ratas.

—¿Estás bromeando? Esto es muchísimo mejor que las ratas. Esto es... esto es... — Rob estaba que no encontraba las palabras, lo cual era una primicia hasta donde yo recordaba.

—¿En serio quieres una señal gigante rota que dice «DESNIVEL»? —aquello ofrecía más oportunidades de insultos de las que era capaz de contar incluso, así que lo dejé en paz.

—Pero vamos, hombre. Esto es un hallazgo único en la vida, así que me alegro de haber venido contigo. ¿Cuánto crees que pedirá por ella ese hombre?

—Si tienes suerte, cinco dólares, porque ese es todo el dinero del que dispones ahora mismo.

Rob se metió bajo el brazo una porción de la señal y empezó a arrastrar el poste detrás de él. Al restregar la punta metálica por la gravilla, hacía un ruido horrible, como un montón de piedras metidas en una trituradora. Al parecer, a Barbados sí le gustaba eso. Ladraba al poste de metal e intentaba mordisquearlo. Daba muestras de alegría y saltitos a nuestro alrededor como si fuera un cachorro. Tal vez pensara que Rob le había encontrado entre la chatarra un juguete gigante para morderlo.

Rob fue arrastrando aquella señal durante casi una hora mientras levantábamos decenas de fragmentos de chatarra en busca de trampas para las ratas o de cualquier otro indicio de la presencia de roedores. Le dije que dejara la señal, que podríamos volver más tarde a buscarla, pero él estaba seguro de que alguien se la llevaría al segundo de soltarla. A mí no me pasaba por la cabeza que aparecieran dos coleccionistas de señales de desnivel en el mismo deshuesadero y al mismo tiempo. De ser así, el mundo se autodestruiría o algo parecido.

Pasada una hora y media, Rob me suplicó que hiciéramos una pausa más para darle un descanso a sus brazos.

—Esta cosa me está matando, Quentin. No voy a tener fuerzas para cumplir con mis obligaciones cuando llegue a casa, por no mencionar la tarea. Tendrás que hacerlos tú por mí.

“La tarea”.

—Oh, amigo.

—¿Qué?

—Que Abby iba a venir hoy a estudiar con nosotros.

—¿Abby? ¿Es que ha regresado de entre los muertos?

—Me encontré ayer con ella. Me dijo que necesitaba que le ayudáramos.

—Ah... conmovedor. Ojalá me hubieran devuelto mi celular. Oye, ¿por qué no vamos a ver si Jorge tiene un teléfono y así le podemos llamar y avisarle de que llegaremos tarde?

Es que lo sabía: si no aparecíamos, nos daría por perdidos. Cualquier oportunidad que tuviera de reiniciar nuestra amistad se estaba haciendo trizas y se las estaba llevando el viento. Ella tenía a Justin. ¿Qué falta le hacía tener unos amigos con los que no podía contar ni siquiera para ayudarla a aprobar la asignatura de Lengua?

Tal vez Rob tenía razón. Quizá todavía había tiempo... aunque no el suficiente para ir a estudiar y además ganarse los cincuenta dólares.

—Rob —dije desesperado—. El tiempo vuela. Va a oscurecer pronto. Tengo que encontrar una rata muerta, pedalear todo el camino de vuelta al pueblo y romper con Duke Ripling antes de hacer siquiera la tarea. Estoy empezando a estresarme un poco.

Rob me miraba fijamente, como si le acabara de decir que alguien había comprado ya su señal de desnivel y que se la estaba llevando en aquel preciso instante.

—¿Has dicho Duke Ripling?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Duke Ripling, el que está saliendo con Lisa Monaghan?

—No lo sé, supongo. Una chica que se llama Lisa y tiene un Mustang plateado precioso. Rob extendió las manos, como si a mí se me estuviera escapando algo.

—¿Duke Ripling, el rey del levantamiento de pesas? ¿Duke Ripling, el primer defensa *linebacker* al que han nombrado capitán del equipo de fútbol americano del instituto John P. Westmore? ¿Duke Ripling, el chico al que sus compañeros del equipo llaman Duke “el Destripador”? ¿Ese Duke Ripling?

Mi limitado vocabulario deportivo se encontraba aún procesando el término *linebacker*, pero estaba bastante seguro de que se trataba de uno de esos tipos gigantes que arrasan con los establecimientos de buffet justo antes del partido.

—Me parece que me voy a enfermar —le dije.

Barbados soltó un gemido.

Era como si Rob estuviera más preocupado que yo. Tal vez se preguntara quién le ayudaría a hacer la tarea después de que a mí me levantaran la tapa de los sesos a golpes con una rata muerta.

—No te preocupes, amigo —me dijo por fin—. Tal vez él quiera terminar tanto como ella.

Yo tenía las manos apoyadas en las rodillas, estaba mirando al suelo e intentaba reducir el ritmo de mi respiración.

—¿Qué tal si le llamo por teléfono en lugar de darle una rata muerta?

Rob lo pensó un instante.

—A lo mejor es taxidermista aficionado —dijo, y debió de percatarse de mi postura encorvada y de que estaba hiperventilando, porque intentó cambiar de tema—. Bueno, hablando de ratas, pongámonos en marcha. Oye, ya sé... —Rob caminó con tranquilidad hacia el perro y le dio unas palmadas—. Buen chico. ¿Sabes encontrar ratas? ¿Ratas?

Barbados se incorporó sobre las cuatro patas.

Rob arrugó la cara y se puso los dedos alrededor de la nariz como si fueran bigotes.

—¿Ratas?

Barbados ladró.

Rob comenzó a dar vueltas encorvado con su cara de rata y los dedos como bigotes.

—¿Ratas? ¿Sí? Busca. Busca a las ratas, bonito. ¡Vamos, vamos! ¡Busca a las ratas!

Barbados salió corriendo por el pasillo de chatarra, se giró un instante y nos ladró para que lo siguiéramos. Rob me miró y se encogió de hombros, agarró su señal y echó a correr. Yo sujeté el otro extremo para poder ir más rápido. Barbados se fue hasta la última fila de chatarra, retrocedió dos y se metió por un pasillo dando golpes con la cadena a diestra y siniestra detrás de él. Se detuvo hacia la mitad del pasillo y se puso a ladrar como un loco

con el hocico apuntando hacia la montaña de chatarra. Llegamos detrás de él, y los dos nos quedamos mirando hacia una tapa metálica de un bote de basura que estaba tirada en el suelo. El perro la arañaba con la pata.

Miré a Rob.

—¿Tú crees?

—Podría ser —respondió. Acto seguido levantó las manos y retrocedió un paso—. Pero es *tu* rata.

Miré a mi alrededor y encontré un palo de golf. Metí con cuidado el extremo del palo de golf debajo de la tapa del cubo de basura balanceándola. Dudé al preguntarme qué habría allí debajo. Si había una rata viva, tendría que ser rápido. La lindura de las ratitas encapuchadas domésticas era una cosa, pero una rata de deshuesadero —en forma y con malas intenciones— era algo completamente distinto.

En un solo movimiento levanté la tapa del bote de basura y alcé el palo de golf, preparado para atacar a cualquier cosa que hubiera allí abajo. Medio segundo después, tiré el palo y me llevé las manos a la nariz y a la boca.

—¡Aj! —dijo Rob.

El hedor era inaguantable. Retrocedí unos pasos antes de volver a mirar lo que había descubierto. Me quedé sorprendido. Estupefacto. Sin habla (y sin aliento) ante el milagro que yacía en el suelo, un milagro canino. Barbados nos había conducido directamente a una rata muerta. Bien muerta. Muerta como si la hubiera atropellado un coche. Muerta, pero de llevar muerta todo el día tirada debajo de una tapa de un bote de basura. Tan muerta y podrida que no puedes ni respirar porque se te frien los sesos. Y tal vez fuera el tipo exacto de obsequio en el que estuviera pensando la chica del Mustang.

Pero no, eso no lo iba a hacer. Ni loco. Si no tenía la más mínima intención de tocar a aquella rata con un palo de tres metros, menos con un palo de golf de noventa centímetros. No iba a atar esa cosa en la parte de atrás de mi bici, ni siquiera dentro de una caja. No era capaz.

Fueron necesarios varios minutos y unos seis metros de distancia para que pudiera volver a respirar con normalidad.

—No hay manera, Rob —le dije—. Me daría asco y vomitaría antes de siquiera poder transmitir el mensaje.

—No sé, tal vez eso sea bueno. También es probable que Duke se desmaye antes de poder matarte.

Medité aquello seriamente durante un minuto. Pero no, ni loco.

—Tiene que haber otra cosa, algo que no se nos haya ocurrido —me volví hacia el perro—. Eh, chico. ¿Otra rata? ¡Búscanos otra rata, perrito!

Barbados se quedó sentado e inmóvil. Me miraba con sus cejas pesadas de perro, como si le estuviera dando lata. El gruñido lo solté yo.

—Vamos, Rob, piensa. ¿Qué más puedo hacer?

—Pues... ella dijo una rata muerta, pero lo que le importa en realidad es lo que significa, ¿no? ¿Hay algo más que transmita ese mismo mensaje de "Oye, guapo, nuestra relación me importa lo mismo que este animal apachurrado. Besos y abrazos"?

De nuevo, Rob tenía en parte razón. Yo era un mensajero. Me dedicaba a eso. Si sustituía la rata muerta con otra cosa equivalente, seguiría cumpliendo el objetivo, ¿no? Era el mensaje final lo que importaba, ¿verdad? La clienta podría no llegar a enterarse siquiera. Tal vez.

—Bien, entonces, ¿qué podemos usar? —le pregunté—. ¿Qué podemos encontrar en los próximos quince minutos que resulte ligeramente más soportable que el cadáver podrido de una rata?

Otro hedor invadió de repente el aire, aunque era distinto. Asqueroso, pero más familiar. Miré a Rob, que estaba mirando al perro, que se estaba levantando de una postura forzada en cuclillas. Rob sonrió de oreja a oreja.

—Pero bueno, chico, no paras de darnos soluciones hoy, ¿eh, perrito?

Intenté respirar, consciente de que Rob, por enésima vez el mismo día, tenía razón.

—Vaya mierda —dije.

Meter la caca de perro en la cajita de regalo tenía cierta dificultad, y Barbados nos gruñó unas cuantas veces, aunque mantuvo su distancia, afortunadamente. Era como si percibiera lo crítico de la situación. Me preocupaba que el hombre de la puerta quisiera que le enseñara lo que llevaba en la caja, pero la señal de desnivel de Rob nos rescató, ya que tanto él como el hombre regordete estaban decididos a hacer un buen trato, y acordaron siete dólares con cincuenta centavos. Rob me preguntó si le podía dar los cinco que le debía, y después me pidió que le prestara los otros dos con cincuenta. Me dijo que ya se había aplicado con el cubo de nueces y que me devolvería el dinero muy pronto. Yo estaba muy ansioso por salir de allí —los montones de chatarra ya proyectaban unas sombras muy alargadas— así que le solté el dinero.

Até la cajita rosa a la parte de atrás de mi bici. Rob apoyó la señal de tráfico en su regazo e intentó mantenerla en equilibrio al pedalear con fuerza. Puso una mano sobre la señal y otra en el manubrio, y se balanceó hacia delante y hacia atrás al ir tomando velocidad hacia la carretera. Parecía un equilibrista antiguo a punto de caerse y partirse la maceta. Hice un gesto negativo con la cabeza y lo seguí.

La marcha de regreso al pueblo era lenta. A Rob le costaba mantener la estabilidad entre la bicicleta y la señal de desnivel al mismo tiempo. Perdió una vez el equilibrio de la señal y se le cayó al suelo entre una nube de chispas contra el asfalto. En otra ocasión fue él quien perdió el equilibrio y fue a parar a una zanja. Después de que nos rebasara el segundo coche con su claxon, reduje nuestra distancia para poder oírlos.

—Rob, déjame llevar un extremo de la señal —le grité.

Él se detuvo y me dijo que no con la cabeza.

—Sigue sin mí, amigo. Te estoy retrasando, y tienes cosas que hacer.

No quería marcharme y dejarlo allí solo con su número de equilibrista, pero me quedaba poco tiempo.

—Está bien, gracias. ¿Paso por tu casa y le digo a Marcus que venga a recogerte?

—No, lo que voy... ¡Ah!, Marcus, es verdad —apoyó la señal en el suelo y hundió la mano en el bolsillo de sus jeans —. Me dio una nota para ti —Rob sacó una hoja arrugada de un cuaderno y me la entregó.

La tomé y me la guardé en el bolsillo de la camisa. Fuera lo que fuera aquello que Marcus hubiera querido decirme, tendría que esperar hasta que este trabajo estuviera cerrado.

—Gracias, Rob. Y que no te atropelle un camión.

—¡Ja! Tú corres mucho más peligro que yo.

No hacía falta decirlo, ya sentía una bola de temor en el estómago, como un trozo de pan seco a punto de romperse. Sabía que era bastante probable que estuviera pedaleando como un loco hacia mi perdición, pero aun así había dinero en el que pensar. Sin entrega no hay dinero. Sin dinero no hay departamento. La idea de ver nuestras pertenencias en la banqueta me impulsó para seguir adelante.

Me costó un buen rato regresar a la civilización. Me detuve en el taller un instante para contarle a mamá lo que iba a hacer. Bueno, para contarle que estaba haciendo “un trabajo” y que volvería para la cena. Si es que seguía consciente. Ni siquiera me bajé de la bicicleta y tampoco dejé que mamá se acercara demasiado, ya que el aroma de lo que sustituía a la rata muerta de mi cliente estaba empezando a escapar de la caja.

Después pedaleé hasta el barrio de Windy Terrace. Circulé por arriba y abajo de las calles estrechas y llenas de caravanas en lugar de casas buscando la dirección exacta que me había dado Lisa. Finalmente encontré una pequeña vivienda rectangular con un lecho de flores muy cuidado en la parte de enfrente: el lugar perfecto para que descansaran mis restos mortales una vez que Duke acabara conmigo.

Me temblaban las manos cuando estacioné la bicicleta en el jardín delantero y desaté la cajita rosa. “Como un profesional”, me dije a mí mismo. “Solo estás haciendo tu trabajo. A cambio de cincuenta dólares”.

Respiré profundo, carraspeé y llamé con los nudillos temblorosos a la puerta de madera hueca. La voz de una mujer me respondió a gritos.

—¡En la parte de atrás!

Doblé la esquina de la caravana y me encontré con un porche a su espalda. En las escaleras estaba sentada una mujer con el pelo salpicado de canas y despeinado. Tenía arrugas bajo los ojos y su aspecto era el de alguien mucho mayor que mi madre. Vestía un uniforme, tal vez de un hospital o de un restaurante, y de sus dedos colgaba un cigarrillo encendido.

La mujer levantó la vista hacia mí con los ojos cansados.

—¿Buscas a mi Duke? —me preguntó.

Asentí y señalé nervioso la apastosa cajita de regalo. La mujer aplastó el cigarrillo en una maceta llena de arena y de colillas de color café, después se agarró de la barandilla de las escaleras y se puso en pie con mucho cuidado. Abrió la puerta trasera.

—Duke, alguien te busca —le dijo con una voz ronca. Me echó un último vistazo y se metió en la casa.

La puerta se abrió un minuto después y se asomó una cabeza con el pelo castaño rojizo. Duke salió al pequeño porche de madera con algo en la cara que casi parecía una sonrisa.

—Hola. ¿Me traes mis nuevos tenis? —tenía una voz profunda que resonaba igual que lo haría la de un oso, claro siempre que el oso llevara hombreras y fuera alumno de último año del instituto.

Un poco intimidado, me limité a hacer un gesto negativo con la cabeza. Duke era inmenso. Por lo menos de más de dos metros y... bueno, quién sabe cuánto pesaba. Muy grande. Como un gran refrigerador, pero de esos de acero inoxidable que son el doble de anchos y tienen dos puertas, una junto a la otra. Creía que se me iba a resbalar la cajita rosa de mis sudorosas manos.

Duke asintió, como si quisiera mostrarme que entendía algo a la perfección.

—Muy bien.. Pero hagámoslo rápido. Esta noche tengo que hacer la tarea de Matemáticas, que está acabando conmigo.

“¿Qué?”. ¿Es que ya sabía que iba a venir? ¿Es que ya sabía que su novia iba a romper con él usando a un chico de primero? ¿Estaba casi sonriendo porque sabía que, como consuelo, al menos podría practicar un descuartizamiento miembro por miembro?

—¿Sabes por qué estoy aquí? —dije con una voz ronca mientras me preparaba para el primer golpe.

—Sí, claro. Por el mismo motivo por el que vienen los demás niños.

Digamos que lo dudaba mucho.

—Mmm, señor Ripling...

—Llámame Duke —sacó un marcador del bolsillo y alargó la mano hacia mí con un gesto hacia la cajita rosa. La quité de en medio de un jalón, pero era como si tanto músculo de su cuerpo no dejara de extenderse hasta que ya no me dio el brazo para alejársela más. Agarró la cajita y se quedó mirándola un instante—. Un regalo, ¿eh? El autógrafo de una estrella le dará un toque fenomenal. Le quitó la tapa al marcador con los dientes y firmó en la tapa de la caja con un garabato que parecía haber practicado de manera meticulosa. Volvió a ponerme la cajita en las manos y tapó el marcador—. Le puedes decir a ella que valdrá una fortuna cuando me nombren jugador más valioso de la liga profesional. Bueno... nos vemos, campeón.

Mi objetivo se dio la vuelta, volvió a subir por las estrechas escaleras y se detuvo un instante para mirarse las suelas de los zapatos.

—*Puf*, Duke, mmm... espera un minuto. Por favor.

Las palabras me salían a tropezones. Contuve el aliento por miedo a haber sonado muy confianzudo. Su cabeza giró sobre ese cuello que tenía el grosor de un poste de teléfonos y me miró. Su pequeña sonrisa había desaparecido.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta y continué.

—Eeh, el autógrafo es genial, en serio, o sea, muchas gracias. Pero es que he venido a hablar contigo de una cosa.

Se quedó inmóvil, como una roca. De verdad. Me miraba de la misma forma que miraría al *linebacker* del otro equipo que estuviera frente a él, o comoquiera que se llame el jugador que se pone del otro lado de la línea de defensiva.

“Estoy a punto de morir”.

Me aclaré la garganta.

—Tengo un mensaje para ti. De Lisa.

La mano se le cayó como muerta a un costado. La puerta se cerró de golpe. Se giró lentamente y ya no me volvió a mirar como si yo fuera un chico cualquiera.

—Eres tú, ¿verdad? —la resonancia del oso había desaparecido. Su voz sonaba hueca. Era la misma mirada de desesperación que me había lanzado la chica de la cabra, solo que algo más violenta—. Eres el Mensajero de los Corazones Rotos y te ha enviado Lisa.

La cara se le puso roja de repente. Le tembló la mandíbula. Apretó los puños. Un horrible grito surgió de su garganta, algo entre bárbaro y animal. Sus ojos descendieron sobre la maceta-cenicero, que estaba en lo alto de las escaleras. La tomó como si fuera una piedrita y la levantó por encima de su cabeza. Me tropecé hacia atrás cuando la maceta se estampó a medio metro frente a mí, sobre el camino de cemento. La arena, las colillas y los fragmentos de loza me cayeron sobre los zapatos. La adrenalina me recorrió las venas y me aparté, listo para salir huyendo hacia la esquina de la caravana y poner cierta distancia entre nosotros.

Volví a mirarlo una vez más, como esperando que se me lanzara a la yugular. Justo cuando mis ojos se encontraron con los suyos, la ira se desvaneció de su rostro, él se derrumbó y se sentó en el escalón más alto, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la frente apoyada en los brazos.

Y entonces, Duke Ripling, aquel oso pardo de la manada de los hombres de pelo en pecho, lloró como un niño.

Unos sollozos con fuertes vaivenes del pecho y unos sorbetones de campeonato, húmedos y cargados de babas. Todo su cuerpo daba sobresaltos mientras lloraba. No se contuvo... tal vez no podía. Estoy seguro de que los vecinos lo escuchaban, pero siguió y siguió, como un huracán.

Mi trabajo estaba hecho. Mensaje transmitido. Quizá el resultado incluso sorprendiera a mi clienta, y le hubiera gustado enterarse de aquello. Todo lo que quedaba por hacer era

colocarle la cajita autografiada a sus pies y decirle: “Un partido difícil, campeón. Habrá más suerte la temporada que viene”.

Pero no podía. Igual que con la chica de la cabra. Era tan simple como que no era capaz de dejar solo a alguien que estaba, digamos, lloriqueando. Sin embargo, este caso era un poco distinto del de la chica de la cabra. Ella era linda. Era una chica. Una damisela en apuros. Este chico era una bestia.

Di unos pocos pasos hacia él y aguardé una reacción. Al no producirse ninguna, caminé con mucho cuidado hasta Duke y me senté a su lado en las escaleras. El huracán estaba calmándose. Más sorbetones llenos de mocos y menos sollozos. Dejé la caja en las escaleras, a un lado, y esperé. No me pareció que la situación requiriera un abrazo, la verdad. Era probable que a los jugadores de fútbol americano prefirieran los choques de cabeza contra cabeza o algo así, creo yo.

Por fin levantó la cabeza. Tenía los ojos hinchados y brillantes. Se secó las lágrimas de las mejillas. Respiró profundo entre unos pocos temblores y se limpió la nariz con la camisa.

—Siento que hayas tenido que ver esto, Rompecorazones —dijo finalmente—. Supongo que, a estas alturas, ya estarás acostumbrado.

Hice un gesto vago de asentimiento.

—Está bien, amigo. Tienes que soltarlo.

Suspiró y siguió hablando con voz aún débil.

—Lo veía venir, ¿sabes? Intenté impedirselo, hacerla entrar en razón, pero no escucha. Cree que la estoy engañando, pero no es así. Solo es algo que tenía que hacer —me contó, y recordé que Lisa había dicho algo al respecto de aquel agravio—. Si no logro mejorar mis calificaciones en Matemáticas, no podré jugar. Me lo advirtió el entrenador. El director no hace excepciones, así que me estoy esforzando en ello, ¿sabes? Encontré una profesora particular, una de las de primer año del instituto, una niña que es muy agradable y muy lista. Y tengo que pasar tiempo con ella, por supuesto. ¿Cómo voy a mejorar mis calificaciones de otra manera, amigo? Pero no ha pasado nada: es una amiga que me está ayudando, eso es todo. No hay nada más.

—¿Has hablado con Lisa de esto? —le pregunté.

Duke elevó la mirada a las estrellas, que parecían especialmente brillantes.

—Lisa no escucha. Solo ve lo que quiere ver, y no lo que hay aquí dentro —se dio unos golpecitos en el pecho—. Aquí dentro solo está ella. No hay nadie más.

El vecindario estaba en silencio, como si todo el mundo estuviera de luto por Duke “el Destripador”. Observé al gigante que tenía sentado a mi lado, en las escaleras. Parecía sincero. Parecía que la estaba pasando muy mal, y me pregunté si su historia sería cierta, si él tenía sentimientos solo hacia Lisa y si ella estaba cortando a un chico dedicado total y absolutamente a ella.

—Lo siento —le dije. Y así era. No lamentaba haberle llevado el mensaje, pues, al fin y al cabo, eran solo negocios, ¿no? Pero sí lo sentía por él, sentía que todo aquello hubiera pasado. Parecía que con un poco de comunicación se habrían aclarado las cosas... con un tipo diferente de “comunicación”.

Duke se volvió a secar los ojos.

—Está todo bien, compañero. Gracias por escucharme. Eres un buen tipo, Mensajero.

Cerró el puño y lo puso frente a mí. Le di un toque con el puño encima del suyo, y él hizo lo mismo con el mío. Volvió a mirar a las estrellas, inhaló como si estuviera oliendo algo y arrugó las cejas.

—Oye, chico, me parece que has pisado mierda de perro.

Cuando me marché de la casa de Duke un poco más tarde aquella noche, todavía cargaba con la cajita llena de excremento. No había tenido valor para dejársela a Duke, así que en lugar de eso la tiré en el bote de basura del vecindario antes de largarme.

Aún tenía que hacer una parada más, aunque ya era bien pasada la hora de la cena. A unas pocas manzanas de mi departamento, estacioné la bicicleta en el camino de acceso a una casita de una sola planta con un jardín muy ordenado. Llamé a la puerta.

Escuché el golpeteo de unos pies y después vi cómo se agitaba una cortina detrás del cristal de la puerta. Los ojos negros y redondos de Katie, la hermana menor de Abby, me miraron durante un segundo muy breve.

—¡Abby! —resonó su voz amortiguada—. Vino a verte un chico, el que *no* es tu novio. Miré al cielo y fingí un repentino interés en la fase actual de la luna.

La puerta se abrió un momento después. Abby asomó la cabeza por la rendija.

—¿Sí? —me preguntó con la boca pequeña.

—Hola, Abby. ¿Qué tal?

—¿Que qué tal? Oh, fantástico, todo va maravilloso. A pesar del hecho de que me pasé la tarde rompiéndome la cabeza contra la mesa intentando hacer sola la tarea de Lengua.

—Claro. Oye, lo sentimos mucho. Estuvimos ocupados con un trabajo que nos llevó hasta el deshuesadero de Jorge —me preparé mentalmente para el interrogatorio que se avecinaba.

—Ajá. Un trabajo. ¿Qué tipo de trabajo? —no sé cómo, pero la pregunta sonaba como si fuera una acusación.

“Mucho cuidado por dónde pisas, Quentin”.

—Fue un... trabajo de investigación.

—Ajá. Un trabajo de investigación. ¿Y encontraron lo que necesitaban?

—Sí, pero nos llevó un buen rato. Obviamente.

Abby estudió mis ojos. Los escrutó. Me sentí como una masa pegajosa en una caja de Petri.

—¿Sabes? —me dijo—. Todo el rato que pasé sentada allí sola, en la mesa, no paré de repetirme que como me hubieras dejado plantada por largarte a romperle a alguien el corazón, pasaría una temporada muy, muy larga sin hablarte. Por lo menos hasta la próxima celebración del Día del Presidente. No estuviste ocupado con ninguno de esos rollos del Mensajero de los Corazones Rotos, ¿verdad?

“¡No respondas! Evita la pregunta”.

—Abby, Rob y yo fuimos al deshuesadero, solos. Y no es que haya muchos corazones que romper por allí. Solo ratas y perros que cuidan el basurero, ¿sí? —le dije. Ella siguió escrutándome un poco más—. Oye, estoy aquí, ¿o no? Vine directo a tu casa. Ni siquiera he cenado todavía.

Abby desconectó sus rayos X inquisidores, aunque lo hizo a regañadientes.

—Ya lo sé. Por eso, si Rob y tú tienen suerte, tal vez me digne a honrarlos con mi presencia más adelante, esta misma semana.

Le hice una reverencia de broma.

—Será un honor para nosotros.

—Estoy haciendo algunas cosas con Justin, y mañana tengo clase de Fotografía... así que espero que nadie me cause problemas con algún “trabajo”. Buenas noches, señor Chinetti —observé un vistazo fugaz de su hoyuelo justo antes de que cerrara la puerta.

Cuando me di media vuelta, me sentía realmente afortunado. No todas las noches te enfrentas a un oso y a una gata salvaje y sales librado sin un solo rasguño.

Ahora que daba por finalizado el día, pedaleé despacio camino al taller de Mick, subiendo y bajando de la acera bajo la luz de los faroles. No paraba de revivir una y otra vez la experiencia con Duke Ripling. Intenté quitármela de la cabeza, pero no me dejaba en paz, como un trozo de palomitas de maíz que se te queda pegado en los dientes. Había hecho un buen trabajo. Cincuenta dólares, menos los cinco de Rob y los otros dos con cincuenta que le había prestado, y que seguramente no volvería a ver nunca. Había salido

de esa sin un ojo morado, con todos los huesos intactos y solo con el zapato un poco sucio de ceniza de cigarro.

Aun así, por vez primera desde que arrancó mi aventura empresarial, sentía algo que me esforzaba mucho por evitar: culpa.

Ya me había dicho a mí mismo un centenar de veces desde que me marché del porche trasero de Duke que nada de aquello era culpa mía. No era mi culpa que Duke reprobara en Matemáticas. No era mi culpa que Duke hubiera elegido a un encanto de chica de primero como profesora particular de mates en lugar de a una matada del Club de Trigonometría con la cara llena de granos. No era mi culpa que su novia fuera incapaz de razonar y que hubiera decidido poner fin a su relación a sangre fría por medio de un chico que se estaba convirtiendo rápidamente en una leyenda. No era culpa mía en absoluto.

Pero ahí estaba la culpa, merodeando como si fuera en busca de un cómplice. Y no me podía imaginar por qué.

Me acerqué a las plataformas del taller de Mick y bajé la pata de la bici. Pude ver a mamá al otro lado, frotándose las manos con el jabón naranja de piedra pómez. Era la noche en que salía temprano y se estaba preparando para marcharse. No me había visto, así que me quedé allí detrás, observando, pensando en lo hambriento que estaba.

En ese momento, junto al lavabo de acero inoxidable, hizo algo que hasta entonces solo la había visto hacer una vez, tal vez dos. Y encajaron unas cuantas piezas de mi rompecabezas mental.

Mamá nunca pierde el tiempo hablando sobre papá. No se regodea compadeciéndose de sí misma ni se preocupa de que todo el mundo se entere del asco de vida que lleva. Nunca mencionaba que deseaba que las cosas fueran distintas, al menos en voz alta. Sin embargo, mientras la observaba, se enjuagó el jabón áspero de las manos y se las secó, con aquellas medias lunas negras aún bajo las uñas. Luego sacó dos anillos de su bolsillo. El primero era uno de plata que yo le había regalado en Navidad, y el otro lo tenía ella desde su época en el instituto. Se puso uno muy despacio en el dedo anular, en el sitio de la alianza, y

extendió la mano para mirarlo. Tenía una expresión de anhelo, como si lo mirara desde detrás de una vitrina en una joyería.

Fue solo por un instante. A continuación pasó el anillo a la otra mano y apagó la luz que había junto al lavabo.

Y comprendí de dónde procedía mi sentimiento de culpa. De saber que mi padre, a su manera, también fue un rompecorazones.

Al día siguiente de mi visita a la casa de Duke, me encontraba sentado en la mesa de picnic al final del camino de álamos junto al negocio de Mick. Abby estaba en su taller semanal de Fotografía, con su madre. A Rob lo habían castigado por quedarse dormido en la clase de Historia del señor Hogan, y yo estaba valorando cuál era la mejor opción para escapar del país.

“México está más cerca”, me dije, “pero no hablo español. ¿Por qué elegí alemán este año en lugar de español? ¡*Dummkopf!* Me podría largar a Canadá, pero eso me supondría un paseo muy largo en bicicleta”.

Me quedé mirando fijamente el trozo arrugado de papel que descansaba sobre mi libro abierto de Álgebra: la nota que Rob me había entregado el día anterior después de lo del deshuesadero. Léí por enésima vez aquellas palabras escritas con la descuidada letra de Marcus.

Q., Gunner anda por ahí preguntando por ti. Ten cuidado.

Gunner. La Bestia. La chamarra de cuero. La navaja automática. La sonrisa del león.

“Lo descubrió. Sabe que fui yo. El pánico me oprimía por dentro. ¿Por qué demonios intentaría yo enfrentarme a un tipo como Gunner? ¿En qué estaba pensando?”.

Inhalé profundamente... y eché el aire. Y otra inspiración más. “No te precipites. A lo mejor no lo sabe. A lo mejor solo quiere preguntarte si has visto su librito negro. A lo mejor tiene ya otra novia y quiere romper con ella. Él dijo que podría ser mi mejor cliente.”

Intenté apartar la idea de Gunner persiguiéndome. Rompí la nota y me metí los fragmentos en el bolsillo. Saqué un lápiz y estudié los números de mi libro de texto. Las pistolas neumáticas rechinaban dentro de las plataformas del taller, y me esforcé por no deformar aquel sonido mentalmente hasta convertirlo en el rugido de una motocicleta.

Me obligué a zambullirme en un mar de variables, para pensar en otra cosa.

$3a + 4b = 17$. Tanto a como b son números enteros. ¿A qué equivalen?

Mi mente comenzó a relajarse por fin y se puso a divagar. Antes de darme siquiera cuenta, me encontraba anotando en el cuaderno una serie de números totalmente distintos: veinte por Melissa. Cincuenta por Carmen, menos quince de las flores y los bombones. Treinta por la chica de Ty. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, LaTisha. Gracias a ella, ahora tenía pesadillas con que se me quedaba atrapada la mano entre las fauces de un cocodrilo de esos que dicen que viven en las coladeras.

Terminé la lista y sumé el total pensando en el fajo que tenía guardado en un calcetín de rombos dentro del cajón y en mamá pagando la renta en unos pocos días. Había ganado algo menos de doscientos dólares, que no estaban mal para el dueño de un negocio de medio tiempo que a la vez intenta mantenerse al día en los estudios, aunque había albergado la esperanza de poder pagar por lo menos la mitad de la renta. Tal vez tuviera tiempo todavía. Intenté imaginarme la cara que pondría mamá cuando yo entrara más ancho que largo en la cocina y soltara un par de cientos de dólares. Sacaría el jugo de naranja del refrigerador, le daría un trago y diría: “Eso es para la renta. Solo quiero poner mi parte, ya sabes”.

—Eh, Quentin. ¿Qué pasa?

Levanté la cabeza de golpe y el cuerpo se me puso tenso. Justin Masterson venía hacia mí a través del estacionamiento con su leve pero irritante pavoneo raspando los pies contra el cemento. De repente, el aire olía a champú. Me relajé un poco. Al menos no se trataba de Gunner.

Pasé una página en mi libro de texto, muy interesado de pronto en las variables.

—Nada. Abby no está aquí.

—Sí, ya lo sé. Está en no sé qué clase con su madre.

“Sí, claro, porque da la casualidad de que es un taller de Fotografía en el Centro Cívico al que asiste todos los miércoles de tres a cinco”, añadí en silencio. Garabateé una respuesta en el número diez de mi tarea.

Justin se sentó enfrente de mí. Lo miré y después copié el reactivo número once del libro de texto.

—Álgebra, ¿eh? —me dijo—. Ese rollo puede ser mortal. Intentar despejar todas esas incógnitas, sacar el valor de cada una. Y después, cuando cambias una, de repente todo se mueve.

Me encogí de hombros.

—No es para tanto.

Justin guardó silencio durante un rato más antes de volver a hablar.

—¿Sabes? Hay mucha gente que está hablando de ti por ahí estos días.

Me dio un vuelco el corazón. Garabateé algo, cualquier cosa, en mi papel sucio. No levanté la mirada.

—¿Sobre mí? Me parece que te has equivocado de Quentin.

—No seas tan modesto. Todos los chismes que me llegan de los grados superiores del instituto tienen que ver con ese Mensajero de los Corazones Rotos. No le va nada mal en el negocio. Es un tipo listo.

Borré lo que había escrito y aparté los residuos de goma mientras me mordía la lengua. Desde luego que no iba a dejar que me sonsacara con elogios.

—Sé que eres tú.

Dejé de escribir. Sabía que esa información acabaría por llegar hasta nuestros salones, los de primero. La verdad era que tampoco me ocultaba detrás de una máscara y unas medias elásticas cuando hacía un trabajo. Bastaba con que algún antiguo cliente me señalara al cruzarnos en el supermercado y le dijera a su hermana de primero: “Mira, ese chico es el Mensajero de los Corazones Rotos”. Y Rob lo sabía, lo cual significaba que estaría en boca de todo bicho viviente antes del Día de Acción de Gracias. Solo que no

pensé que pudiera ser Abby a quien se le fuera la lengua, y menos, en especial, con el chico de las camisas polo.

—A propósito, no me lo ha dicho Abby, si es que ella lo sabe.

La mención de su nombre me hizo levantar la vista.

—Por supuesto que lo sabe —no pude resistir la tentación de decirlo como solo uno de sus mejores amigos lo diría.

—Tuve que investigar muy a fondo para descubrir tu identidad —Me miraba expectante.

—¿Y por qué sientes tanta curiosidad?

Desvió la mirada hacia el balanceo de los álamos.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Quién? ¿Tu hermana? —sabía que tenía una hermana mayor en el instituto.

Soltó una carcajada, corta y rápida.

—No —carraspeó—. Yo.

A mi cerebro empapado en álgebra le costó un momento darse cuenta.

—No te referirás a...

—Sí. Abby.

Algo me recorrió el cuerpo como una ráfaga de viento entre los árboles. Me dieron ganas de cerrar el puño y hacer gestos de celebración con el brazo hacia atrás y hacia adelante, y de pegar gritos de alegría. Me dieron ganas de celebrar un gol con un baile disparatado. Me dieron ganas de darle a Justin una palmadita en la espalda y gritar: “¡Sí, sí, sí! ¡Acepto el trabajo!”.

Entonces me detuve y me pregunté por qué me sentía de esa manera. Justin continuó hablando antes de que yo pudiera encontrar una respuesta.

—Ya sé que Abby es tu amiga y todo eso...

“Mi mejor amiga, en realidad, uno de los dos que tengo”.

—...pero he pensado que tal vez eso podría hacer más fácil, ya sabes, comunicar el mensaje —Justin no levantó la mirada. Lo que hizo fue quitarse unas pelusitas que tenía en la camisa.

Asentí.

—¿Y por qué no quieres romper con ella tú mismo? —no podía creer que le dijera eso a un cliente que estaba listo para aflojar su dinero.

Justin me miró con el reflejo de su pavoneo en los ojos. Hizo un gesto hacia mis libros, sobre la mesa.

—El álgebra parece que no es más que números y letras hasta que te pones a resolverlo. Entonces te das cuenta de que es bastante complicado. Romper tampoco es tan fácil como parece. Cuando se trata de tu propia novia, quiero decir. Ya lo entenderás algún día. Pero, si no te sientes cómodo haciéndolo, seguramente podré encontrar a alguien que...

Una serie de imágenes pasaron por mi mente como si fueran unos destellos: la chica de la cabra llorando como una tubería rota, LaTisha dolida y enfadada, el lloriqueo de Duke “el Destripador”. Abby con lágrimas de dolor en los ojos... y yo, su mejor amigo, esperándola con los brazos abiertos. Yo, consolándola en un momento de necesidad. Yo, diciéndole qué pedazo de imbécil es su ex novio y que ella está, sin duda, muchísimo mejor sin él. Yo, con mi vieja amiga de vuelta.

—Lo haré —le dije—. Era solo por curiosidad, nada más. Yo nunca rechazo a un cliente que necesita ayuda —en especial a este cliente.

Me preguntó el precio y se lo di.

Ya se había enterado del tema de las flores y los bombones. Le apunté para ambos.

Lo quería hecho lo antes posible, así que le dije que me encargaría de ello.

Acto seguido, Justin me dio las gracias, se dio media vuelta y se marchó como si no tuviera la más mínima preocupación.

Los pensamientos me venían a la cabeza y se me amontonaban unos encima de otros. Abby volvería por aquí para reírnos juntos de nuevo. Podríamos empezar a hacer juntos las tareas otra vez, todos los días, como en los viejos tiempos. Podríamos ir a ver estrellas fugaces siempre que quisiéramos. De todas formas, Justin y ella nunca habían congeniado. Estaría muchísimo más contenta sin él.

Cerré mi libro de Álgebra y me crucé de brazos.

“Es probable que al principio no lo tome bien. Tal vez unas lágrimas, alguna que otra maldición contra los dioses del amor. Luego estará preparada para el consuelo. Un hombro firme sobre el cual llorar. Unos brazos fuertes que la rodeen. Necesitará tener a sus amigos a su lado”.

Había un pensamiento minúsculo, sin embargo, que yo no dejaba de enviar al final de la cola: “Abby estaba a punto de que su novio rompiera con ella... y su mejor amigo era quien le transmitiría el mensaje”.

Y ahí estaba otra vez el sentimiento de culpa.

Aquella tarde me quedé mirando fijamente el teléfono durante más de una hora. A solas en nuestro departamento, sabía que tenía que hacerlo. Tomar el inalámbrico. Marcar el número. Poner en marcha el plan. Tenía que concluir pronto.

Necesitaba una hora exacta. Quedar de verme con ella. Abby podría venir a hacer la tarea al día siguiente, pero también podría no hacerlo. Podía esperar hasta llegar a clases, pero siempre cabía la posibilidad de que no me fuera posible hablar con ella, o tener la oportunidad, pero acobardarme y sonrojarme justo antes de llegar hasta ella y decirle que...

Tomé el teléfono.

Lo dejé.

"Será bueno para ella. Justin es un engreído sabelotodo. Abby se merece algo mejor. Hago esto por ella".

Lo tomé y lo volví a dejar.

Un suspiro. "Y también por los cincuenta dólares".

Agarré el teléfono inalámbrico y marqué su número.

Dio tono. Otro tono. Resistí el impulso de apretar el botón rojo para colgar.

—¿Diga? —respondió una voz de adulto.

—Hola, ¿está Abby?

—Sí, Quentin, espera un momento.

Me dediqué a contar los segundos para calmar los nervios. Un-Misisipi, dos-Misisipi, tres-Mis...

—Hola, Quentin, ¿qué tal?

Bien, aquel saludo era mucho más amistoso de lo que me esperaba después de haberla dejado plantada la otra noche. Tragué saliva a pesar del nudo que tenía en la garganta.

—Hola, Abby. ¿Cómo estás?

—Genial. Jugando Monopolio con Kate, que me está dejando en bancarrota.

—Qué bien. Mmm, oye, ¿puedes pasar por el taller de Mick mañana después de clase? Hay unas cosas que quiero que veas.

"¿Unas cosas que quiero que veas?" ¿Había perdido la razón? ¿No podía haberla preparado, al menos, para la bomba atómica que le iba a soltar?

Una pausa. Dijo por fin:

—Pensaba ir para hacer la tarea, de todas formas.

—Bien, genial.

—Asumiendo que esta vez sí acudirán, en lugar de largarse a destrozarle la vida a alguien.

Me mordí la lengua y conseguí decir:

—No te preocupes, allí estaremos.

—¿Qué tipo de cosas quieres que vea?

Unas lágrimas, un desengaño, la libertad...

—Pues cosas. Mañana te cuento. Nos vemos, entonces.

—Mmm, está bien. Te veo m...

Colgué antes incluso de que terminara de despedirse.

Abby estaba convocada.

Pero aún faltaba Rob. Si aparecía, quién sabe cómo podría salir la entrega del mensaje. Al día siguiente, en clase, le dije que tenía algunas cosas de las que debía ocuparme esa tarde.

—¿Qué tipo de cosas? —me preguntó.

—Pues cosas.

Le cambió la expresión de la cara.

—Oh. Cosas propias del Mensajero, ¿no?

Vacilé. A Rob tampoco le gustaba demasiado Justin, pero sabía que todo sería más fácil si lo manejaba yo.

—Vamos, Rob. No seas tonto.

—¿Yo? Tú eres el que prefiere pasar el tiempo con féminas llorosas en lugar de estar con tu mejor amigo.

Puse los ojos en blanco y saqué un billete de cinco dólares del bolsillo.

—Ve a la pastelería El Donut después de clases y compra una caja. Te veo en tu casa cuando haya terminado con el asunto.

Rob mantuvo los ojos clavados en mí durante un rato más al darse cuenta de que lo estaba sobornando. Luego me quitó el dinero de la mano.

—Gracias, pero será mejor que no tardes mucho. Una de tus donas sufrirá una muerte horrible cada hora que pase hasta que llegues.

—Me parece justo —la pastelería El Donut estaba al otro lado del pueblo, y bien valía la pena el viaje, además de que mantendría a Rob ocupado gran parte de la tarde.

Yo hice mi itinerario en cuanto acabaron las clases. Compré la caja estándar de bombones, principalmente porque Abby no comía mucho chocolate, así que no tenía sentido tirar el dinero con los buenos. Mientras metía la caja debajo del brazo, me pregunté si Justin sabía que no le gustaban demasiado los bombones. “Seguramente no”. En cuanto a las flores, compré el habitual ramo de crisantemos blancos. La señora de la florería El Ramillete intentó convencerme para que me llevara una variedad más bonita, rosas, o algo parecido, pero yo tampoco deseaba que Justin se colgara más mérito del que se merecía.

Y llegó la hora.

Abby no estaba en la mesa de picnic cuando llegué al taller de Mick, pero pude ver a alguien entre los álamos, sobre el puente de madera que cruzaba sobre el río. Reconocí el cabello rubio de Abby, que le caía más allá de los hombros. Respiré profundo y me dirigí hacia el camino de los álamos, con las flores y los bombones sujetos detrás de la espalda.

Me había pasado toda la tarde anterior buscando una buena e ingeniosa frase que suavizara el golpe. Había buscando incluso en los libros de autoayuda de mamá con la esperanza de dar con la solución, pero acabé con las manos vacías. Iba a tener que arreglármelas sobre la marcha.

Abby me oyó llegar. Me dirigió una mirada lenta y distraída y volvió de nuevo a mirar el río.

—Hola, Quentin.

Tal vez el sol la hubiera cegado, o quizá estuviera perdida en sus pensamientos, pero de una u otra forma, nadie diría que había reparado en nada fuera de lo normal. Llegué a su lado con el material aún fuera del alcance de su vista. De alguna manera me sentía como si estuviera a punto de cometer una maldad.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—Justin.

—Oh —me tembló la voz un poco.

Volvió a mirarme, y me giré hacia ella para mantenerlo todo oculto.

—Últimamente he estado muy preocupada por él, por nosotros —me dijo—. Ha estado enfadándose por las cosas más estúpidas, y yo estaba segura de que era por mi culpa, ¿sabes? Pero hoy fue totalmente distinto, estaba muy feliz. Tuvimos la mejor conversación durante el almuerzo.

—Ah. ¿Y de qué hablaron? —por un instante me pregunté si Justin le habría dado alguna pista de lo que yo escondía detrás de la espalda.

Abby se rio.

—De su mascota, la tortuga. Compró una pelota para que su tortuga juegue con ella, pero cada vez que Justin suelta la pelotita en su jaula, la tortuga se esconde en el caparazón. Ya le dije que en lugar de eso tenía que haberse comprado un perro.

Su última conversación como pareja y habían hablado de tortugas domésticas. Justin era un patán todavía más grande de lo que pensaba.

—Da igual —dijo Abby—. Esperemos que se haya repuesto de lo que sea que lo tenía preocupado y que las cosas vuelvan a la normalidad.

No dije nada. No podía. Era la ocasión perfecta para intervenir con un “La verdad, Abby, es que la definición de ‘normalidad’ de Justin es algo diferente a la tuya”. O, por lo

menos, podría haber hecho un gesto negativo con la cabeza y poner cara triste. Pero no, me quedé allí de pie, con los ojos como platos y la lengua hecha un nudo.

Ella debió de notar algo, porque me miró y enseguida volvió a mirarme una segunda vez.

—¿Qué pasa, Quentin?

Se fijó de pronto en la postura que tenía y estiró el cuello para ver qué tenía detrás de la espalda. En sus labios había una media sonrisa, como si se esperara que yo gritara: “¡Sorpresa!”.

—¿Qué está pasando? —me preguntó.

Abrí la boca como un títere de madera, pero no produje sonido alguno. Tenía las palabras atoradas muy hondo en la garganta, y no había quién las sacara de allí. Habían salido con Melissa, con Carmen, con la chica de la cabra y con Duke “el Destripador”, pero con la única persona que de verdad me importaba, la única persona a la que conocía a la perfección... a esa persona no podía decírselas.

No tuve que hacerlo. Llevaba escritas esas palabras con marcador negro indeleble. La media sonrisa de Abby se desvaneció. Retrocedió un paso para alejarse de mí. Mis manos cayeron de detrás de la espalda y dejaron expuestos los malditos obsequios del Mensajero de los Corazones Rotos.

—Oh, no —susurró ella. Me miró a los ojos con una súplica tan desesperada que dolía verla, y aparté la mirada—. Él no me haría eso a mí.

—Lo siento —dije con una voz ronca.

—Él no me haría eso a mí —susurró de nuevo.

Y entonces, como si acabara de darse cuenta de algo, se diría que la expresión de su cara se derrumbó más dolida aún. O tal vez fuera mi imaginación, pero las palabras que pronunció sí fueron reales.

—Tú no me harías eso a mí.

Sus ojos brillaban con unas lágrimas que no quería derramar. Una se escapó y dibujó una línea húmeda por su mejilla.

—Abby, yo...

—Mi novio le pagó a mi mejor amigo para que rompa conmigo. ¿En qué hombro se supone que voy a llorar ahora?

Durante un minuto pareció como si fuera a pegarme, o como si me fuera a tirar al río, pero no lo hizo. Se dio la vuelta con más lágrimas que se abrían paso por su rostro y salió corriendo por el camino de los álamos.

—¡Abby! ¡Espera!

Eché a correr tras ella. Había tanto que decir, tanto que explicar, tanto consuelo que se suponía que yo iba a ofrecerle. Corrí a toda prisa entre los árboles.

Abby se detuvo en seco y se giró.

—¡No te acerques a mí, Quentin! Ya no te necesito.

Aquellas palabras fueron una bofetada en la cara y volvieron a darme otra de regreso, por si acaso. Vi cómo se alejaba corriendo, cómo desaparecía entre los árboles.

No podía respirar. Solo había corrido unos segundos, pero me sentía como si tuviera a alguien sentado encima de mí, en el pecho. Los árboles daban vueltas a mi alrededor, y volví a tropezones hasta el puente.

Yo no sé cómo se siente el polvo cuando lo hacen, pero si se siente tal y como yo me sentía en ese momento, hecho polvo, no sé cómo lo aguanta. Aunque hay una cosa que sí sé: al final, el corazón del Mensajero se había roto exactamente igual que el de todos los demás.

Permanecí en el puente un largo rato ahí, mirando el agua. En algún momento debí de abrir la caja de bombones y comerme alguno, porque cuando la volví a mirar un poco más tarde solo quedaban los almendrados. Levanté mis cansados codos del barandal del puente y me dirigí hacia el taller en el crepúsculo.

Mamá estaba trabajando en un Ford Taurus. Parecía tener un problema con la bomba del agua. Dejé las flores sobre la compresora de aire junto al coche cuando pasé de largo.

—Hola, Quentin —mamá miró las flores—. ¿Son para mí?

—No —le dije mientras sacaba del congelador dos pizzas para microondas. Las metí en el horno, una encima de la otra. Volví a pasar de largo y dejé la caja de bombones abierta junto a las flores—. Estos tampoco lo eran, pero también puedes quedártelos.

Miró primero los bombones y luego me miró a mí.

—No son europeos, ¿o sí? —me preguntó. No respondí. Me fui hasta la puerta del taller y contemplé el anochecer—. Bueno, por lo menos me dejaste los que tienen almendras —y no dijo nada más. Nunca lo hacía. Nunca se entrometía.

Una vez calientes las pizzas, me senté y aguardé a que ella se sentara en la silla de enfrente.

—Te toca —me dijo.

Le di un mordisco a la pizza. El queso me quemaba en la boca, pero seguí masticando. La masa era fina y blanda.

—Terminar una relación —dije en voz baja.

Mamá asintió, como si nada.

—Muy bien. ¿Quieres empezar tú?

Al parecer sí que quería, porque antes de darme cuenta había soltado toda mi historia. Empecé con Marcus McFallen en su casa y cómo el nombre del Mensajero de los

Corazones Rotos había aparecido de la nada y se me había quedado. Le conté la verdad acerca de aquel “lavabo del baño” con el que me había golpeado en la cara. Le conté que quería ayudar a pagar la renta, le hablé de las cabras y de la chica del precioso Mustang, de lo de ir con Rob a escarbar en los montones de chatarra (lo de la rata muerta y la caca de perro le pareció increíblemente divertido). Le hablé de todos los demás mensajes entre esos. Incluso le hablé de Abby, de cómo le había destrozado la vida y de que era muy probable que ella jamás me volviera a dirigir la palabra. Le conté prácticamente todo (excepto lo de la navaja de Gunner y la notita de Marcus, porque hay cosas que no se las cuentas a tu madre).

—Bueno —dijo después de que ella terminó su pizza y yo apenas había tocado la mía—. Parece que has estado muy ocupado. Y parece que has estado ahorrando. ¿De verdad has hecho todo esto solo para ayudarme a pagar la renta?

Empecé a asentir, y de inmediato me detuve, consciente de que no podía mentirle a mi madre, no esa noche al menos.

—Pues... eso es lo que me he estado diciendo todo el tiempo. Y en verdad quiero ayudar a pagar la renta, pero, sinceramente, es probable que lo hubiera hecho aunque no hubiera escuchado tu conversación telefónica. La gente siente respeto por el Mensajero. Tiene poder. Supongo que eso me gusta.

Mamá estudió la expresión de mi cara con una sonrisa silenciosa.

—Me alegro de que yo no haya sido la única motivación. Odio tener que decírtelo, Quentin... bueno, no, me alegro mucho de decírtelo... no tenemos problemas con la renta. Gano lo suficiente aquí, en el taller de Mick, y eso no va a cambiar de inmediato.

De repente, los sucesos del día se quedaron en pausa mientras intentaba comprender sus palabras.

—Pero si te oí decir...

—Lo que oíste fue parte de una conversación que mantuve con tu tío Ethan —echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro—. Le he estado dando vueltas a la idea de abrir mi propio taller. Ya sabes, emprender mi propio negocio. Se lo conté a Ethan solo para tener una segunda opinión, pero la cosa en esto es que yo nunca conseguiría un préstamo

lo suficientemente grande para lograrlo. Aunque encontrara un local disponible con una buena ubicación, la renta por sí sola acabaría con nosotros. No era más que una idea, así que no es nada grave, pero era eso de lo que hablaba por teléfono.

Intenté rebobinar mi memoria y reproducir la conversación que escuché desde esta nueva perspectiva.

—¿Quieres decir que no tenemos problemas para pagar nuestra renta?

Negó con la cabeza.

—Ni el más mínimo de los problemas.

—¿Y qué pasa con el recibo de la luz?

—Soy un desastre a la hora de acordarme de pagar los recibos en su plazo. Te aseguro que ese no era mi primer aviso de «fuera de plazo».

Mi cerebro no paraba de darle vueltas a todo aquello. No estaba muy seguro de si debía enfadarme por haberme preocupado tanto para nada, o alegrarme porque aún tenía un montón de dinero guardado que ya no hacía falta para pagar la renta.

Mamá alargó el brazo y me levantó la barbilla con la mano.

—Pero me parece un detalle maravilloso que tengas un fajo de billetes guardado en el cajón de los calcetines solo para colaborar con la casa. Eres una buena persona, Quentin.

Resoplé.

—Las buenas personas no le hacen daño a sus amigos —miré a los ojos de color castaño claro de mamá—. ¿Tú crees que lo arruiné todo? ¿Crees que Abby volverá a hablarme alguna vez?

—Mmm... —mamá se recostó en su silla y cruzó los brazos—. ¿Cuánto tiempo hace que son amigos?

—Desde segundo.

—¿Y has sido tú o ese tal Justin el que se ha comportado como un cobarde egoísta?

Vacilé.

—Pues... los dos, supongo. Por diferentes razones.

—Que no se te olvide decirle eso a Abby. A una chica le gusta que un chico reconozca cuando se ha comportado como un imbécil.

—¿Y cómo se lo digo? —mi especialidad, al fin y al cabo, no eran los mensajes de disculpa.

—Bueno, tal vez no resulte fácil, pero sé sincero. Cuéntale lo que llevas en el corazón. Así no te puedes equivocar. Pero Quentin —se inclinó para acercarse—, te doy una pista. Una rosa. Nada de crisantemos. Una rosa bien bonita. Da igual el color, con un listón atado en el tallo. ¿Lo captas?

Asentí despacio.

—Me parece que sí —por alguna razón, me encontraba de repente hambriento. Me lancé sobre la pizza.

Y ella me lanzó a mí una de sus miradas de madre. Nos quedamos en silencio durante un largo rato. Después, mientras ella miraba hacia la oscuridad del anochecer en el exterior, me dijo:

—¿Sabes? Tu padre también se dedicaba a romper corazones.

Dejé de masticar. Ni me moví, a la espera de ver si proseguía. Pero casi esperaba que no lo hiciera. No deseaba que me confirmara los rasgos que había heredado del señor Chinetti. De tal palo, tal astilla.

Mamá se mordía una uña distraídamente.

—Enamoraba a las chicas y las dejaba. Era guapo, un tipo duro y encantador, y dejó un buen rastro de corazones rotos a su paso. Cuando le eché el anzuelo, me convencí de que sus días de rompecorazones se habían acabado, que yo sería quien lo domara, quien lo haría sentar cabeza. Pero era joven, probablemente demasiado joven para saber dónde me estaba metiendo.

—¿Desearías haber sido más grande cuando, ya sabes, cuando te fuiste con él?

—No lo sé —aún tenía la mirada perdida en la nada, como si intentara rescatar una imagen de algún lugar en el pasado—. Tal vez mi edad lo hubiera cambiado todo, o tal vez nada. En cierto sentido, pienso... siempre lo he pensado y todavía lo pienso, que estábamos destinados a estar juntos, él y yo. Pero eso es lo más curioso del destino: las decisiones que toma la gente son lo único que lo puede fastidiar. A tu padre se le daba muy bien hacer reír a los demás, y también fastidiar las cosas.

—¿Cómo lo... cómo rompió contigo? —no sabía de qué manera formular la pregunta. Sabía que mi padre había agarrado sus cosas y se había largado cuando yo tenía seis años, pero nunca me habían contado cómo lo había hecho exactamente. Sin embargo, ahora que ya era un experto en el arte de romper corazones, sentía una repentina curiosidad.

Mamá estudió mi cara y volvió a mirar a la oscuridad.

—A mí me rompió el corazón exactamente igual que a las otras, sin mirar atrás. Salimos una noche a ver una película. Era una romántica; la escogí yo. Justo entonces debí haberlo sabido: él nunca me dejaba escoger la película. Nos tomamos de la mano y nos besamos. A la mañana siguiente, me levanté y ya no estaba. Su ropa ya no estaba. La mitad de la comida de la alacena ya no estaba. En la mesa de la cocina había un billete de veinte dólares y una nota escrita en una servilleta: «Lo siento, nena, es hora de pasar página» — los ojos de mamá empezaban a brillar ante la luz fluorescente del taller—. Veinte dólares. Y yo con un niño de seis años y sin trabajo.

Permanecimos allí sentados digiriendo aquel fragmento de historia familiar junto con nuestras pizzas congeladas y precocinadas.

—Por lo menos no te dio una rata muerta —dije por fin.

Mamá se rio.

—O una cajita rosa llena de caca de perro —añadió, y empezó a partirse de risa de verdad, con los brazos alrededor del cuerpo, llevándose las manos a la boca, con ronquidos y gritos ahogados de risa en estado puro. Me reí con ella, madre e hijo. Nuestras risas rebotaron por las paredes del taller y salieron al estacionamiento. Y vi de repente que mamá también estaba llorando. Le caían las lágrimas por las mejillas sin parar de reír. Y te juro por mi vida que no sé si lloraba de felicidad, si lloraba de pena, o si lloraba sin más.

Me encontré con Rob al día siguiente, en la hora del recreo. Hizo como si no me viera, incluso después de que yo le dijera “Hola”. Me encogí de hombros y me senté a su lado. Desenvolví mi sándwich de crema de cacahuete con mermelada sin hacerle caso al silencio. De todas formas sabía que yo era capaz de aguantarlo más tiempo que él.

Cuando me metí en la boca el último fragmento de pan, Rob —que seguía mirando al frente— dijo:

—Me parece que alguien de esta mesa me debe una disculpa.

Miré hacia el otro extremo, donde había otros chicos sentados comiendo.

—Sí —dije en voz baja—, pero ya sabes lo tonto que puede ser Ricky. Creo que te va a tocar esperar un rato.

Rob no me miró, pero le temblaron los labios mientras intentaba evitar una sonrisa.

Saqué la manzana y arrugué la bolsa vacía de papel.

—Lo siento, Rob, pero tú te ganaste una caja entera de donas con esta entrega. Aunque te dejara plantado, tampoco tienes mucho de qué quejarte.

Rob se quedó pensando en eso un instante, asintió y atacó su almuerzo.

—¿Y dónde estuviste anoche, entonces? —me dijo con la boca llena de papas fritas.

—Ocupado haciendo cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Pues cosas.

—¿Cosas del Mensajero?

—Sí. Más o menos.

—¿Quién era la víctima esta vez?

Suspiré al pensar de nuevo en lo que había hecho.

—No quiero hablar de eso.

—Vamos, amigo, dame una pista. Algo para que adivine.

—Ahora mismo no. Quizá más tarde.

—¿Antes o después de que te arrastres a los pies de Abby y le supliques como un perro que te perdone por ser un patán de primera?

Me volví lentamente hacia él.

—¿Cómo te enteraste?

Hizo un gesto de indiferencia.

—Soy un hombre informado. Tengo mis contactos.

—¿Has hablado hoy con Abby?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes lo que pasó?

—Hablé con Abby anoche.

—Ah. ¿Dónde te la encontraste?

Rob abrió a la fuerza su licuado de chocolate.

—No me la encontré. Llamó a la puerta de mi casa mientras cenábamos.

—¿Llorando?

—Tenía los ojos húmedos y la nariz roja, pero podía haber sido una alergia o algo así.

—¿Qué te dijo?

—Vamos, me parece que ya sabes lo que me dijo. Me lo contó todo, también me dijo que acudía a mí porque yo era su mejor amigo, y porque su otro mejor amigo no tenía demasiado consuelo que ofrecerle en aquel momento.

A pesar de todo mostré una sonrisa muy débil.

—Supongo que esa es una de las ventajas de tener dos mejores amigos.

Rob asintió.

—Así que la invité a cenar con mi familia, y después nos fuimos ella y yo a comer donas.

—Esas donas le gustan mucho más que los bombones —miré a Rob—. Me alegro de que estuvieras allí con ella. Yo no lo hice.

—Deja que te diga algo —dijo Rob, que se detuvo un momento, abrió su bolsa del almuerzo y sacó algo envuelto en papel de cocina—. Toma, esta es para ti.

Lo abrí y me encontré con una dona de miel de maple medio aplastada, pero fuera de eso en perfectas y pegajosas condiciones.

—Oh, amigo. Eres demasiado increíble para decirlo con palabras.

—Lo sé.

Le di un mordisco a la dona y dejé que la nutritiva masa azucarada se derritiera en mi boca. Me relamí el glaseado de los labios.

—Eres un buen amigo, Rob. Siento mucho no haberlo sido siempre yo también. En especial desde que, bueno, ya sabes, desde que me convertí en el Mensajero.

—Disculpas aceptadas —dijo Rob mientras sacaba su sándwich de jamón y queso—. Pero no te detengas, puedes decirme otra vez, si quieres, lo increíble que soy.

Me reí al darle otro mordisco a la dona.

—En serio, eres increíble.

—Gracias.

Me quedé allí sentado a su lado, pensando en mis éxitos y mis fracasos, en mi negocio y en mi vida. Me pregunté si en la siguiente disculpa que tenía que ofrecer me iría igual de bien.

—¿Crees que Abby volverá a hablarme alguna vez?

—Verás, no soy hombre de apuestas, pero si lo fuera, tal vez apostaría a que sí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque fue ella quien te guardó la dona —Rob me miró y sonrió de oreja a oreja—. Si por mí fuera, me la habría devorado entera.

A la mañana siguiente, salí muy temprano del departamento con la intención de estar frente a la puerta de la florería El Ramillete justo cuando abrieran a las diez en punto. Había corazones que recomponer, una amistad por reconstruir y un horario que cumplir. Y también me faltaba pensar en alguna que otra cosa.

Pedaleaba en bicicleta por un camino que serpenteaba por el extremo de la zona oeste del pueblo. A mi paso iba dejando una nube de polvo, zigzagueaba y dibujaba marcas en la arena. Dejé atrás la cochera donde estaban alineados los autobuses escolares de color amarillo, en una fila perfecta, durante el fin de semana. Más adelante, entre los árboles de pie a la izquierda del camino, estaba el polígono industrial con sus almacenes y sus naves, mientras que a la derecha avanzaba un riachuelo hundido en un cauce. Al final, ese camino pasaba por la parte de atrás del parque de Lincoln Hill y acababa cerca de la florería. Aquel recorrido más largo me daría tiempo para pensar.

Había ensayado unos veinte discursos diferentes para Abby frente al espejo del baño, pero ninguno de ellos me parecía acertado. Las disculpas nunca son sencillas, digo yo; y cuanto más tonto has sido, más duele pronunciarlas. Mamá me había dicho que le hablara de lo que tenía en el corazón. Ahí dentro había material de sobra, si es que era capaz de sacarlo.

Para ser completamente sincero, el mayor problema era intentar descifrar mis propios sentimientos. Qué complicado me parecía todo.

Abby. Yo. Justin. Amiga. Compañera. Mejor amiga. Novia. Unas semanas atrás, creía saber lo que significaban todas esas palabras. A continuación, no sé muy bien cómo, todo se había enturbiado y enredado y estropeado. Una parte de mí deseaba que la situación volviera a ser normal, sin complicaciones, pero, al mismo tiempo, no estaba tan seguro de que eso fuera lo que quería del todo.

A lo mejor no era que necesitara una Piedra de Rosetta para las chicas. Tal vez necesitaba una para descifrarme a mí mismo.

El ruido de un motor se metió en mis pensamientos.

Al principio pensé que se trataba de uno de los autobuses escolares dando una vuelta de fin de semana, pero el sonido no concordaba. Era algo más pequeño, ligeramente familiar. Y me produjo un escalofrío de miedo por todo el cuerpo.

A unos diez metros de distancia, frente a mí, una motocicleta salió de uno de los caminos traseros que se internaban en el polígono industrial. El conductor llevaba una camiseta blanca y una chamarra de cuero negro. Preparado para girar en el mismo sentido en el que yo circulaba, el conductor observó el camino, y entonces miró en mi dirección.

Gunner echó un vistazo por encima de sus gafas de sol y sonrió.

Mi vida pasó velozmente ante mis ojos. Había sido aburrida, corta e iba a acabar demasiado pronto, pero la idea que se imponía sobre todas las demás era: ¿Por qué hoy?

Miré a mi alrededor, pero no había ninguna parte adónde ir con la bicicleta que no me pudiera seguir la moto. Pisé los frenos.

La motocicleta de Gunner salió disparada hacia mí con un rugido. En unos segundos, su rueda delantera se detuvo frente a la mía, y lo único que vi fue la luz de su faro.

Inhalé profundamente. Quizá solo quisiera platicar. Quizá no se había enterado de la traición con el librito negro y sus exnovias.

Dejó la moto en punto muerto con un ronroneo monótono.

—Eh, listillo —dijo con una sonrisa—. Justo salía ahora a dar una vuelta, a ver qué maldades podía cometer. Qué detalle de tu parte venir a verme.

“Mmm, probablemente lo sabe”.

—Eh, hola, Gunner. Tengo que irme, es que me están esperando.

Gunner apenas cerró el puño y la Bestia arremetió con un violento golpe contra mi bici. Retrocedí rápidamente, con las puntas de los pies en el suelo para mantener el equilibrio. Gunner seguía avanzando despacio mientras yo intentaba aumentar la distancia entre nuestras ruedas.

—¿Sabes una cosa? —me dijo más alto que el ruido de su Kawasaki—. Últimamente mi vida ha sido un verdadero asco. Me ha llevado un tiempo, listillo, pero al final he descubierto de quién es la culpa.

Miré detrás de mí.

—¿De una suerte horrible?

—Nooo. De un chico al que contraté para que hiciera un trabajo sencillo. Resulta que tiene instintos suicidas.

Me aferré con fuerza al manubrio y me esforcé por mantener la voz firme.

—Escucha, Gunner, yo... yo hice lo que tú me pediste. Rompí con las chicas y no le dije nada a ninguna sobre las demás —ahora había algo más de un metro entre nuestros neumáticos.

La sonrisa de Gunner se transformó en una mueca despectiva.

—Buen intento, listillo, pero quiero mi dinero de vuelta. Y lo voy a recoger yo mismo, justo después de darte la pal...

Pisé con fuerza los pedales hacia adelante con todo lo que tenía dentro de mí. Hice un vaivén brusco para pasar rozando a la Bestia y me agaché justo cuando la mano de Gunner salió disparada para agarrarme. Le oí soltar una palabrota y a continuación el motor cobró vida como el rugido de una máquina de guerra.

Los pensamientos pasaban a toda velocidad por mi cabeza. No podía dejar atrás a Gunner cuando él iba montado en ciento veinte caballos de potencia. No había ninguna posibilidad de cruzarse por allí con alguna patrulla de policía. Y los desastres naturales nunca suceden cuando tú los necesitas. Mi única esperanza era aguantar hasta llegar a algún lugar público donde Gunner no me pudiera matar a golpes sin testigos.

El aire vibró cuando la moto me alcanzó. Gunner puso su sonrisa de felino de la sabana mientras el pelo le bailaba alrededor de la cara. Se subió las gafas sobre la nariz y, en un movimiento acompasado, hizo un movimiento brusco hacia mí.

Di un giro frenético de manubrio hacia la derecha y tiré hacia atrás, a unos centímetros de resbalarme al estrecho cauce del río que estaba paralelo a la carretera.

Gunner soltó una carcajada. Era como un gato que juguetea con su ratón antes de devorarlo completamente. Fue acercando la moto cada vez más mientras yo pedaleaba sobre el borde rocoso del cauce. Miré hacia abajo para ver un hilito de agua que corría por el fondo. El cauce tenía menos de dos metros de ancho, pero su profundidad me llegaría por el hombro, y las paredes eran verticales. Si me caía, lo más probable era que no me rompiera nada, pero la única forma de salir de allí sería pasando por los puños de Gunner.

Algo me golpeó detrás de la cabeza. La volví justo a tiempo para ver extendido el brazo de Gunner para darme otro zape.

—¿Qué te pasa, listillo? —me gritó—. Pensaba que el Rompecorazones quería envalentonarse con Gunner. Bueno, pues no has visto nada todavía.

Veinte metros más adelante, el camino giraba a la izquierda. Se me vino el corazón a los pies. Supe lo que iba a hacer Gunner. Me iba a echar del camino al tomar esa curva, y yo terminaría en el cauce.

Mi cuerpo sentía el instinto de meter los frenos, de dar media vuelta e intentar encontrar ayuda en las naves industriales medio kilómetro más atrás, pero era sábado: no habría nadie.

Casi estábamos en la curva. Gunner vio mis ojos abiertos como platos, mi expresión de pánico. Se rio.

Estaba a punto de pisar los frenos cuando vi una piedra grande circular en mi trayectoria, justo donde descendía la pared del cauce y el camino doblaba a la izquierda. Consciente de que en tal situación unos huesos rotos serían cosa segura, le exigí a mis piernas el último esfuerzo de velocidad que pudieran darme.

Mi rueda delantera golpeó el borde suave de la piedra, que estaba lo suficientemente inclinada como para darme la elevación que necesitaba. Salí volando por encima del cauce. Tenía velocidad, tenía altura, tenía inercia. Me dieron ganas de abrir los brazos y gritar: “¡Libre al fin!”.

Había dado los suficientes saltos en bici como para saber cómo poner las piernas, cómo agarrar el manubrio y mantenerme firme en el impacto. Pero tampoco significaba que fuera demasiado bueno en ello. Al impactar mi rueda trasera contra el suelo al otro lado

del cauce, el ángulo fue desastroso. La bicicleta resbaló debajo de mí y me envió rodando entre los árboles.

Me puse de pie como pude, a toda prisa, sintiendo cada golpe y cada arañazo por todo el cuerpo. No parecía tener nada roto, lo cual prácticamente me hizo sonreír. En el camino de tierra, Gunner estaba dando la vuelta tan rápido como podía. Agarré el manubrio de mi bici, pero vi que la llanta trasera tenía la forma de una letra “D” ondulada con los radios como bigotes.

No era probable que Gunner arriesgara su moto con aquel salto, pero tampoco me iba a quedar esperando para comprobarlo. Con las piernas aún temblándome, arrastré la bicicleta entre los árboles.

El suelo iba adquiriendo una pendiente de subida de manera gradual, y las pantorrillas me quemaban a cada paso. Pisé mal, sobre una rama, y me resbalé varios metros hacia abajo. Más o menos sabía dónde me encontraba, pero no tenía ni idea de dónde se acabarían los árboles y empezaría la civilización. Me detuve un instante para recobrar el aliento, con las manos apoyadas en las rodillas.

“Tengo que darme prisa. Tengo que seguir”. No podía dejar plantada a Abby otra vez.

Y entonces oí aquel ruido familiar, débil pero inconfundible. La Bestia estaba en marcha.

No sabía de qué dirección procedía el sonido, si de adelante o de atrás. Corrí y empujé la maltrecha bici por entre los sauces y los álamos. Unos instantes después salí de la zona arbolada y fui a dar a una extensión de césped muy verde y cuidado.

Estaba en el parque de Lincoln Hill. Vi en la distancia el camino que conducía a lo alto de la colina, y más allá el estacionamiento donde me había encontrado con Gunner por primera vez. Por un segundo me pregunté si Gunner sería capaz de apreciar lo irónico de aquello, al tiempo que me giraba y veía cómo se me echaba encima atravesando los jardines. Dejé caer la bici y hui tan rápido como pude. Me dirigí hacia los vecindarios que había más allá del parque, donde la gente civilizada salía de sus casas a recoger el periódico de la mañana.

Sin embargo, Gunner volvía a tener la situación bajo control. Trazó una curva y me cortó el paso. Giré y me cortó el paso de nuevo. Doblé la esquina de una caseta de mantenimiento hecha de ladrillo con la esperanza de que al menos me ocultara de la vista de Gunner, pero de la última esquina de la caseta salía una valla metálica que formaba el rincón perfecto para atrapar a un ratón.

Gunner estacionó la moto justo frente a mí y se bajó con aire bravucón.

Yo tenía las piernas como gelatina y me ardían los pulmones. Atrapado entre la pared y la valla, sabía que si salía corriendo no iría más allá de tres metros antes de que me alcanzara. Me mantuve tan erguido como pude y me quedé mirando mi lastimoso reflejo en sus gafas de sol.

Él se quitó la chamarra de cuero y la dejó sobre el asiento de la Bestia. Se quitó las gafas lentamente para dejar a la vista unos ojos tenaces que se concentraban en mí como mirillas telescópicas de un par de ametralladoras. Estiró los brazos hacia atrás y movió la cabeza de un lado a otro, como si se estuviera preparando para un combate de boxeo en el gimnasio.

—Muy bien, listillo. Es hora de hacer negocios.

Me preparé para la muerte o para perder el conocimiento, lo que fuera que llegara antes, pero al cerrar los ojos, el rostro de Abby era lo único que me venía a la cabeza.

Gunner dio un paso al frente y levantó el puño.

—¡Gunner!

Abrí los ojos de golpe, y Gunner se dio la vuelta. Detrás de él, por el camino del parque y más allá del césped, vi que diez siluetas corpulentas en pantalones cortos grises y camisetas rojas bajaban dando brincos hacia nosotros en fila. Duke Ripling venía trotando a la cabeza.

—¡Gunner! —volvió a gritar Duke. Al aproximarse, Duke dio una orden e hizo un gesto con los dedos a ambos lados. La línea defensiva del John P. Westmore se dividió en dos y formó un semicírculo alrededor de Gunner y de mí antes de llegar a detenerse por completo.

Duke se acercó a Gunner.

—¿Qué quieres, Ripling? —Gunner tenía los hombros echados hacia atrás y la cabeza alta, pero seguía siendo quince centímetros más bajo que Duke.

—¿Qué estás haciendo con mi amiguito?

—Nada para lo que tú me hagas falta.

Duke se irguió de hombros.

—Pues a lo mejor tienes que buscarte a alguien de tu tamaño.

No podía creer la suerte que tenía. Me contuve de lanzar gritos de “¡Vamos, equipo!” en plan porrista.

—Oh, así que eres todo un héroe, ¿no? —Gunner dijo aquellas palabras con fanfarronería, pero sus ojos se movieron por una décima de segundo hacia los jugadores de fútbol americano que nos rodeaban. Echó un vistazo hacia atrás, hacia su chamarra, y me acordé de su navaja.

Duke dio un paso más al frente y se situó a escasos centímetros de la cara de Gunner.

—Me parece que no lo entiendes. Este chiquillo, el Mensajero, está conmigo. Cualquiera cosa que le pase, yo me la voy a tomar muy a pecho, y es bastante probable que me enfade un poco. Tú sabes por qué me llaman Duke “el Destripador”, ¿verdad?

Yo mismo me lo pregunté y deseé que entrara en detalles por el bien de Gunner.

Gunner se fue desplazando con disimulo hacia su moto, se puso la chamarra a la vez que lanzaba una pierna sobre la Bestia.

—Métete un suspensorio donde te quepa, Ripling.

Duke se fue tras él y Gunner saltó para darle un empujón a la moto al tiempo que la ponía en marcha. Arrancó por fin y la línea defensiva lo dejó pasar entre alguna que otra burla e insultos. Gunner revolucionó el motor y salió disparado por el césped.

Duke se volvió hacia mí carcajeándose y me puso la mano en alto para que le chocara los cinco.

—De lujo, Mensajero —me dijo.

Le choqué la mano con fuerza y enseguida deseé no haberlo hecho tan fuerte.

—Cinco minutos, chicos —dijo Duke a sus compañeros del equipo. La mitad de los jugadores se tiró al césped, mientras que el resto salió trotando a beber agua a la fuente.

Mi corazón necesitó de unos segundos para bajar el ritmo lo suficiente para poder hablar.

—Gracias, Duke. Señor. De verdad te lo agradezco.

—No es nada, amigo. Como te lo dije el otro día, creo que eres un buen tipo. Ahora que Gunner sabe que me tienes a mí apoyándote, no se atreverá ni a mirarte. Mucho cuero y metal por fuera, pero nunca había visto un tipo tan cobarde como él.

—Bueno, gracias —permanecí de pie un instante, preguntándome qué más le podía decir. Me dieron ganas de darle un abrazo al tipo, porque me acababa de salvar el pellejo y todo eso, pero temí que tal vez aquello no se viera demasiado bien, en especial frente al equipo. En lugar de eso, le dije—: Oye, amigo, ¿pudiste hablar con Lisa?

Duke bajó la cabeza y suspiró. Tal vez no era la mejor pregunta que le podía haber hecho, pero al menos no se echó a llorar.

—Lo he intentado. Me pasé, incluso, toda la noche del miércoles sentado debajo de su ventana, por lo menos hasta que su abuela salió a perseguirme con el atizador de la chimenea. No quiere escucharme. Ni siquiera me habla.

—Siento mucho oír eso —una vez más, tuve la sensación de que Lisa estaba desperdiciando algo, que ambos estaban sufriendo sin motivo.

—Si hubiera alguna forma de hacerla entender... —dijo Duke.

Justo en ese momento surgió una idea en mi cabeza, y encajó a la perfección en su sitio, como las piezas de un rompecabezas magnético que por fin se encuentran unas a otras.

—Oye, Duke... Hay algo de lo que quiero hablar contigo, pero antes tengo que darle unas cuantas vueltas y ya voy tarde a una cita. Quizá te pueda devolver el favor.

Puso las cejas muy juntas.

—Claro, amigo, pasa por mi casa cuando quieras y hablamos.

—Perfecto —le dije al marcharme para recoger la bici, dándole ya vueltas en la cabeza a un montón de ideas que con un poco de suerte no terminarían conmigo hecho papilla, entre amenazas o sintiéndome culpable. Quizá—. Y gracias otra vez.

Esta vez, cuando entré en la florería El Ramillete, la dependienta hizo un triste gesto negativo con la cabeza.

—Cuánto lo siento, querido, pero esta mañana se celebró un funeral y se me acabaron los crisantemos.

—No pasa nada. La verdad es que vine por algo distinto.

Aquello hizo que arqueara un poco las cejas.

—Necesito una rosa. Una rosa muy bonita. Es para una chica, una amiga. Solo una amiga... mi mejor amiga, en realidad. Pero bueno, ya sabe, a lo mejor más adelante... da igual. Tengo que disculparme, conseguir que sepa que aún estoy ahí para ella. Como amigo.

La señora asintió con cara de satisfacción.

—Ahora sí puedo ayudarte.

Se dio media vuelta y abrió una vitrina. El aire frío inundó la pequeña tienda. Señaló una colección de rosas en el extremo de la derecha.

—Veamos, debes evitar las rosas de tallo corto. Es lo que le regalarías a mamá en el Día de las Madres, y son lo suficientemente baratas como para poder comprarlas en el supermercado, algo que es siempre un *faux pas*.

—¿Un *fou-qué*?

Pero la señora estaba profundamente concentrada en su consulta floral.

—No, lo que tú quieres es una rosa de tallo largo. Suelen ser más grandes y tienen más presencia que la habitual de tallo corto. Además, una vez que se abren, por lo general duran más: esto le ofrece más tiempo a la receptora para pensar en tu amabilidad y tu dedicación —se dirigió hacia los ramos grandes de rosas a la izquierda—. Elige siempre una rosa que aún tenga un cierto número de hojas en el tallo, esto sugiere autenticidad. En

cuanto al color, en tu situación, tal vez prefieras evitar el rojo, ya que suele representar el amor pasional y romántico, mientras que una rosa amarilla es una señal de amistad, la blanca lo es de paz...

Se dirigió hacia la vitrina de las rosas de tallo largo y sacó una con mucha delicadeza.

—En tu particular situación, tengo un buen presentimiento sobre esta de aquí.

Era de un color lavanda oscuro, con tonos morados más oscuros que delineaban los bordes de los pétalos que estaban justo empezando a abrirse. Incluso a mí me pareció que era mucho.

—¿Puedo llevármela así, sin nada más, pero con un listón amarrado en el tallo? —le pregunté.

Ladeó la cabeza.

—Una elección muy refinada. Pero ¿no quieres saber primero cuánto cuesta?

—No. Me la llevo.

Llegué al taller de Mick cuando el sol se encontraba a la altura justa para proyectar sombra sobre la mesa de picnic. Allí estaba Abby sentada con Rob, tal y como él me había prometido que pasaría. Al atravesar el estacionamiento, eché un vistazo a la plataforma del taller donde mamá estaba trabajando con un Dodge Neón (las bujías). Vio la rosa que llevaba en la mano y me guiñó un ojo.

Me detuve un poco antes de llegar a la mesa. Abby estudiaba una página de su cuaderno con un lápiz en la mano. En el suelo, al lado de Rob, había un bote de veinte litros lleno de nueces, sobre la mesa un *tupperware* y en sus manos un cascanueces de metal. Levantó la mano con el cascanueces para saludarme.

—Hola, Quentin —hizo un gesto con la barbilla hacia Abby y sacó el pulgar.

—Gracias, Rob —le dije.

—De nada —puso una nuez en el cascanueces y la abrió.

Me quedé mirándolo un momento.

—Rob —le dije por fin.

—Ah, ya, claro. Eeh, tengo que ir a ayudar a tu madre, mmm, a pasarle la llave inglesa y eso —dejó el cascanueces y se marchó.

Carraspeé.

—Abby, lo que tengo que decirte...

—Síntese, señor Chinetti.

De inmediato supe qué tipo de conversación iba a ser aquella.

Me senté enfrente de ella y dejé la rosa frente a mí, donde no pudiera olvidarla.

—Tengo tres preguntas para ti —Abby escribía en su cuaderno mientras me hablaba—.

Si eres capaz de responder a estas tres preguntas con sinceridad, tal vez sea capaz de perdonarte.

“Bien, amigo, allá vamos”.

Levantó la vista, me miró a los ojos, y sacó el dedo índice de la mano izquierda.

—¿Qué estabas haciendo el lunes por la noche, cuando me dejaste plantada y no viniste a hacer la tarea?

Tomé distraído el cascanueces y empecé a darle vueltas entre las manos.

—Bueno, ya te dije que Rob y yo nos fuimos al deshuesadero —le dije. Abby entrecerró los ojos, y me di cuenta de que no era el momento de andarse con tonterías. Agarré una nuez—. Estaba allí por un encargo del Mensajero.

Crac.

—¿Reconoces que me dejaste plantada para destrozarle el corazón a una pobre chica y ganarte unos dólares?

—¿Es esa otra de las tres preguntas?

—No me responda con una pregunta, señor Chinetti.

Extraje la nuez de su cáscara y la metí en el *tupperware*.

—En realidad, era un chico.

—¿Quién?

—La persona a la que le di el mensaje el lunes. Era un chico, no una chica.

—Oh, ¿en serio? —a Abby se le cayó por un instante la careta de fiscal, para después volver a colocársela en su sitio—. No hay ninguna diferencia. ¿Por qué me mentiste sobre eso la otra noche?

Levanté un dedo retador para protestar.

—No te mentí. Todo cuanto dije era verdad.

—No me vengas con eso, *Mensajero*. Utilizaste las palabras necesarias para dar el mensaje que querías que yo escuchara. Y no querías que escuchara la verdad.

No había forma de darle la vuelta a una lógica como aquella. Asentí lentamente y tomé otra nuez.

—Tienes razón, lo siento. Pero es que dijiste que si había estado haciendo algo relacionado con el Mensajero, me retirarías la palabra hasta la siguiente celebración del Día del Presidente —le sonreí un poco—. Y para eso falta un montón.

Me miró fijamente por un instante y apartó los ojos, pero no lo hizo hasta que pude ver una sonrisa danzar en ellos.

—Está bien —puso una marca de confirmación junto a algo escrito en su cuaderno, y estudió la página un momento. Cuando alzó la mirada, su expresión volvía a ser dura. Me mostró un segundo dedo—. ¿Por qué aceptaste el encargo de Justin? ¿Por qué rompiste conmigo en su nombre?

Respiré profundo. La verdad era que había ensayado una respuesta para esa pregunta, pero el interrogatorio de Abby en la mesa de picnic hizo que me detuviera a pensar con un poco más de intensidad. Ella quería que fuera tan sincero como pudiera. Se lo debía.

Me pasé lentamente el cascanueces por entre los dedos.

—Bueno, la mejor respuesta es que estaba siendo egoísta. Necesitaba el dinero y Justin estaba dispuesto a pagar... —los ojos de Abby se abrieron mucho—. Pero ese no es el único sentido en el que estaba siendo egoísta —me apresuré a añadir—. Supongo que pensé en mis propios sentimientos mucho más que en los tuyos.

Crac.

Se suavizó un poco la dureza de la expresión en la cara de Abby.

—¿Qué sentimientos?

—Pues que nunca me gustó Justin realmente. No dejaba de intentar convencerme de que se debía a que él es así, tan... Justin. Pero me parece que hubo algo más desde el principio. Creo que sentía celos de él. Lo único que veía era a Justin robándome a mi mejor amiga, ¿sabes? Quería que volvieras, así que, cuando surgió la oportunidad, la aproveché —cargué el cascanueces de metal con otra nuez.

—Entonces estabas celoso de Justin. Porque me echabas de menos como *amiga*.

Fue a la vez una pregunta y una afirmación, cargadas con una fuerza tan sutil como un motor de culata semiesférica.

Semanas antes habría pasado completamente por alto lo que estaba diciendo. Lo habría interpretado al pie de la letra y respondido “sencillamente”. Pero ahora notaba cómo habían encajado las ruedas de la combinación dentro de mi cabeza y el candado se había

abierto. No era una Piedra de Rosetta, pero sí me daba una ligera idea de lo que significaba el mensaje en realidad.

Y yo sabía que lo que iba a decir a continuación tenía que ser totalmente sincero. Nada de guiones de cine ni frases ingeniosas. Directo desde el corazón.

—Algo así. Eso es solo una parte. Hay otra cosa que es un poquito más complicada y que me ha llevado mucho tiempo descifrar.

—¿Y qué es? —casi susurró las palabras.

Me picaba todo el cuerpo. Se me cayó la nuez y sonó hueca al golpear la mesa.

—He intentado convencerme de que no estaba celoso porque fueras su novia, que solo echaba de menos tenerte cerca. Extrañaba ir por ahí contigo, verte todos los días, que estuvieras ahí, sin más. Y vaya que lo echaba de menos, pero... también estaba celoso de que fueras su novia.

—¿Por qué? —Esta vez estoy seguro que fue un susurro.

Volví a tomar la nuez. La mano me temblaba un poco. Respiré profundamente. “Sé sincero”.

—Me gustas, Abby. Un montón. Probablemente ese es el principal motivo por el que he tenido problemas con Justin.

Abby me miró desde el otro lado de la mesa, pero mis ojos no paraban de apartarse de los suyos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —me preguntó.

Miré mi reloj.

—¿Conscientemente? Unos cuarenta segundos, más o menos. Pero por dentro, ya sabes, desde hace mucho.

Crac.

Me arriesgué a mirar en su dirección. Ella tenía el aspecto de estar conteniendo una sonrisa. No, todo un río de sonrisas. El hoyuelo de su mejilla izquierda se le marcaba cada vez más.

Ya estaba dicho, tenía que aventarme a decir todo lo demás. —Pero, Abby, el problema es... que creo que no estoy preparado para hacer nada al respecto.

Abby frunció el ceño, como un repentino muro frente a aquel río.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo puede gustarte alguien... un montón... y no estar preparado para hacer algo al respecto?

—Principalmente, supongo que me parece que soy demasiado joven para tener novia.

—¿Demasiado joven? Quentin, ya tenemos trece años. Dentro de unos años ya casi seremos adultos. ¿Qué tiene eso de “pequeño”?

—Justo lo que acabas de decir. Algún día seremos adultos, pero no en este momento. Ahora somos unos chicos, unos chicos que van por ahí juntos y se la pasan bien. Y eso es lo que quiero hacer. Me parece que, si empezáramos a salir ahora, todo sería un juego más.

—¿Me estás diciendo que mis sentimientos no son más que parte de un juego? —Abby levantó la voz. Aquello no estaba saliendo conforme al plan. Demonios, si había perdido ya la pista de cualquier plan muchos kilómetros atrás.

—No, Abby, no es eso lo que estoy diciendo. Quiero decir que... bueno, ¿para qué quieres tú tener novio?

Hizo una pausa.

—Lo que yo quiero no es tener un novio y ya. Lo que quiero es estar con alguien porque me gusta. Supongo —me lanzó una dura mirada a los ojos—. Pero no se trata de un juego. Es algo serio. Cuando tú... o Justin... o quien fuera que rompiera conmigo, me dolió. Un montón. Y eso fue algo real.

Le devolví la mirada en un esfuerzo por comprender el huracán de sentimientos que se arremolinaba en mi interior y tratar de explicárselos al mismo tiempo. Era como intentar leer un periódico atrapado en un remolino.

—Tienes razón. Fue real. Y es muy serio. No era consciente de eso cuando empecé a ser el Mensajero de los Corazones Rotos. He visto a mucha gente que piensa que el amor consiste en un anillo de graduación o en un pequeño libro negro de notas, o en que te vea todo el mundo, o en conseguir lo que tú quieres. Pero el amor no es eso. No es un juego. Si lo tomas así, la gente acaba lastimada y... —me ahogaba, tenía algo atorado en la garganta, algo que tenía que soltar—. No se debe jugar al tonto con el amor, ¿sabes? Es un

compromiso, el de estar juntos en algo permanente. Cuidar el uno del otro y mantenerse unidos pase lo que pase.

Notaba los ojos humedecidos sin ninguna razón lógica, excepto quizá que había transmitido un mensaje tan significativo para mí que se quedaba justo fuera del alcance de mi capacidad de comprensión, pero no de mi capacidad de sentir.

—Y no sé tú —dije mientras me secaba los ojos—, pero yo no estoy preparado aún para tanta responsabilidad.

Si hubiera estado sentado delante de una chica que me gustara —un montón— y ya, lo más probable es que en ese momento me hubiera sentido como un tarado sin remedio. Pero resulta que estaba sentado delante de mi mejor amiga. Abby dejó de contar con su mano, la colocó sobre la mía y sentí una oleada de calor reconfortante por el cuerpo.

—¿Cuántos años tenías cuando se marchó tu padre? —me preguntó. La expresión de sus ojos era más tierna ahora—. ¿Cinco?

—Seis.

—¿Crees que quería a tu madre?

Miré un breve segundo hacia la plataforma del taller y sorbí con la nariz.

—Tal vez a su manera. Pero para él era un juego.

Abby asintió. Los dos sabíamos que ella tenía razón. Y que yo tenía razón también. De algún modo, juntos estábamos en lo cierto.

Después de una eternidad, Abby levantó su mano de la mía y tomó el cascanueces y una nuez.

—¿Sabes una cosa? La otra noche, después de que Rob y yo sufrimos una sobredosis de donas, fui a casa de Justin a obligarlo a hablar conmigo.

—¿En serio?

—¿De verdad te sorprende?

Negué con la cabeza.

—No, supongo que no. Sin embargo, es probable que el señor Metepatas no esperara verte. Él no te conoce como yo.

—No, no creo que se lo esperara. Me parece que esperaba que me limitara a recibir el mensaje y a darlo por terminado, pero yo quería oírlo a él decirlo. Quería que él me tratara con el respeto que me merezco. Así que le hice tres preguntas.

—¿Y?

Crac.

—No pudo responderlas con sinceridad.

—Oh, vaya tonto.

Abby soltó una risita.

—Sí, vaya tonto.

Sacó la nuez de la cáscara y la dejó en el *tupperware*.

—Bueno... —le dije—. Solo me has hecho dos preguntas. ¿No hay otra?

Me dijo que no con la cabeza.

—No. Ya la has respondido.

—Oye, Abby... —dije.

—¿Sí?

Tomé la rosa y se la ofrecí por encima de la mesa.

—¿Te parecería bien que te invitara a salir alguna vez? No sé, por ejemplo, ¿cuando tengamos dieciséis años?

—¿Dieciséis? Ashh, Quentin, para entonces seremos unos abuelos. ¿Qué te parece quince?

—Quince y medio.

—Trato hecho —se llevó la rosa a la cara.

—¿En serio?

—Claro, estaré por aquí —dijo con una sonrisa—. Pero eso no significa que no vayas a tener que ir detrás de mí —se puso de pie de un salto y se dirigió hacia el taller—. Oye, Rob y yo nos íbamos a ir en bicicleta hasta el río. ¿Vienes?

—Por supuesto —le dije al ponerme a su altura—. O... ¿y si mejor vamos caminando por el sendero? Es que mi bici sufrió un pequeño accidente.

—Está bien.

—Por cierto, hay otra cosa más que quería contarte.

Abby me miró con cara de preocupación.

—¿Qué? No estoy segura de poder soportar muchos más de tus mensajes esta semana.

—Es solo que se acabó eso de ser el Mensajero de los Corazones Rotos. Lo dejo.

—¿En serio? Ya era hora.

—Sí, sé cuándo ha llegado el momento renunciar —sonreí para mis adentros. El Mensajero de los Corazones Rotos se había jubilado, pero eso solo significaba que ahora dispondría de más tiempo para otras... actividades empresariales—. Además, estoy pensando en algo que es todavía mejor.

